

BENEDICTO XVI

ÚLTIMAS
CONVERSACIONES

con Peter Seewald



BENEDICTO XVI

ÚLTIMAS CONVERSACIONES

con Peter Seewald



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la red: www.conlicencia.com o por teléfono: +34 91 702 1970 / +34 93 272 0447

Título original:

Benedikt XVI.

Letzte Gespräche mit Peter Seewald

© Droemer Verlag, 2016

Ein Imprint der Verlagsgruppe

Droemer Knaur GmbH & Co. KG, München

Este libro ha sido negociado a través de

Ute Körner Literary Agent, Barcelona

www.uklitag.com

Traducción:

José Manuel Lozano-Gotor Perona

© Ediciones Mensajero, 2016

Grupo de Comunicación Loyola

C. Padre Lojendio, 2

48008 Bilbao – España

Tfno.: +34 944 470 358 / Fax: +34 944 472 630

info@grupocomunicacionloyola.com / www.gcloyola.com

Imagen de cubierta:

© Getty Images / Vincenzo Pinto

Fotografías:

© Getty Images (Corbis) / Alessandra Benedetti

Diseño de cubierta:

Félix Cuadrado Basas

Edición Digital

ISBN: 978-84-271-3891-9

BENEDICTO XVI

ÚLTIMAS CONVERSACIONES

Con Peter Seewald

Índice

Portada

Créditos

Nota del traductor

Prólogo

Primera parte: Las campanas de Roma

1. Días tranquilos en Mater Ecclesiae

2. La renuncia

3. «No abandono la cruz»

Segunda parte: Historia de un siervo

4. El hogar familiar y la infancia

5. La guerra

6. Estudiante, coadjutor, profesor

7. Novato y teólogo estrella

8. El concilio: sueño y trauma

9. Catedrático y obispo

Münster (1963-1966)

Tubinga (1966-1969)

Ratisbona (1969-1977)

Múnich (1977-1982)

10. Prefecto

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe - Roma (1982-2005)

Tercera parte: El papa que escribió sobre Jesús

11. Y de repente, sumo pontífice

12. Aspectos del pontificado

13. Viajes y encuentros

14. Negligencias y problemas

15. Recapitulación

Notas

Datos biográficos

He aquí las conversaciones que Benedicto XVI mantuvo con el periodista Peter Seewald poco antes de su renuncia y después de ella.

Nunca antes había hablado Benedicto XVI tan abiertamente sobre el trasfondo de su sorprendente dimisión ni sobre la renovación de la fe como el gran tema de su pontificado, pero tampoco sobre otras cuestiones controvertidas de ese periodo, como, por ejemplo, las relaciones con los judíos y los musulmanes (o el islam), el escándalo de los *Vatileaks* y el caso de la hermandad sacerdotal San Pío X.

BENEDICTO XVI, nacido en 1927 como Joseph Ratzinger, fue catedrático de teología, arzobispo de Múnich y Frisinga (1977-1982) y prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (1982-2005) antes de ser elegido papa en el cónclave de 2005. En 2013 sorprendió con su renuncia al pontificado.

PETER SEEWALD, nacido en 1954, trabajó como periodista en los semanarios alemanes *Spiegel* y *Stern* y en el dominical del diario *Süddeutsche Zeitung*. En la actualidad está considerado uno de los autores alemanes de libros religiosos con más éxito de ventas.

«Creer no es otra cosa que,
en la noche del mundo,
tocar la mano de Dios
y así, en el silencio,
escuchar la Palabra,
ver el Amor».

*Benedicto XVI,
al concluir los ejercicios espirituales
para la Curia Romana,
el 23 de febrero de 2013,
antes del final de su pontificado.*



Nota del traductor

Además de las notas que pueden consultarse al final del libro (debidas todas salvo una a Peter Seewald), en el cuerpo del texto se han introducido entre corchetes breves aclaraciones con el fin de facilitar la lectura. Las que son obra de Peter Seewald van precedidas de las iniciales P. S.; las demás han sido añadidas por nosotros.

Prólogo

Habían pasado un verano y un invierno desde mi última visita, y cuando el 23 de mayo de 2016 volví a subir por el empinado camino que lleva al monasterio Mater Ecclesiae, enclavado en los jardines del Vaticano, temía que aquella pudiera ser nuestra última conversación prolongada.

La hermana Carmela abrió la puerta, pero esta vez no llevaba delantal, sino que vestía un elegante traje. En la sala de visitas colgaba un cuadro con el retrato de san Agustín, el gran maestro espiritual, que tanto significa para él, porque en el santo de Hipona puede uno estudiar el carácter dramático de la fe, la tan humana lucha por la verdad.

En vez de los mocasines rojos, Benedicto XVI calzaba ahora sandalias, como un monje. Pocos sabían que muchos años antes había perdido la visión del ojo izquierdo; entretanto había disminuido también su capacidad auditiva. Estaba más delgado, pero su apariencia resultaba más flácida que nunca. Y era fascinante ver que el audaz pensador, el filósofo de Dios, la primera persona a la que puede dársele el título de *papa emeritus*, había llegado a la fase final de la vida –en la que el intelecto solo ya no basta– inmerso en quietud y oración, que son el núcleo de la fe.

Fue en noviembre de 1992 cuando me reuní por primera vez con el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El dominical del diario *Süddeutsche Zeitung* quería publicar un perfil sobre él, y yo era el encargado de trazarlo. En una lista de solicitantes que se disputaban una cita con el cardenal más famoso del mundo figuraban los nombres de compañeros del *New York Times*, el *Pravda* y *Le Figaro*. Yo no era sospechoso de profesar el catolicismo con especial convicción; pero cuanto más me ocupé de Joseph Ratzinger, tanto más me impresionaron la seguridad que tenía en sí mismo, su apasionamiento, su valentía para sostener contracorriente ideas

intempestivas. Y, curiosamente, los análisis no solo eran sugerentes, sino que parecían acertados.

Considerándolo con más detenimiento, el tan vilipendiado «cardenal de hierro» personificaba una historia no de ayer, sino de mañana: una nueva inteligencia al servicio del conocimiento y la formulación de los misterios de la fe. Su especialidad consistía en desenmarañar asuntos complejos, en mirar a través de lo meramente superficial. Ciencia y religión, física y metafísica, pensamiento y oración: Ratzinger conjugaba estas facetas para llegar realmente al núcleo de la cuestión. Y la belleza de su lenguaje intensificaba aún más la profundidad de sus pensamientos. «La teología», explicaba, «es la reflexión sobre lo que Dios previamente nos ha dicho, sobre lo que ha pensado con anterioridad para nosotros». Sin embargo, para poder acoger eso, uno debe ser también un oyente. Para no solo impresionar a las personas, sino conducir las a Dios, la palabra necesita de la inspiración.

Al igual que Karol Wojtyła, también Ratzinger experimentó en propia carne las consecuencias de sistemas ateos. De niño vio cómo los crucifijos desaparecían de las escuelas; y como joven soldado de diecisiete años fue testigo de cómo la locura de crear al «hombre nuevo» en un mundo sin Dios terminaba en el terror y la devastación apocalíptica. La tarea de defender también argumentativamente el cristianismo contra la subversión de los valores marcó su pensamiento, toda su obra. «En la fe de mis padres», escribió, «encontré la confirmación del catolicismo como un baluarte de la verdad y la justicia contra aquel reino del ateísmo y la mentira que era el nacionalsocialismo».

El camino que lleva hasta la sede petrina a este superdotado que pronto se reconoce a sí mismo como llamado, como escogido, es un camino dramático, jalonado de triunfos y derrotas.

Está el sensible estudiante de bachiller, que compone hexámetros en griego y se entusiasma con Mozart. El jovencísimo universitario que en las calles bombardeadas de Múnich sueña con un resurgir cristiano. El aventajado alumno, ávido de conocimiento y familiarizado con el pensamiento progresista de los mejores teólogos de su tiempo, que fatiga libros de Agustín, Kierkegaard y Newman. El nada convencional coadjutor que entusiasma a los grupos de jóvenes. Pero también está el joven docente que trabaja en su tesis de habilitación para catedrático y que, desanimado por completo, de repente se asoma al abismo de su incipiente carrera, con la sombra del fracaso cerniéndose sobre él.

Pero el destino dispone las cosas de otra manera. Y de repente, el catedrático oriundo de un pequeño pueblo en una zona rural de Baviera se convierte en la rutilante nueva estrella en el firmamento de los teólogos.

El verbo lozano, la aproximación creativa al Evangelio y la doctrina auténtica que él personifica llaman la atención. «En la teología de un gran pensador», escribió su maestro muniqués Gottlieb Söhngen, «el contenido y la forma del pensamiento teológico se determinan mutuamente para formar una unidad viva». Las aulas donde impartía sus lecciones Ratzinger estaban siempre llenas a rebosar. Los apuntes de sus clases se copiaban a mano por millares. Su libro *Introducción al cristianismo* entusiasmó en Cracovia a un tal Karol Wojtyła y en París a la *Académie des Sciences Morales et Politiques*, una de las academias del *Institut de France*, de la que luego llegaría a ser miembro.

Ratzinger acaba de cumplir treinta y cinco años cuando sus impulsos intelectuales regalan al concilio Vaticano II esa apertura con la que la Iglesia ingresa en la Modernidad. Un agradecido Juan XXIII afirma que nadie podría haber expresado mejor que este teólogo «joven» lo que él realmente pretendía al convocar el concilio.

Mientras que los teólogos celebrados como progresistas se acomodan a ideas en el fondo bastante pequeñoburguesas y en su mayoría no sirven más que a la corriente dominante, Ratzinger nunca deja de resultar incómodo: como catedrático, como arzobispo de Múnich, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe en Roma –responsabilidad desde la que durante un cuarto de siglo cubrió las espaldas a Juan Pablo II, lo que le acarreó numerosos reproches–. «El verdadero problema de nuestro momento histórico», nos advierte, «radica en que Dios está desapareciendo del horizonte de las personas». «La extinción de la luz procedente de Dios» hace que sobre la humanidad se abata una desorientación «cuyos destructivos efectos nos resultan cada día más patentes».

No excluye a la Iglesia de la crítica. Ya en 1958 habló de «desmundanización» [*Entweltlichung*]. En su opinión, esta resulta indispensable para que la fe pueda volver a desplegar sus principios activos. Es necesario seguir resistiéndose, no adaptarse, para mostrar de nuevo sin sandeces que el cristianismo lleva asociada una visión del mundo que trasciende con mucho lo que afirma una actitud puramente mundana y materialista e incluye la revelación de la vida eterna. Es ingenuo creer que basta con cambiar de traje y

hablar como hablan todos para que de súbito todo se arregle. Antes al contrario, urge encontrar el camino de regreso a la predicación auténtica y a una liturgia que haga resplandecer de nuevo el misterio de la celebración de la eucaristía.

Resulta inolvidable la denuncia que realizó en Roma durante el vía crucis en marzo de 2005: «¡Cuánta suciedad hay en la Iglesia, y precisamente también entre quienes en virtud del sacerdocio deberían pertenecerle [a Jesucristo] por completo!».

El anciano cardenal se había convertido en una suerte de piedra angular por la que ya nadie quería apostar. Pero pocos días después de su exhortación de aquel Viernes Santo a la autorreflexión y purificación apareció tras la cortina del balcón de la basílica de San Pedro para saludar a una jubilosa multitud como sucesor número doscientos sesenta y cinco del primero de los apóstoles. Se presenta a los mil doscientos millones de católicos del mundo entero como el «pequeño papa», un sencillito trabajador en la viña del Señor que sucede al gran Karol Wojtyla. Y sabe qué hay que hacer.

El nuevo papa deja claro que los verdaderos problemas de la Iglesia no radican en la disminución del número de miembros, sino en la pérdida de la fe. La crisis se origina en la difuminación de la conciencia cristiana, en la tibieza en la oración y las celebraciones litúrgicas, en el descuido de la misión. Para él, la verdadera reforma es una cuestión de resurgimiento interior, de corazones enardecidos. La prioridad suprema corresponde al anuncio de lo que, sobre la base de conocimientos ciertos, puede saberse y creerse sobre Cristo. Se trata de «conservar la palabra de Dios en su grandeza y pureza frente a todo intento de acomodación y dilución».

Durante muchos años, el pontificado del papa alemán se desarrolló en medio de permanentes aclamaciones. Nunca antes habían acudido tantas personas a las audiencias papales. Las encíclicas de Benedicto, *Deus caritas est*, *Spe salvi* y *Caritas in veritate*, alcanzaron tiradas astronómicas. Hacía tiempo que muchos de sus libros se habían convertido en clásicos; ahora sus alocuciones ofrecían titulares para las portadas de la prensa mundial. Ya solo el hecho de haber logrado una transición sin ninguna ruptura tras el largo y movido pontificado de Wojtyla le será contado como un logro singular.

Pero el recién elegido pontífice, a sus setenta y ocho años, no solo es el papa que contribuyó a dar forma al concilio, sino también el papa con el que este soñaba. La sobriedad, el diálogo y la concentración en lo esencial caracterizan el nuevo estilo que

penetra en el Vaticano. La pompa litúrgica se reduce; los sínodos de los obispos acortan su duración, pero, en contrapartida, son planteados colegialmente como debates.

Benedicto XVI trabaja en silencio, también en asuntos que con su predecesor se habían descuidado. Rechaza todo efectismo. Calladamente elimina el besamanos y sustituye en el escudo de armas la imponente corona papal, la tiara, por una sencilla mitra episcopal. Pero, por respeto a la tradición, también asume costumbres que no necesariamente se corresponden con su forma de ser. Él no es el jefe, el objeto de culto de la Iglesia que se pone a sí mismo en primer plano. Tan solo ocupa el lugar de otro, el único que debe ser amado y creído: Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado.

Después de Juan Pablo II, Benedicto XVI es el segundo sucesor de Pedro que habla en una mezquita. Pero con el sumo pontífice alemán por primera vez participa un papa en una celebración litúrgica protestante. Con él tiene lugar un acontecimiento histórico sin parangón: la visita de un máximo responsable de la Iglesia católica a los lugares donde desarrolló su actividad Lutero. Otra novedad es el nombramiento de un protestante como presidente de la Pontificia Academia de las Ciencias, pero también el de un musulmán como profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana. Al mismo tiempo, gracias a su vigor teológico e intelectual eleva el pontificado a un nivel que hace a la Iglesia católica atractiva hasta para personas que hasta entonces se hallaban distanciadas de ella. A eso contribuyen también, y no en último término, tres ciclos temáticos de rico contenido, como el «Año paulino», el «Año sacerdotal» y el «Año de la fe». El hecho de que, con el *motu proprio Summorum pontificum*, autorice a los presbíteros a celebrar de nuevo la misa tridentina, válida durante siglos, sin necesidad de recabar primero el permiso de un obispo es un acto de apertura y de libertad, no un paso atrás.

Benedicto XVI no lo hizo todo bien. Y, sin duda, el pontificado no pudo aprovechar todo el potencial contenido en la persona de este papa. La conducta de sus hermanos en el episcopado y de ciertos sectores del aparato vaticano pareció a menudo un rechazo. Al menos fue, a buen seguro, omisión de auxilio. Benedicto lo asumió con humildad. Incluso toleró junto a él a traidores, de modo del todo semejante a su Señor. Pero ¿fue realmente un pontífice tan débil como sus adversarios trataron de presentarlo tras su renuncia?

Un gran número de los reportajes de portada y contribuciones sobre Ratzinger aparecidos en los medios se antojaban parte de una campaña de acoso y derribo. «Si un papa no recibiera más que aplausos», respondió el atacado, «tendría que preguntarse si está haciendo algo mal». Pero de hecho el incesante acoso de los principales grupos mediáticos, empeñados en imponer sus propias ideas, fue una de las mayores cargas de su pontificado. Y en ello no desempeñaba ningún papel si las acusaciones estaban justificadas o no.

Para nombrar brevemente los tan manidos «escándalos»: con el obispo Richard Williamson de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, el papa habría «readmitido en la Iglesia», según un juicio común hasta la fecha, «a un negacionista del Holocausto». El conocimiento de esta noticia en enero de 2009 ocasionó *de facto* un giro en el trabajo del papa, que hasta entonces había sido valorado de manera enormemente positiva por un amplio sector de la opinión pública. El hecho es que Williamson era un anglicano converso. Roma nunca lo reconoció como obispo católico ni tampoco rehabilitó a la fraternidad sacerdotal separada de la Iglesia católica.

Las relaciones del cristianismo con el judaísmo se contaban precisamente entre las principales preocupaciones de Ratzinger. Israel Singer, secretario general del Congreso Mundial Judío entre 2001 y 2007, señaló que sin Ratzinger no habría sido posible el decisivo e histórico giro de la Iglesia católica en su relación con el judaísmo, que puso definitivamente fin a una actitud que duraba ya dos milenios. Y Maram Stern, vicepresidente de ese mismo foro judío, resumía la cuestión diciendo que bajo Benedicto XVI dicha relación fue «mejor que nunca antes en la historia».

Por lo que respecta a los abusos sexuales de sacerdotes y religiosos contra menores, existe de hecho una plétora de negligencias y errores, sobre todo de las instancias competentes en los distintos países. Pero hace tiempo que también se reconoce que, sin la gestión de Benedicto XVI, la que es una de las mayores crisis en la historia de la Iglesia católica habría ocasionado daños bastante mayores. Ya como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Ratzinger había adoptado medidas para aclarar a fondo los casos y castigar a los culpables. Como papa, expulsó a unos cuatrocientos sacerdotes y definió la base canónica para procesar a los obispos y cardenales que se nieguen a realizar o facilitar las investigaciones pertinentes.

¿Y el caso *Vatileaks*? No se debe minimizar este asunto. Entre bastidores se ocultan problemáticas disfunciones en algunos de los departamentos directivos de la Iglesia universal. Pero de la supuesta «conjura en el Vaticano» al final apenas quedó algo más que el robo de documentos por un mayordomo trastornado. Por lo que atañe al polémico Banco del Vaticano, el Instituto para las Obras de Religión (IOR), Benedicto encargó una exhaustiva auditoría y puso en marcha su reestructuración. Ordenó además una investigación de todo el entorno. El informe de la comisión nombrada con tal propósito está bajo llave. No obstante, se sabe que su alcance es menos dramático de lo que se presumía.

Los seguidores de Benedicto echan de menos sus inteligentes discursos, capaces de enfriar el entendimiento y enardecer los corazones, la riqueza de su lenguaje, la franqueza en el análisis, la infinita paciencia en la escucha, la nobleza que él personifica como pocos otros eclesiásticos. También, cómo no, su sonrisa tímida y sus a menudo algo torpes movimientos sobre el estrado, propios de un Charlie Chaplin. Sobre todo, su insistencia en la razón, que, como garante de la fe, protege la religión del deslizamiento hacia las locas fantasías y el fanatismo. Por último, pero no menos importante, su modernidad, que muchos no podían o no querían reconocer. A ella ha permanecido fiel, incluso en la disposición a hacer cosas que nadie había hecho antes.

A pesar de todos los escritos, homilías, meditaciones y correspondencia que ha redactado –de él se guardan unas treinta mil cartas solo del periodo anterior a su ordenación episcopal–, Joseph Ratzinger nunca ha elaborado una doctrina propia. Como teólogo tomaba lo que había, se percataba de qué era lo esencial, lo encuadraba en el contexto de la época y lo reformulaba, con el fin de salvar para generaciones futuras el mensaje del Evangelio y el saber acumulado a lo largo de la historia del cristianismo. A la vista de la importancia que concede a la Iglesia, también resulta comprensible su lucha por esta Iglesia, para que siga siendo una nave salvadora en el espacio-tiempo, un arca de Noé para navegar hacia un mundo mejor. A eso lo denominó él «la radicalidad escatológica de la revolución cristiana».

Ya solo los tres volúmenes del papa sobre Jesús hacen singular este pontificado. Benedicto XVI compuso con ellos el indispensable vademécum para la teología, la catequesis y la formación sacerdotal futuras; en una palabra, el fundamento de la doctrina de la fe para el tercer milenio. El círculo no podía cerrarse en la cátedra

universitaria, sino solo en la sede petrina. Y nadie más que él tenía la formación, la biografía, la fuerza y la inspiración necesarias para purificar con rigor científico y realismo místico la imagen de Jesús, rascañada hasta no ser ya reconocible, abriéndole de nuevo a la humanidad el acceso a ella.

El historiador inglés Peter Watson pone a Benedicto XVI al nivel de Lessing, Kant y Beethoven y lo llama uno de los últimos representantes del «genio alemán». Para el peruano Mario Vargas Llosa, premio Nobel de Literatura, se trata de uno de los intelectuales más destacados del presente, cuyas «novedosas y atrevidas reflexiones» dan respuesta a los problemas morales, culturales y existenciales de nuestro tiempo. La historia juzgará qué importancia corresponde a este papa más allá del presente. Sin embargo, lo que se puede tener ya hoy por seguro es que nadie ha estado tanto tiempo – más de tres décadas– como Joseph Ratzinger en la cima de la mayor y más antigua institución del mundo. Con sus contribuciones al concilio, el redescubrimiento de los padres, la vivificación de la doctrina y la purificación y consolidación de la Iglesia, no solo ha sido un renovador de la fe, sino también, en cuanto teólogo en la sede de Pedro, uno de los papas más importantes, un doctor de la Iglesia en la Modernidad como no habrá otro. Sobre todo, el acto histórico de su renuncia ha transformado radicalmente el ministerio petrino. Le ha devuelto aquella dimensión espiritual que se le encomendó en los orígenes.

Con Benedicto XVI acabó una era, quizá incluso un eón, uno de esos segmentos temporales que, a ritmo de milenios, caracterizan los grandes cambios de la historia. Los ocho años de su pontificado fueron algo así como los grandes ejercicios que la Iglesia necesitaba para consolidar su castillo interior y fortalecer su alma. Vistas así las cosas, el último de los papas de una época abocada a la extinción tendió el puente para la llegada de lo nuevo, con independencia de qué aspecto tenga esto. Benedicto XVI, así lo resumió su sucesor, fue «un gran papa»: «Grande por la fuerza y penetración de su intelecto, grande por su importante contribución a la teología, grande por su amor a la Iglesia y a los seres humanos, grande por su virtud y religiosidad». Su espíritu, opina el papa Francisco, «aparecerá de generación en generación cada vez más grande y más potente».

Las entrevistas que se reproducen a continuación tuvieron lugar poco antes y poco después de la renuncia de Benedicto como trabajo de fondo para la redacción de una

biografía y permiten asomarse a una de las personalidades más fascinantes de nuestro tiempo. El texto ha sido leído por el papa emérito, quien lo ha aprobado para la presente edición. Ojalá pueda contribuir este libro, ya sea en pequeña medida, a corregir imágenes falsas y a arrojar luz en las zonas oscuras, en especial en las circunstancias de una dimisión que tuvo al mundo en vilo. Al final no se trata sino de entender mejor al hombre Joseph Ratzinger y al pastor Benedicto XVI, de apreciar su santidad y, sobre todo, de mantener abierto el acceso a su obra, que alberga un tesoro para el futuro.

PETER SEEWALD

PRIMERA PARTE:

Las campanas de Roma



1.
DÍAS TRANQUILOS
EN MATER ECCLESIAE

Papa Benedicto, cuando era Santo Padre, lo aclamaban millones de personas, vivía en un palacio, recibía a los grandes y poderosos del mundo. ¿Echa de menos algo de ello?
¡En absoluto! Al contrario, le agradezco a Dios que esa responsabilidad, que no podía seguir llevando por más tiempo, no pese ya sobre mí. Que ahora sea libre para recorrer humildemente a diario el camino junto a él, para vivir entre amigos y ser visitado por amigos.

De repente carece Ud. por completo de poder y vive casi encerrado tras los muros del Vaticano, ¿cómo se asimila eso?

El «poder» nunca lo experimenté como algo que me hacía fuerte, sino siempre como responsabilidad, como un peso, como una carga. Como algo que le obliga a uno a preguntarse día tras día: ¿he estado a la altura? Y por lo que respecta a la aclamación de las multitudes, siempre supe que las personas no pensaban tanto en este pobre hombrecillo cuanto en aquel a quien yo representaba. En ese sentido, no me resulta difícil renunciar a ello.

Pronto habló Ud. de que su pontificado podría ser breve. Ya solo por su edad, por su estado de salud.

Pensaba que no tendría tantas fuerzas, en efecto.

Con ocho años, luego ha resultado ser bastante más largo que el de muchos de sus predecesores. Por preguntárselo antes de nada, ¿no influyó esta actitud suya también en el programa de su pontificado?

Claro que sí. No podía abordar asuntos a largo plazo. Algo así hay que hacerlo cuando uno tiene tiempo ante sí. Era consciente de que mi encargo era de otra clase, de que debía esforzarme sobre todo por mostrar qué significa la fe en el mundo actual, por restablecer la centralidad de la fe en Dios e infundir a las personas valentía para creer, valentía para vivir la fe de modo concreto en este mundo. Fe, razón: son facetas que reconocí como parte de mi misión y para las que no era importante cuánto durara el pontificado.

¿Llegó a suplicarle a Dios en algún momento: «Llévame, no puedo más, no quiero aguantar ya más»?

En esos términos, no. Es cierto que le pedí a Dios –en especial en la situación creada por el caso Williamson– que me librara de aquello y me ayudara, eso sí. Pero sabía que, dado que él me había colocado en aquel puesto de responsabilidad, no me dejaría caer.

¿Nunca pensó en desprenderse de una vez de toda la carga? ¿En no tener que estar siempre de guardia, con las incesantes obligaciones y todas las banalidades de un cargo, que le oprimen a uno? ¿En ser por una vez sencillamente hombre?

Sí, por supuesto que sí. Sobre todo siendo cardenal prefecto se lo decía con frecuencia al papa. Pero Juan Pablo II siempre me respondía: «Ni hablar, ¡Ud. sigue en el cargo!».

¿No se preguntó si debía aceptar la elección como papa?

Esa fue, de hecho, una pregunta muy seria para mí. Sin embargo, me impresionó que en el precónclave muchos cardenales en cierto modo suplicaran de antemano a quien fuera elegido que –aun cuando no se sintiera con fuerzas para cargar con la cruz– aceptara el voto de confianza de una mayoría de dos tercios y viera ahí un signo. Eso tenía que ser para él un deber interior. Ello se puso de relieve con tanta seriedad y énfasis que yo estaba convencido de que, si realmente la mayoría de los cardenales se pronunciaban por mí, estaría ante un mandato procedente del Señor y, por tanto, debía asumirlo.

¿No hubo ningún momento en el que dijera: «Quizá se hayan equivocado al elegirme»?

No. Los cardenales lo han elegido a uno, y entonces se lleva a cabo la tarea... y punto. Y lo importante no es el juicio de los periodistas, sino el del buen Dios.

Su gran anhelo era vivir solamente para la contemplación y la oración. ¿Puede hacerlo ahora?

No del todo. En primer lugar, la fuerza psíquica no me lo permite, porque interiormente no tengo fortaleza suficiente para entregarme de continuo a las cosas divinas y espirituales; pero luego también están los impedimentos exteriores, porque recibo visitas. Me parece bueno estar en contacto e intercambiar opiniones con las personas que hoy son responsables de la Iglesia o con aquellas que desempeñan un papel en mi vida, permanecer anclado, por así decir, en las cosas humanas. Por otra parte, la menguante fuerza física no me permite, digámoslo así, permanecer de continuo en las regiones superiores. Se trata, pues, de un deseo no realizado. Pero lo cierto es que uno tiene una gran libertad interior para ello, lo cual es ya muy importante.

¿Escribirá algo más?

¡No! No, no; después de Navidades cobré conciencia de que en este terreno me ha llegado ya la hora del *Nunc dimittis* [1] : mi trabajo está hecho.

¿Hay diarios o cuadernos de notas?

Diarios, no; pero con cierta periodicidad he escrito para mí reflexiones que estoy a punto de destruir.

¿Por qué?

(*Sonríe*). Porque son demasiado personales.

Pero eso sería...

... una merienda de historiadores.

Ud. ha escrito una gran obra teológica, mayor que la de cualquier papa anterior. Sus libros alcanzaron tiradas de millones de ejemplares. ¿No le resulta terriblemente difícil no volver a coger la pluma?

No, en absoluto. Todas las semanas escribo mi homilía del domingo, eso sí. En esta medida tengo una tarea intelectual; he de encontrar una exégesis adecuada. Pero tampoco podría escribir ya. Detrás de ello tendría que haber un trabajo metódico, y eso me resultaría ahora sencillamente demasiado fatigoso.

¿Escribe homilías para cuatro, cinco personas?

¿Por qué no? (*Ríe*). ¡Claro que sí! Da igual que sean tres o veinte o mil. La palabra de Dios debe estar siempre ahí para la gente.

¿Hay algo que aún le gustaría llevar a cabo a toda costa?

No en el sentido de que quiera dejar aún algo a la humanidad. Pero sí en el sentido de proseguir mi servicio en la oración.

¿Qué hay de su legado?

Después de haber otorgado antes testamento en diversas ocasiones, ahora he hecho ya el que seguramente sea mi testamento definitivo.

¿Un testamento teológico?

No, no. (*Risas*). No, de las cosas que tengo y a quién se las dejo.

¿Cómo es la meditación de un papa emérito? ¿Le resultan hoy especialmente queridos y valiosos determinados ejercicios espirituales?

Bueno, ahora tengo tiempo para rezar con profundidad y detenimiento el breviario, intensificando así la amistad con los salmos y los padres de la Iglesia. Y como ya he dicho, todos los domingos predico brevemente. Dejo durante toda la semana que mis pensamientos giren un poco en torno a ello, de modo que maduren lentamente y yo pueda palpar un texto por sus distintas caras. ¿Qué me dice a mí? ¿Qué les dice a las

personas que viven aquí en el monasterio? Eso es propiamente lo nuevo, si cabe hablar así: que puedo sumergirme con mayor sosiego en la oración de los salmos y familiarizarme más con ella. Y que, de este modo, los textos de la liturgia, sobre todo los textos dominicales, me acompañan durante toda la semana.

¿Tiene Ud. una oración favorita?

Algunas tengo. Está, por un lado, la de san Ignacio que dice: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad». Y luego, una de Francisco Javier: «No porque me lleves al cielo ni porque me condenes al infierno os amo, sino porque sois mi Dios». O la de Nicolás de Flue: «Tómame tal como soy...». Y también me gusta de manera especial la «Oración general» de Pedro Canisio, que habría querido ver incluida en el himnario alemán *Gotteslob*, pero se me olvidó proponerlo. Aunque fue compuesta en el siglo XVI, no ha perdido ni un ápice de actualidad o belleza [2] .

¿Cuál es su lugar preferido de retiro espiritual?

Diría que Altötting [en Baviera], naturalmente

El centro de sus reflexiones ha sido siempre el encuentro personal con Jesucristo.

¿Cómo está eso ahora? ¿Cuánto ha logrado acercarse a Jesucristo?

(Inhalación profunda). Eso, por supuesto, depende de la situación, pero en la liturgia, en la oración, en las contemplaciones para la homilía dominical lo veo directamente ante mí. Él siempre es, por supuesto, grande y misterioso. Muchas frases de los evangelios las encuentro ahora, en su grandeza y su peso, más difíciles que antes. Ello me recuerda un episodio de mi época de coadjutor. En una ocasión, Romano Guardini acudió como invitado a la parroquia evangélica vecina y le dijo al pastor evangélico: «Con la edad, [la fe] no resulta más fácil, sino más difícil». Eso conmovió y afectó mucho a quien entonces era mi párroco. Pero hay algo de verdad en ello. Por una parte, uno está, por así decirlo, mejor entrenado. La vida posee su forma, las decisiones fundamentales han sido ya tomadas. Por otra, uno percibe con mucha más fuerza la gravedad de las preguntas, la presión de la impiedad actual, la presión de la ausencia de fe, incluso muy dentro de la

Iglesia, pero también justamente la grandeza de las palabras de Jesucristo, que a menudo se sustraen a la interpretación en mayor medida que antes.

¿Está eso relacionado con la pérdida de la cercanía a Dios? ¿O con una duda?

Duda no, pero uno sí que intuye cuán lejos se encuentra, no obstante, de la grandeza del misterio. Por supuesto, sin cesar se abren nuevas perspectivas. Esto me parece muy conmovedor y consolador. Pero también me percaté de que la palabra de Dios nunca está sondeada del todo. Y precisamente algunas frases de ira, rechazo o amenaza de juicio se me vuelven más inquietantes, imponentes y mayores que antes.

Uno se imagina que el papa, el representante de Cristo en la tierra, debe de tener una relación especialmente estrecha, íntima con el Señor.

En efecto, así debería ser, y yo no tengo la sensación de que él esté lejos. Siempre puedo hablar interiormente con el Señor. Pero, a pesar de ello, no dejo de ser un hombre pequeño e insignificante, que no siempre alcanza hasta él.

¿Vive Ud. también esas «noches oscuras» de las que hablan muchos santos?

No con tanta intensidad. Quizá no sea lo suficientemente santo para verme envuelto por tanta oscuridad. Pero justo cuando en mi entorno acontecen cosas humanas ante las que uno se pregunta cómo puede permitir el buen Dios algo así, los interrogantes se hacen muy grandes. Entonces no queda más remedio que apretar los dientes y seguir adelante, desde la fe en que él lo sabe todo mejor.

¿Ha habido en su vida alguna de tales «noches oscuras»?

Digamos que no de las totalmente oscuras, pero sí he experimentado la perplejidad de qué pensar de Dios, la pregunta de por qué existe tanto mal, etc., de cómo puede conciliarse eso con su omnipotencia, con su bondad. Eso me asalta una y otra vez, según la situación.

¿Cómo se abordan semejantes problemas de fe?

En primer lugar, aferrándome a la certeza fundamental de la fe de que, de algún modo, estoy dentro de ella. Y siendo consciente de que, si no entiendo algo, no es porque eso sea falso, sino porque yo soy demasiado pequeño para entenderlo. Lo que ocurrió en algunas ocasiones es que poco a poco me fui familiarizando con ello. Siempre es un regalo ver de repente algo que previamente no se había percibido. Uno se da cuenta de que tiene que ser humilde, de que, cuando no comprende las palabras de la Escritura, debe esperar a que el Señor le abra el acceso a ellas.

¿Y lo abre?

No siempre. Pero el hecho de que existan momentos de apertura me muestra que se trata de algo grande en sí.

¿Siente también un papa emérito miedo a la muerte? ¿O al menos miedo a morir?

En cierto sentido, sí. En primer lugar, siento temor a convertirme en una carga para otras personas a consecuencia de un largo periodo de discapacidad. Eso me entristecería mucho. También mi padre le tuvo siempre miedo a tal posibilidad, pero no hubo de pasar por ello. Y lo segundo es que, por mucha confianza que tenga en que el buen Dios no puede rechazarme, cuanto más cerca estoy de su rostro, tanto más fuertemente me percató de cuántas cosas he hecho mal. En este sentido, también el lastre de la culpa le oprime a uno, aunque la confianza fundamental está, por supuesto, siempre ahí.

¿Qué le oprime a Ud. en este sentido?

Pues que sin cesar hay personas a las que uno no satisface, a las que no trata bien. ¡Ah, son tantos y tantos detalles, no grandes asuntos, gracias a Dios! Pero sí muchas cosas en las que uno no tiene más remedio que reconocer que podría y debería haber actuado mejor, en las que uno no ha sido del todo justo con las personas, con la realidad.

¿Qué le dirá al Todopoderoso cuando esté delante de él?

Le pediré que sea indulgente con mi insignificancia.

El creyente confía en que la «vida eterna» sea una vida plena.

¡Sin duda! Confía en que entonces se encontrará de verdad en casa.

¿Qué espera Ud.?

Hay estratos. Está, por una parte, el más teológico. A este respecto, lo que dice san Agustín es un gran consuelo y un gran pensamiento. Al comentar la frase del salmo: «Buscad siempre su rostro», Agustín afirma: este «siempre» vale para toda la eternidad. Dios es tan grande que nunca terminamos de conocerlo. Es siempre nuevo. Hay un movimiento permanente, interminable, de nuevo descubrimiento y nuevo gozo. Uno piensa teológicamente en tales cosas. Pero al mismo tiempo existe el lado, por entero humano, de que me alegra pensar que me reencontraré con mis padres, mis hermanos, mis amigos, imaginar que todo volverá a ser tan hermoso como lo era en nuestro hogar.

La escatología, la doctrina de los «novísimos» o las «últimas cosas» –muerte, purgatorio, irrupción de un mundo nuevo–, es uno de sus temas principales. Sobre ello ha escrito el que Ud. mismo considera su libro más logrado. Hoy, cuando se encuentra personalmente ya muy cerca de las preguntas escatológicas, ¿le ayuda en algo su teología?

Sí. Precisamente lo que reflexioné sobre el purgatorio, sobre la clase de dolor que se experimenta en él, sobre el significado que ello tiene y también sobre el carácter comunitario de la dicha eterna, sobre el hecho de que, por así decir, uno se sumerge en el gran océano de la alegría y el amor, todo eso es muy importante para mí.

¿Se caracterizaría a sí mismo como iluminado?

¡No, qué va! (Ríe). No.

Pero ¿no es la iluminación, junto con la santidad, meta de la vida cristiana?

Sí, pero el término «iluminado» tiene algo de elitista. Soy un cristiano completamente normal. Por supuesto, se trata de conocer la verdad, que es luz. Y en virtud de la fe también una persona normal está iluminada. Porque ve lo que otros, por muy inteligentes que sean, no perciben. En este sentido, la fe es iluminación. Entre los griegos, el

bautismo se denominaba *phōtismós*, iluminación, llegar a la luz, convertirse en vidente. Se me abren los ojos. Veo esta dimensión por entero distinta, que soy incapaz de percibir solo con los ojos corporales.



2. LA RENUNCIA

Hablemos de esa decisión que, por sí sola, convierte ya a su pontificado en histórico. Con su dimisión, por primera vez en la historia de la Iglesia un pontífice realmente en ejercicio ha renunciado a su ministerio. Con este acto revolucionario ha transformado Ud. el papado más profundamente que nadie en la Modernidad. El papado ha devenido más moderno, en cierto sentido también más humano, más cercano al origen petrino. Ya en 2010 afirmó Ud. en nuestro libro Luz del mundo: «Si un papa no se encuentra ya en condiciones físicas o psíquicas de desempeñar su ministerio, tiene el derecho y eventualmente incluso la obligación de renunciar a sus responsabilidades». ¿Vivió Ud. no obstante una intensa lucha interior para tomar esta decisión?

(Inhalación profunda). Eso no resulta, por supuesto, nada fácil. Dado que en mil años ningún papa había dimitido y que en el primer milenio hubo solo una excepción, se trataba de una decisión nada fácil de tomar y a la que uno debe darle muchas vueltas. Por otra parte, para mí la evidencia era tan grande que no hubo ninguna lucha interior especialmente intensa. Conciencia de la responsabilidad y gravedad de la decisión, que exige el más concienzudo examen y tiene que ser sopesada una y otra vez ante Dios y ante uno mismo: eso sí, pero no en el sentido de que ello me desgarrara por dentro.

¿Contaba con que su decisión causaría también decepción, incluso perplejidad?

Fue quizá más fuerte de lo que preveía; y tampoco contaba con que precisamente algunos amigos –personas que, por así decir, se habían atendido a mi mensaje y para las que este resultaba importante y orientador– por un momento se quedaran turbados y se sintieran abandonados.

¿Esperaba la conmoción?

No había más remedio que asumirla.

Debe de haberle costado muchísimo dar el paso.

En situaciones así, uno es ayudado. Pero también tenía claro que debía hacerlo y que ese era el momento adecuado. La gente lo aceptó también. Muchos agradecen que ahora el nuevo papa se dirija a ellos con un nuevo estilo. Habrá quienes quizá añoren algunas cosas, pero entretanto también estos se sienten agradecidos. Saben que había pasado mi hora y que cuanto yo podía dar está dado.

¿Cuándo tomó la decisión ya en firme?

Diría que en las vacaciones de verano de 2012.

¿En agosto?

Aproximadamente.

¿Estaba atravesando Ud. una depresión?

Una depresión, no, pero es cierto que no me encontraba bien. Y vi que el viaje a México y Cuba me había cansado mucho. Además, el médico me había dicho que no debía hacer ya más viajes transatlánticos. Según el calendario previsto, la Jornada Mundial de la Juventud no debía celebrarse en Río de Janeiro hasta 2014. Pero a causa del Mundial de fútbol se adelantó un año. Tenía claro que la renuncia debía producirse en un momento que permitiera al nuevo papa disponer de algún tiempo antes del viaje a Río. En este sentido, mi decisión maduró poco a poco tras el viaje a México y Cuba. De lo contrario, habría intentado aguantar hasta 2014. Pero así cobré conciencia de que ya no tenía fuerzas.

¿Cómo se hace para tomar una decisión de tal alcance sin hablar con nadie al respecto?

Con el buen Dios sí que hablé largo y tendido sobre ello.

¿Estaba al tanto su hermano?

No de inmediato, pero algo supo. Sí, sí.

Hasta poco antes del anuncio público tan solo cuatro personas conocían su decisión.

¿Hubo alguna razón para ello?

Sí, por supuesto, pues en el momento en que la gente lo supiera se cuartearía el mandato, porque entonces quedaría debilitada la autoridad. Era importante que pudiera desempeñar de verdad mi ministerio y realizar plenamente mi servicio hasta el último momento.

¿Tenía miedo de que alguien pudiera disuadirle de dar este paso?

No. *(Risa divertida)*. Es cierto que lo pensé, pero no era algo que me diera miedo, porque tenía la certeza interior de que debía hacerlo; y cuando uno está convencido de algo, no se le puede hacer desistir de ello.

¿Cuándo se escribió el texto del anuncio de la renuncia? ¿Quién lo escribió?

Yo mismo. Ahora no podría decir exactamente cuándo, pero lo escribí a lo sumo catorce días antes del anuncio público.

¿Por qué en latín?

Porque algo así de importante se anuncia en latín. Además, el latín es una lengua que domino hasta el punto de poder escribir correctamente en ella. También podría haberlo escrito en italiano, claro, pero con el peligro de que se me deslizaran un par de errores.

Originariamente quería Ud. hacer efectiva su renuncia ya en diciembre, pero luego se decidió por el 11 de febrero, lunes de Carnaval, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes.

¿Tiene esa fecha un significado simbólico?

No me di cuenta de que sería lunes de Carnaval. Ello causó extrañeza en Alemania [donde ese es el día grande de Carnaval, el *Rosenmontag*]. Era el día de la Virgen de Lourdes. La fiesta de santa Bernadette de Lourdes coincide, por otra parte, con mi

cumpleaños. En este sentido sí que existen conexiones, y me pareció adecuado hacerlo en esa fecha.

Así pues, el momento elegido tiene...

... una significación intrínseca, en efecto.

¿Qué recuerdo guarda de ese día histórico? Es de suponer que no dormiría bien la noche anterior.

Pero tampoco del todo mal. Para la opinión pública representaba, por supuesto, un paso nuevo y enorme, como se vio. Yo, en cambio, había luchado interiormente con ello todo el tiempo; el trago íntimo ya lo había pasado en cierto modo. En este sentido, no fue un día de especial sufrimiento para mí.

A la mañana siguiente, ¿fue todo como siempre, justo la misma rutina?

Yo diría que sí.

Las mismas oraciones...

Las mismas oraciones, aunque un par de ellas, por supuesto, especialmente intensas dado el momento, eso sí.

¿No se levantó más temprano, no desayunó más tarde?

No, no.

Aproximadamente setenta cardenales estaban sentados en forma de herradura en esa inmensa sala que tiene el bello nombre de Sala del Consistorio. Era un consistorio convocado para anunciar diversas canonizaciones. Cuando Ud. entró en la sala, nadie podía esperar, pues, lo que iba a suceder.

En efecto, aprobamos un par de nuevas canonizaciones.

La estupefacción comenzó cuando Ud. se puso de repente a hablar en latín: «Queridos cardenales, no les he convocado únicamente para hacerles partícipes de las canonizaciones, sino también para comunicarles algo importante». Todos estaban ya confundidos. Mientras Ud. leía su declaración, algunos rostros parecían petrificados, otros incrédulos, y también los había que manifestaban desconcierto o conmoción. Tan solo cuando el cardenal decano, Angelo Sodano, tomó la palabra, comprendieron todos qué estaba ocurriendo en realidad. ¿Qué pasó justo después? ¿Fueron los cardenales a hablar con Ud.? ¿Le asediaron con preguntas?

(*Ríe*). No, eso no habría sido posible. Cuando termina el consistorio, el papa abandona solemnemente la sala, así que no se le puede asediar con preguntas. En un caso así, el papa es soberano.

¿Qué se le pasó por la cabeza ese día, un día que hizo historia?

Por supuesto, también la pregunta: ¿qué dirá ahora la humanidad?, ¿qué pensará de mí? En mi casa fue, naturalmente, un día triste. También me puse de manera especial delante del Señor. Pero no fue nada específico.

En la declaración de renuncia menciona como causa para su dimisión la mengua de sus fuerzas. Pero ¿es la disminución de la capacidad de rendimiento razón suficiente para abandonar la sede petrina?

Ahí cabe hacer el reproche, por supuesto, de que eso sería un equívoco funcionalista. En efecto, el seguimiento de Pedro no está asociado solo a una función, sino que penetra hasta el ser. En este sentido, la función no es el único criterio. Pero, por otra parte, el papa tiene que hacer también cosas concretas, debe tener en mente una imagen global de la situación, debe saber qué prioridades hay que marcar, etc. Comenzando por la recepción de jefes de Estado y de obispos, con quienes es necesario poder entablar una conversación realmente profunda e íntima, hasta las decisiones que hay que tomar a diario. Aunque se diga que se puede prescindir de algo de ello, aún quedan muchas cosas esenciales. Si se quiere desempeñar adecuadamente la tarea, está claro que, cuando uno no tiene ya la capacidad suficiente, lo pertinente es –al menos para mí, otro puede verlo de manera distinta– dejar libre la sede pontificia.

El cardenal inglés Reginald Pole (1500-1558), a quien Ud. aludió en una conferencia, afirma en su teología de la cruz: la cruz es el verdadero lugar del vicario de Cristo. El primado papal tendría, según esto, una estructura martirológica.

Aquello me conmovió mucho entonces. Hice que se escribiera una tesis doctoral sobre él. Eso sigue siendo verdad en tanto en cuanto el papa debe dar *martyría* (testimonio) todos los días y está expuesto a la cruz a diario; además, siempre habrá *martyría* en el sentido del sufrimiento del mundo y sus problemas. Esto es algo muy importante. Si un papa no recibiera más que aplausos, debería preguntarse qué es lo que no está haciendo bien. Pues en este mundo el mensaje de Cristo, empezando por Cristo mismo, es un escándalo. Siempre encontrará oposición, y el papa será inevitablemente signo de contradicción. Es un rasgo que le incumbe. Pero eso no significa que deba morir decapitado.

¿Quería Ud. evitar tener que presentarse al mundo como su predecesor?

Mi predecesor tenía su propia misión. Estoy convencido de que –después de que él irrumpiera en escena con una energía inmensa, se echara, por así decirlo, la humanidad a los hombros, soportara durante veinte años con enorme energía los sufrimientos y las cargas del siglo y anunciara el mensaje– a su pontificado le era inherente, como si dijéramos, una fase de sufrimiento. Y ello tuvo un mensaje propio. La gente lo vio también así. En realidad, se les hizo verdaderamente querido sobre todo como persona sufriente. Es en esas situaciones cuando uno, siempre que esté abierto a ello, se acerca interiormente a la persona. Visto así, aquello tenía todo su sentido. Sin embargo, estoy convencido de que eso no se debe repetir a discreción. Y de que, tras un pontificado de ocho años, no se pueden aguantar, en caso de que aún se viva tanto tiempo, otros ocho años en los que uno aparezca así ante el mundo.

Dice Ud. que también en esta decisión se dejó asesorar, en concreto por su jefe supremo. ¿Cómo se hace eso?

Uno tiene que exponer ante él las cosas con la mayor claridad posible e intentar valorar la renuncia al ministerio no solo con categorías de eficiencia o de cualquier otro tipo, sino contemplándola desde la fe. Justo desde esta perspectiva llegué a la convicción de que el encargo petrino exigía de mí decisiones concretas, discernimientos concretos,

pero que, dado que en breve eso no iba a ser posible ya, el Señor tampoco me lo pedía y me liberaba, por así decirlo, de la carga.

En algún momento corrió la noticia de que había vivido Ud. una «experiencia mística» que le había movido a dar este paso.

Eso fue un malentendido.

¿Está Ud. en paz con el Señor?

Sí, de verdad.

¿Tuvo la sensación de que su pontificado se había agotado en cierto modo, de que ya no avanzaba adecuadamente? ¿O de que posiblemente la persona del papa ya no era la solución, sino el problema?

De ese modo, no. Quiero decir que era consciente de que en realidad no podía dar ya mucho más. Pero nunca tuve ni tengo la percepción de que yo era, por así decirlo, el problema para la Iglesia.

¿Desempeñó algún papel el hecho de que estuviera decepcionado de su propia gente, de que no se sintiera suficientemente apoyado?

Tampoco. Creo que el caso Paolo Gabriele fue mala suerte. Pero, primero, no era culpa mía —él había sido examinado por las instancias competentes y asignado a ese puesto— y, segundo, con tales incidentes hay que contar cuando se trabaja con personas. En verdad, no soy consciente de haber cometido ahí ningún error.

Sin embargo, algunos medios italianos especulan con la posibilidad de que el trasfondo verdadero de su renuncia haya que buscarlo en el caso Vatileaks, del que no solo forma parte el caso Paolo Gabriele, sino que incluye problemas económicos e intrigas en la Curia. La gota que habría colmado el vaso habría sido, según tales especulaciones, el informe de trescientas páginas redactado por la comisión encargada de investigar estos

asuntos, que le habría conmocionado hasta el punto de no ver ya otra salida que dejar paso a un sucesor.

No, eso no es cierto, en absoluto. Al contrario, estos asuntos estaban completamente esclarecidos. En aquel entonces dije –creo que fue a Ud. mismo– que no se debe dimitir cuando las cosas van mal, sino cuando la tempestad se ha calmado. Pude renunciar porque el sosiego había vuelto a esta situación. No cedí a ninguna presión ni tampoco hui por incapacidad de manejar ya estas cosas.

Algunos periódicos hablaron incluso de chantaje y conspiración.

Todo eso es enteramente absurdo. No, en realidad es un asunto prosaico –debo decir– que una persona, por cualesquiera razones, imaginara que debía ocasionar un escándalo para así purificar la Iglesia. Pero nadie intentó chantajearme. Yo tampoco me habría prestado a ello. Si alguien hubiera intentado algo así, yo no habría entrado al trapo, porque no puede ser que uno quede sometido a semejante presión. Tampoco es cierto que estuviera decepcionado ni nada por el estilo. Al contrario, gracias a Dios la decisión se tomó con el ánimo pacificado y con la sensación de haber superado el problema. Con la certeza de que podía entregar realmente tranquilo el timón al siguiente.

Uno de los reproches que se le hacen es que su renuncia ha contribuido a secularizar el papado. Este habría dejado de ser un ministerio incomparable para convertirse en un cargo como otro cualquiera.

Eso tenía que asumirlo y ponderar si de ese modo, digámoslo así, el funcionalismo se extendía por completo al ministerio papal. Pero ya se había dado un paso análogo con los obispos. Antaño tampoco el obispo podía renunciar a su ministerio, y había una serie de obispos que decían: «Soy “padre” y voy a seguir siéndolo. Uno no puede dejar de serlo sin más. Eso equivaldría a una funcionalización y mundanización, a una suerte de concepción funcionarial que no se le debe aplicar al obispo». A eso tengo que objetar que también un padre biológico deja de serlo llegado un momento. Nunca deja de ser padre, por supuesto, pero sí que se libera de la responsabilidad concreta. Sigue siendo padre en un sentido profundo e íntimo y con una relación y una responsabilidad especiales, pero no con las tareas de antes. Y así ocurrió también con los obispos.

En cualquier caso, entretanto todo el mundo ha comprendido que el obispo es portador de una misión sacramental, que, por una parte, le sigue comprometiendo interiormente, pero que, por otra, no puede mantenerlo atado eternamente a la función. Y así, pienso que está claro asimismo que el papa no es un superhombre y que su existencia no basta por sí sola, sino que también tiene que desempeñar funciones. Si renuncia al ministerio, mantiene en un sentido interior la responsabilidad que asumió en su día, pero no la función. Visto así, se entenderá poco a poco que el ministerio papal no ha perdido nada de su grandeza, aunque quizá se haya hecho más patente la humanidad del ministerio.

Inmediatamente después del anuncio de su decisión, la Curia se retiró, como es costumbre después del Miércoles de Ceniza, para hacer los ejercicios espirituales de Cuaresma. ¿Hablaron con Ud. de su renuncia al menos allí?

No, los ejercicios son unos días de silencio y escucha, de oración. Formaba parte de la planificación, por supuesto, que hubiera una semana de silencio en la que todos, al menos obispos, cardenales y colaboradores de la Curia, pudieran dedicarse a asimilar interiormente aquello. Que durante unos días todo lo exterior quedara a un lado y que los miembros de la Curia se pusieran juntos ante el Señor.

En este sentido, resultó para mí conmovedor y bueno que reinara el retiro y el silencio y que nadie pudiera molestarme, porque no había audiencias y todos estábamos apartados del ajetreo diario y nos encontrábamos interiormente muy cercanos, ya que rezábamos y escuchábamos meditaciones juntos cuatro veces al día, pero, por otra parte, cada cual estaba ante el Señor en su responsabilidad personal.

Así pues, debo decir que la planificación fue bastante buena. *A posteriori* me parece incluso mejor de lo que pensé al principio.

¿Se ha arrepentido en algún momento de su renuncia, siquiera por un minuto?

¡No! No, no. Todos los días veo que fue la decisión correcta.

O sea, que no ha habido ningún momento en que quizá se haya dicho a sí mismo...

No, en absoluto. Lo había reflexionado durante bastante tiempo y lo había hablado con el Señor.

¿Hubo algún aspecto que no tomara en consideración, algo en lo que quizá solo haya caído a posteriori?

No.

¿Consideró también, pues, la posibilidad de que en el futuro puedan planteársele a un papa exigencias de dimisión justificadas?

A las exigencias no puede uno plegarse, por supuesto. Por eso, en mi discurso subrayé que era algo que hacía libremente. Uno nunca debe irse si se trata de una huida. Nunca se debe ceder a las presiones. Uno solo puede marcharse cuando nadie lo exige. Y a mí nadie me lo exigió. Nadie. Fue una sorpresa absoluta.

Pero es posible que el hecho de que su renuncia propiciara de inmediato un giro hacia otro continente fuera una sorpresa incluso para Ud., ¿no?

En la santa Iglesia hay que contar con todo.



3.

«NO ABANDONO LA CRUZ»

Después de sus últimas celebraciones litúrgicas como papa en funciones y su despedida del Palacio Apostólico comienza una nueva historia. Junto con su entorno más cercano –los secretarios Georg Gänswein y Alfred Xuereb y las cuatro hermanas de la asociación laical Memores Domini– se traslada primero a la residencia papal de verano en Castel Gandolfo. ¿Siguió desde allí el cónclave?

Por supuesto.

¿Qué impresión le dio?

Como es natural, no recibimos a nadie, eso está claro; y tampoco mantuvimos ningún tipo de contacto con el mundo exterior, pero vimos lo que se podía ver en televisión. Sobre todo la tarde de la elección pasamos mucho tiempo frente al televisor.

¿Tenía Ud. alguna idea de quién podría ser su sucesor?

¡No, en absoluto!

¿Ningún presentimiento, ninguna intuición?

No, no.

¿Cómo pudo entonces, al despedirse de la Curia, prometer obediencia incondicional a su futuro sucesor?

El papa es el papa, con independencia de qué persona desempeñe el ministerio.

De todas formas, se supone que Jorge Mario Bergoglio figuró ya entre los favoritos en el cónclave de 2005. ¿Fue realmente así?

No puedo decir nada al respecto. (*Risas*).

*¿Qué pensó cuando vio aparecer a su sucesor en el balcón de la basílica de San Pedro?
Y además vestido de blanco...*

Bueno, eso es cosa suya, también nosotros íbamos de blanco. Lo que él no quiso llevar fue la muceta. Eso no me afectó en absoluto. Lo que me conmovió hondamente fue que, ya antes de salir al balcón, intentó hablar conmigo por teléfono, pero no me localizó, porque estábamos frente al televisor; cómo oró luego por mí, el momento de meditación, la cordialidad con la que saludó a las personas, de suerte que, por así decirlo, la chispa prendió de inmediato. Nadie esperaba que fuera él. Yo lo conocía, por supuesto, pero no había pensado en él. Desde este punto de vista, fue para mí una gran sorpresa. Pero luego enseguida me ganó: por una parte, su manera de orar; por otra, cómo habló a la gente al corazón.

¿De qué lo conocía Ud.?

De las visitas *ad limina* y también por la correspondencia. Lo conocía como un hombre muy resuelto, como alguien que en Argentina decía con rotundidad: esto ocurre y esto otro no. Este aspecto de la cordialidad, de ese afecto tan personal por la gente, no lo había experimentado así; eso fue para mí una sorpresa.

¿Esperaba que fuera otro el elegido?

Bueno, sí; no alguien en concreto, pero sí otra persona.

En cualquier caso, Bergoglio no estaba entre los candidatos que Ud. imaginaba...

No, no pensaba que él se encontrara entre los principales candidatos.

Aunque se dice, como ya he comentado, que en el cónclave anterior él se contaba, junto con Ud., entre los favoritos.

Eso es cierto. Pero yo pensaba que eso pertenecía al pasado. Ya no se oía hablar de él.

¿Se alegra del resultado de la elección?

Cuando oí su nombre, al principio no estaba del todo seguro. Pero cuando vi cómo hablaba con Dios, por un lado, y con las personas, por otro, me alegré de veras. Y me sentí feliz.

Por insistir en ello, ¿no puede decirse, pues, que saber o intuir quién iba a ser su sucesor habría facilitado su renuncia?

No. El colegio cardenalicio es libre y tiene su propia dinámica. No se puede predecir quién saldrá elegido al final.

En el papa Francisco hay mucho de novedoso: el primer jesuita en la sede petrina, el primero que lleva el nombre Francisco. Y, sobre todo, el primer papa del «Nuevo Mundo». ¿Qué significa eso para la estructura de la Iglesia católica universal?

Significa que la Iglesia es móvil, dinámica y abierta, que en ella tienen lugar desarrollos nuevos. Que no está anquilosada en esquema alguno, sino que nos depara sin cesar sorpresas; que es portadora de una dinámica capaz de renovarla de continuo. Esto es bello y alentador: que también en nuestro tiempo ocurran cosas que nadie esperaba y que muestran que la Iglesia está viva y llena de posibilidades inéditas.

Por otra parte, sí que era de esperar que Sudamérica desempeñara antes o después un gran papel. Es el mayor continente católico y, al mismo tiempo, el que más sufrimiento y problemas tiene. Allí hay obispos realmente grandes y, pese a tanto sufrimiento y tantos problemas, se trata de una Iglesia muy dinámica. Bajo esta óptica, también era en cierto modo la hora de Latinoamérica. Y no se debe olvidar que el nuevo papa es italiano y sudamericano a la vez, de suerte que aquí se manifiesta también el íntimo entrelazamiento del Viejo y el Nuevo Mundo, la unidad intrínseca de la historia.

Con el papa Francisco, la Iglesia católica universal deja, en cualquier caso, de estar centrada en Europa o al menos ya no lo está tanto.

Es evidente que Europa ya no constituye, como si se tratara de algo obvio, el centro de la Iglesia universal; antes al contrario, ahora la Iglesia, en su universalidad, realmente está presente con el mismo peso en los distintos continentes. Europa conserva su responsabilidad, sus tareas específicas. Así y todo, la fe en Europa se está debilitando tanto que, ya por eso, solo limitadamente puede seguir siendo la auténtica fuerza impulsora de la Iglesia universal y de la fe en la Iglesia. Y también vemos que la aparición de nuevos elementos –por ejemplo, africanos, sudamericanos o filipinos– propicia un nuevo dinamismo en la Iglesia, que rejuvenece y vuelve a dinamizar en cierto modo al envejecido Occidente, despertándolo del cansancio y del olvido de su fe. Cuando pienso en especial en Alemania, percibo ciertamente una fe viva y un compromiso a favor de Dios y de los hombres que brota de los corazones. Pero, por otra parte, sigue existiendo el poder de las burocracias, la teorización de la fe, la politización y la ausencia de un dinamismo vivo, que a menudo parece verse casi asfixiado por tanto sobrepeso estructural. Es alentador que en la Iglesia universal se hagan valer otros acentos y que Europa vuelva a ser evangelizada también desde el exterior.

Se dice que el buen Dios corrige un poco a cada papa con su sucesor. ¿En qué es corregido Ud. por el papa Francisco?

(Risas). En efecto, así es; diría que Francisco me corrige a través de su afectividad directa con las personas. Creo que eso es muy importante. Y también es de todo en todo un papa que da importancia a la reflexión. Cuando leo su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* o también las entrevistas que concede, veo que se trata de una persona reflexiva, de una persona que aborda espiritualmente las preguntas de la época. Pero a la vez se trata asimismo de alguien que está muy cerca de la gente, alguien acostumbrado a relacionarse con las personas. El hecho de que no viva en el Palacio Apostólico, sino en la Casa de Santa Marta, se debe a que quiere estar rodeado de gente. Yo diría que eso se puede lograr también allí arriba [P. S.: o sea, en el Palacio Apostólico], pero el cambio de residencia pone de manifiesto el nuevo acento. De hecho, quizá yo no haya estado suficientemente con las personas. Y luego también es de destacar, diría yo, la valentía con la que afronta los problemas y busca soluciones.

¿No le resulta a Ud. su sucesor quizá un poco impetuoso de más, un poco excéntrico?

(Risas). Cada persona tiene su temperamento. Uno es quizá un poco reservado, otro tal vez algo más dinámico de lo que uno imaginaba. Pero me gusta que salga tan directamente al encuentro de las personas. Por supuesto, me pregunto cuánto tiempo podrá mantener eso. Pues estrechar doscientas manos o más todos los miércoles, etc., cuesta mucha energía. Pero eso se lo dejamos al buen Dios.

¿Ud. no tiene, pues, ningún problema con las formas del papa Francisco?

No. Al contrario, me parecen bien.

El papa emérito y el nuevo papa viven ahora incluso en el mismo recinto, separados por unos cuantos cientos de metros. Se dice que Ud. está siempre a disposición de su sucesor. ¿Recorre este realmente a su experiencia, le pide consejo?

Por lo general, no existe motivo para ello. Me ha preguntado sobre determinados asuntos, también en relación con la entrevista que concedió a *La Civiltà Cattolica* [3]. Eso lo hago, por supuesto; me manifiesto sobre lo que se me pregunta. Pero en conjunto estoy muy contento de que no se me suela involucrar.

¿Significa eso que tampoco recibió Ud. antes de su promulgación la primera exhortación apostólica del papa Francisco, la Evangelii gaudium?

No. Pero en contrapartida me escribió una muy bella carta personal con su minúscula letra. Es mucho más pequeña que la mía. En comparación con él, yo escribo con una letra grande.

Algo que resulta difícil de creer.

¡Que sí, de verdad! La carta era muy cariñosa; en este sentido, acogí esta exhortación apostólica de un modo especial. Y encuadrada también en blanco, lo que solo se hace con los documentos pontificios. Estoy leyéndola. No se trata de un texto breve, pero es hermoso y está escrito de forma cautivadora. A buen seguro, no todo está escrito por él, pero sí que contiene muchas cosas personales.

Algunos comentaristas interpretaron este documento como un giro de ciento ochenta grados, sobre todo por la exigencia de descentralización de la Iglesia. ¿Ve Ud. en este texto programático una ruptura con su pontificado?

No. También yo he deseado siempre que las Iglesias locales sean lo más vivas posible en sí mismas y no precisen tanto de la ayuda de Roma. En este sentido, el fortalecimiento de las Iglesias locales es algo primordial. Aunque igualmente lo es que todas las Iglesias locales permanezcan abiertas unas a otras y al ministerio petrino, pues de lo contrario se tiende con facilidad a la politización, la nacionalización y los reduccionismos culturales. El intercambio entre las Iglesias locales y la Iglesia universal es muy importante. También debo decir que, por desgracia, justo en aquellos obispos que se oponen a la centralización se echan en falta las iniciativas que cabría esperar de ellos. De ahí que con frecuencia hayamos echado una mano. Pues cuanto mejor y más hondamente viva una Iglesia local desde el centro de la fe, tanto más contribuye al todo.

No se trata solo de que el conjunto de la Iglesia gobierne en la Iglesia local; también los asuntos de la Iglesia local son decisivos para el conjunto. San Pablo dice que, cuando un miembro está enfermo, todos los demás se ven afectados. Así, por ejemplo, si Europa se empobrece en la fe, ello supone también una enfermedad para los demás, y viceversa. Si en otra Iglesia irrumpiera la superstición o cosas que no deberían ser, o la increencia, eso siempre repercute en el conjunto. En este sentido, la interacción es muy importante. No funciona sin el ministerio petrino y el ministerio de la unidad. Pero tampoco puede prescindir de la responsabilidad de las Iglesias locales.

Así pues, ¿no ve Ud. por ninguna parte una ruptura con su pontificado?

No. Naturalmente cabe malinterpretar algunos pasajes, para luego afirmar que ahora todo es por completo distinto. Si se sacan pasajes de contexto, si se aíslan, se pueden construir antítesis; pero estas desaparecen cuando se considera el conjunto. Quizá haya nuevos acentos, cómo no, pero no antítesis.

Tras el tiempo de pontificado que lleva el papa Francisco, ¿está Ud. contento?

Sí. En la Iglesia se respira una nueva frescura, una nueva alegría, un nuevo carisma que llega a las personas; y todo eso es, sin duda, algo hermoso.

De sus discursos de despedida en la plaza de San Pedro llamaron la atención de modo muy especial dos frases. La primera la dijo durante su último ángelus, cuando afirmó: «El Señor me llama a ascender al monte Tabor». ¿Qué quería decir con ello?

Eso venía dado inicialmente por el evangelio del día. Pero ese evangelio había cobrado en aquellas fechas un sentido muy concreto. Significaba, por así decirlo, que me iba con el Señor; que ascendía de la cotidianidad de la vida a otra altura, donde puedo estar con él de forma más directa e íntima; que con ello también me desasía de las grandes multitudes con las que había estado tratando y me internaba en esta mayor intimidad.

El hecho de que su última gran celebración litúrgica fuera la del Miércoles de Ceniza no puede atribuirse, a buen seguro, a la casualidad. Fue como si nos dijera: «Mirad, aquí quería conducirnos: purificación, ayuno, penitencia».

También esto vino dado. Ciertamente, cuando maduraba la decisión, también pensé en este Miércoles de Ceniza. En que con ello todavía tendría oportunidad de celebrar una liturgia solemne. En realidad, la celebración tendría que haberse llevado a cabo en Santa Sabina, porque es la antigua iglesia estacional; pero dadas las circunstancias, decidimos trasladarla a San Pedro. Y eso lo viví como un guiño de la providencia: que mi última liturgia fuera la apertura de la Cuaresma y estuviera vinculada, por consiguiente, con el *memento mori*, con la seriedad de adentrarse en la pasión de Cristo, pero al mismo tiempo también en el misterio de la resurrección. Tener, por una parte, el Sábado de Gloria presidiendo el comienzo de mi vida y, por otra, el Miércoles de Ceniza –con su poliédrico significado– presidiendo el final de mi ministerio concreto, fue algo en parte buscado y en parte dispuesto por la providencia.

La segunda frase de despedida reza, pronunciada con gran énfasis: «No abandono la cruz».

Bueno, de algún modo se había dicho que me había bajado de la cruz, que había optado por lo más cómodo. Ese es un reproche con el que también tenía que contar y con el que me vi obligado a confrontarme, sobre todo interiormente, antes de dar el paso. Estoy convencido de que no fue una huida, por supuesto no de la presión práctica, que no existía. Pero tampoco una huida interior de la exigencia de la fe, que lleva al ser humano a la cruz. Se trata más bien de otro modo de permanecer unido al Señor *sufriente*: en la

quietud del silencio, en la grandeza e intensidad de la oración por la Iglesia entera. Así entendido, el paso que di no fue una huida, sino justamente otro modo de permanecer fiel a mi ministerio.

No organizó una gran celebración de despedida, sino que se limitó a una audiencia general.

Si se hubiera celebrado la despedida, habría tenido lugar la mundanización de la que Ud. hablaba. Debía mantenerse en el marco de lo que es inherente a un ministerio espiritual. En este caso, la liturgia del Miércoles de Ceniza y el encuentro con los fieles en la plaza de San Pedro, con alegría y actitud reflexiva a la vez. Con lo cual no es el destino personal de este hombre concreto lo que ocupa el primer plano, sino el hecho de que está ahí en representación de otro. En este sentido, fue absolutamente acertado encontrarme, por una parte, con la Iglesia como un todo y, por otra, con las personas que querían despedirse. Y hacerlo no en el sentido de una celebración mundana, sino como encuentro de unos con otros en la palabra del Señor y en la fe.

Que luego se marchara de allí volando en helicóptero también formaba parte de algún modo de esta dramaturgia, al menos contemplada desde fuera. Podría decirse que nunca antes un papa vivo había ascendido al cielo...

(El papa se ríe).

¿Qué se le pasó por la cabeza?

Me conmoví profundamente. La cordialidad de la despedida, el hecho de que mis colaboradores (*se le quiebra la voz*) no pudieran contener las lágrimas. Luego, en lo alto de la casa Pastor Bonus había una gran pancarta con la inscripción: «Que Dios te lo pague», y las campanas de Roma... (*el papa llora*). Eso me conmovió mucho. Pero, en cualquier caso, volando sobre Roma y oyendo el tañido de las campanas, supe que podía estar agradecido, que mi estado fundamental de ánimo era la gratitud.

SEGUNDA PARTE:

Historia de un siervo



4.

EL HOGAR FAMILIAR Y LA INFANCIA

Santo Padre, Ud., hijo de familia humilde, se convirtió en sucesor de Pedro a una edad ya avanzada. ¿Qué ideas tenía Ud. de niño sobre lo que es un papa?

El pontífice de aquel entonces, Pío XI, era para nosotros el papa por antonomasia. Era el vicario de Cristo, alguien que estaba infinitamente por encima de nosotros, pero al mismo tiempo muy cerca, porque era el pastor de todos. Venerábamos y queríamos al papa, y a la vez lo veíamos inmensamente lejano, infinitamente elevado sobre nosotros.

¿Tenía Ud. en aquella época un santo favorito?

No sabría decírselo. El santo cuyo nombre llevo, san José, me gustaba mucho, por supuesto.

¿Se hacía entonces alguna de esas típicas preguntas de los niños sobre Dios, a las que no se encuentra respuesta y que a uno lo desesperan por completo?

No, a la sazón el mundo creyente me parecía totalmente firme y seguro.

En una carta al Niño Jesús le pide como regalos de Navidad «un misal del pueblo Schott, una sotana verde de monaguillo y un Corazón de Jesús». ¿No es una petición bastante insólita para un niño de siete años, los que tenía Ud. cuando escribió esa carta?

(*Ríe*). Sí, claro, pero para nosotros la participación en la liturgia era desde el principio realmente constitutiva y una gran vivencia, un mundo misterioso en el que uno deseaba

adentrarse más. Y jugar entre nosotros a los párrocos era, se mire como se mire, un bello juego. En aquel entonces todavía estaba muy extendido.

Ud. es, después de su hermana Maria y su hermano Georg, el tercer hijo de sus padres. ¿Era Ud. el niño mimado de la casa?

Sí, en efecto.

¿Cómo le llamaban de niño?

Al principio, cuando era pequeño, me decían «Josephl», un diminutivo bávaro de Joseph. Pero luego, más o menos a los ocho años, dije: «Esto se ha acabado; de lo contrario, seguiré siendo toda mi vida un Josephl. ¡En adelante mi nombre es Joseph!».

Este deseo se respetó y cumplió.

¿Era un chico alegre y desenfadado o más bien introvertido y precozmente reflexivo?

Al principio, en los años en que vivimos en Tittmoning y Aschau, era un chaval muy alegre. Pero de algún modo –no puedo dar ninguna razón concreta– más tarde me volví más reflexivo y no tan jovial. También eso cambió. La guerra lo complicó todo.

Su nacimiento, el 16 de abril de 1927, coincidió con un Sábado de Gloria. Cuando visitó ya como papa la Sábana Santa de Turín, exclamó Ud.: «He aquí un momento que siempre he esperado». Esa es, en su opinión, la imagen del Sábado de Gloria. Parece como si a lo largo de su vida hubiese reconocido Ud. en este tema –que, como si dijéramos, le acompaña desde que nació– con creciente claridad el destino que le ha sido marcado.

En efecto, siempre he sentido muy presente este tema. En la época en que yo nací, la Vigilia Pascual se celebraba ya en la mañana del Sábado de Gloria, por lo que fui bautizado con la recién bendecida agua bautismal. Aquello fue muy importante para mis padres. Lo vivieron como algo lleno de significado, y así me lo dijeron también a mí desde el principio. Esta conciencia me ha acompañado en cierto modo. No solo como teólogo, sino también en los acontecimientos de la época, que en parte se asemejan al Sábado de Gloria, y eso ha penetrado en mí con creciente fuerza. También he intentado

entenderlo de forma cada vez más profunda, y lo he considerado de hecho como una interpelación, como un programa para mi vida.

Sus textos al respecto son especialmente profundos y conmovedores.

Cabalmente porque no se trata de una elucubración, sino de algo que está entreverado con mi fundamento, con el comienzo de mi existencia, en lo que me he sumergido no solo con el pensamiento, sino con la vida.

Al igual que el padre de Karol Wojtyla, también su padre, Joseph, hijo de agricultores y policía rural de profesión, tenía una piedad muy profunda, varonil. ¿Fue él, por así decirlo, el troquel de su vocación?

En cierto sentido, sí. Era un hombre increíblemente piadoso, profundamente enraizado en la fe de la Iglesia y, al mismo tiempo, muy sobrio, crítico, incluso con el papa y los obispos. La sobria piedad con la que vivía la fe y estaba de verdad penetrado por ella fue para mí muy importante.

¿Estuvo asociada la evolución religiosa de su padre a algún acontecimiento concreto?

La verdad es que no lo sé. En la infancia hubo en su parroquia un coadjutor muy bueno, que evidentemente le marcó y formó en profundidad. Hablaba con frecuencia de él. Por su parte, el maestro que tuvo en la escuela creó un coro infantil, en el que también mi padre cantaba. Seguro que todo ello contribuyó a que la Iglesia se convirtiera para él en vivencia.

Su padre no tenía formación académica.

Solo cursó los estudios de primaria, pero era un hombre con cabeza, capaz de pensar independientemente.

¿Es cierto que quiso ser sacerdote?

Nunca habló de ello. Pero sí que se planteó ingresar como hermano en los capuchinos.

De la granja de la familia Ratzinger en Rickering, la minúscula aldea del Bosque Bávaro en la que nació su padre, ha surgido de modo más o menos directo un número llamativamente grande de vocaciones. Está el famoso Georg Ratzinger, su tío abuelo, que no solo fue sacerdote, sino que adquirió fama como parlamentario. Luego, el hermano y la hermana de su padre, Alois y Theogona, sacerdote y religiosa, respectivamente. A ellos se les sumaron Ud. y su hermano Georg; y, por último, un primo suyo, quien actualmente es sacerdote en Simbach, cerca de Marktl, donde nació Ud. Casi se podría hablar de una familia sacerdotal.

Es verdad, casi se podría decir eso. (*Se ríe*). Conocíamos bien al tío Alois, al tío clérigo. Pasamos con él las vacaciones de 1937, quizá también las de 1935. Tuvimos asimismo bastante relación con la tía Theogona, la tía monja.

¿Le alentó en su propio camino el hecho de que hubiera sacerdotes en la familia, como justamente su tío Alois, el hermano de su padre?

Entonces eso era normal. Las grandes familias de agricultores tenían muchos hijos, por lo que de entre ellos siempre salía algún clérigo.

Su tío Alois debió de ser una persona singular.

En efecto, era un personaje curioso. Era inteligente, pero muy testarudo. Sobre todo estaba a favor de la liturgia popular alemana.

Y se opuso a los nazis.

Eso lo tenía muy claro.

En el volumen colectivo Priester unter Hitlers Terror [Sacerdotes bajo el terror de Hitler], dos gruesos volúmenes con una lista de sacerdotes que opusieron resistencia a los nazis y fueron perseguidos por ello, se dice de su tío que a finales de 1936 fue denunciado ante el presidente del distrito administrativo [Regierungspräsident] porque había tomado a quienes asistían a misa juramento de fidelidad a la Iglesia católica. ¿Estaba Ud. al tanto de ello de muchacho?

En realidad teníamos claro que un clérigo debía estar contra los nazis. Y nuestro padre era tan contrario al régimen nacionalsocialista que nadie podía imaginarse que alguien en la familia estuviera a favor de ellos. La tía Theres, una de las hermanas de mi padre, era una adversaria especialmente furibunda de los nazis. Poseía, junto con otros hermanos suyos, una casa y algunas tierras junto a las vías del ferrocarril. Cuando pasaba por allí un tren con gerifaltes nazis, les hacía el pito catalán, ese gesto tan conocido de ponerse el pulgar en la nariz con la mano extendida y agitar los demás dedos. (*El papa hace el gesto y se ríe*). Los nazis se indignaban, pero nada podían hacer desde el tren en marcha.

En 1933 se celebró un «Año santo». Cabalmente en ese año subió Hitler al poder, para luego traer muerte y terror al mundo.

La fecha estaba fijada de antemano, por supuesto. Según la tradición el Señor fue crucificado a los treinta y tres años, y 1933 era un gran año jubilar, que también se celebró en Aschau, donde entonces vivíamos. Simultáneamente se produjo este triunfo del mal, que cayó sobre nosotros. Pero el mundo interior de lo religioso estaba tan vivo en nosotros que, aun cuando se vio lastrado por lo exterior, no pudo ser perturbado.

Para su padre, que estaba suscrito a la revista antifascista Der gerade Weg [El camino recto], debió de ser una...

Para él fue muy malo, en efecto. Los niños teníamos la vida en la familia, la vida del pueblo, que aún poseía una fuerte impronta católica. A él aquello le afectó, cómo no, mucho más que a nosotros.

Su madre trabajaba a temporadas como cocinera en una pensión. ¿Qué importancia se le daba a eso en casa?

Eso fue tan solo tras la jubilación de mi padre. Los tres hermanos íbamos a la escuela, y eso había que pagarlo. Aunque yo todavía no estaba en el internado, los gastos escolares de la familia ascendían a veinte marcos mensuales. En 1938, cuando mi madre trabajó en Reit im Winkl, nuestra situación económica era especialmente difícil.

¿Cómo vivía eso su padre? Probablemente fue el primer «amo de casa» de la historia alemana.

(El papa suelta una carcajada). Para él fue un gran reto. Únicamente sabía cocinar un plato: *Schmarren* [una tortilla dulce con leche, huevos, harina y pasas]. Pero, por lo demás, primero tuvo que familiarizarse con todo.

¿No le representaba ningún problema ponerse el delantal?

Se lo ponía.

Incluso limpiaba sus zapatos, Santo Padre.

Eso, de todas maneras, lo había hecho siempre; y además, para toda la familia. Era competencia suya.

Como policía, su padre fue trasladado con frecuencia. Catorce veces en treinta y cinco años de servicio. La mayoría de las veces por deseo propio. ¿Cuál era la causa?

No sé a qué se debía, pero es evidente que los Ratzinger tenemos algo de errantes. Yo también me he movido mucho...

El hecho de que tardara tanto en casarse, ¿tuvo que ver con los frecuentes traslados como policía?

En efecto. Y también, creo yo, con sus dudas sobre si debía ingresar o no, de una u otra forma, en la vida religiosa.

¿Y el que su madre se casara tan tarde?

Ello se debió probablemente a sus trabajos como criada.

Su madre era hija ilegítima. ¿Cuándo se enteró Ud. de ello?

Relativamente pronto, ya en Aschau, aunque entonces no lo entendí. Ocurrió de la siguiente manera: mi padre, como funcionario, tenía que presentar un «certificado de raza aria», a fin de demostrar que tanto él como su esposa eran arios. En su caso, eso no

fue problema alguno, ya que los registros estaban a mano. Pero mi madre era oriunda del sur del Tirol, y fue necesaria una prolongada y laboriosa correspondencia entre el párroco de Aschau y el ayuntamiento del municipio italiano donde ella había nacido. Y a consecuencia de esta gestión pasó a constar en acta que mi madre era hija ilegítima. Sin embargo, yo no comprendí bien lo que esto significaba hasta mucho más tarde.

¿Tuvo eso alguna importancia para Ud.?

En absoluto. Pues mi madre resultaba tan convincente que no necesitaba certificado alguno de moralidad.

¿Llegó a saber su madre alguna vez quién era su padre?

Por supuesto, el hombre con el que se casó mi abuela era también el padre biológico de mi madre.

Pero el maestro panadero Rieger no la reconoció al principio. ¿Por qué?

Fue un descuido legal. Mi madre era la primera hija de ambos. También el siguiente hijo, Benno, nació antes de que contrajeran matrimonio. Estaban prometidos, pero no tenían residencia fija. En Rimsting, donde regentaban una panadería, se casaron. Mi abuelo pensó que la hija quedaría automáticamente legitimada al oficializarse la unión. Mi abuela era una mujer muy severa, dura; mi abuelo, bondadoso y cariñoso. Él la amaba, y ella a él también.

¿Cómo fue en su caso? ¿Recibió Ud. reconocimiento y amor de su padre?

Sí, realmente los recibí. Ya de pequeño. Había mucha cordialidad y calor. Sobre todo a partir de abril de 1937, cuando se jubiló, dábamos juntos muchos largos paseos, en los que me contaba episodios de su infancia y juventud. Cuando mi madre, por razones económicas, aceptó el puesto de cocinera en Reit im Winkl y tampoco mis hermanos estaban ya en casa, salíamos a pasear a diario. Él era en realidad un fabulador y siempre inventaba relatos fascinantes. Creo que a él mismo le picaba la curiosidad de saber cómo continuaría la historia. Solían ser historias de familias. Sobre una pareja: cómo se conocen, qué pasa en la familia, etc. Auténticas novelas domésticas, diría yo.

¿Cómo era el matrimonio de sus padres?

Muy bueno, aunque tenían temperamentos muy diferentes. Mi madre era cordial, cariñosa, más bien emocional, no tan racional. Le gustaba vivir de la ocurrencia, del instante. En este sentido, los estilos de vida eran muy distintos. Por eso ocasionalmente había alguna discusión que otra. Pero también una profunda unidad interior, de modo que, aun cuando nos dolía verlos discutir, sabíamos que lo esencial era indestructible.

Su padre era severo, quizá demasiado severo, dijo Ud. en una ocasión. ¿Cómo se manifestaba tal severidad?

Debo decir que se volvió cada vez más benévolo. Conmigo no fue ni mucho menos tan estricto como con mis hermanos mayores. La severidad se manifestaba en que exigía puntualidad y exactitud, pero también en que, cuando hacíamos algo que no se debía hacer, podía echar buenas broncas y, de cuando en cuando, dar incluso alguna que otra bofetada. A la sazón aquello se consideraba un medio educativo del todo normal. Se sabía que había que atenerse al orden: al orden de los creyentes, al orden de la familia y al derecho en general. Mi padre era un hombre muy cívico y honrado y procuraba que le siguiéramos por esa senda. Y, en efecto, se intuía que no se tomaría nada bien que fuéramos por otro camino.

A uno de sus profesores en Frisinga le elogió Ud. más tarde por haberse posicionado contra la «mojigata piedad decimonónica». Literalmente escribe Ud.: «Eso fue para mí un descubrimiento». ¿Era quizá su padre también demasiado estricto en lo religioso?

Digámoslo así: el coadjutor del que ya hemos hablado, en sí muy buena persona, le había marcado de manera especial. En este sentido, también él había sido conformado por la rigurosa piedad decimonónica. Hoy se diría que aquello era en parte demasiado estricto. Pero el contexto de aquella época no puede compararse con el actual.

Lo que escribe Ud. sobre su infancia suena, por regla general, un tanto romántico. Incluso afirmó en una ocasión que se imaginaba el paraíso «tal como era su infancia». ¿No se manifiesta en ello una cierta necesidad de armonía?

Sí, es cierto.

En cualquier caso, en sus memorias no se abordan abiertamente conflictos, rupturas, dificultades.

En nuestra familia también había, por supuesto, riñas y disputas. Éramos personas del todo normales. No es que todo fuera armonioso. Pero el sentimiento de estar juntos y de ser felices unos con otros era, con mucho, preponderante.

¿No hubo ningún conflicto generacional, como los que luego estallaron de manera generalizada en la década de 1960?

No.

Después de que su hermano ya hubiera tomado ese camino, también Ud. fue aceptado en el seminario menor diocesano en Traunstein. ¿Fue Georg un modelo para Ud.?

En muchos sentidos, sí. Él era un muchacho que sabía lo que quería, que tenía ideas bien claras y definidas. Ello no fue óbice para que desde el principio tuviéramos una estrecha relación; sencillamente estábamos unidos. Más tarde también discutíamos teológicamente todas las preguntas que circulaban en el ambiente. Pero yo no ingresé en el seminario hasta el tercer curso de secundaria [en concreto, de lo que en Alemania se conoce como *Gymnasium*], recién cumplidos los doce años. Por una sencilla y práctica razón: mi padre no podía permitirse que sus tres hijos estuviéramos simultáneamente en internados. Así, se me concedieron dos años extra en casa, que me hicieron mucho bien.

Llama la atención que también su hermana prosiguiera los estudios más allá de lo habitual en la época. ¿Fue también aquí su padre el impulsor?

En efecto. Él quería que también mi hermana tuviera una buena formación y disfrutara de oportunidades profesionales. En aquella época, las chicas no solían ir al *Gymnasium*. Existían dos tipos de escuelas secundarias para ellas: el liceo, que era más o menos para chicas de buena familia; y la escuela de secretariado, en la que se aprendía taquigrafía, mecanografía, contabilidad, inglés, etc. Era una educación sólida, que también a ella le procuró mucha alegría.

De niño, Ud. era más débil y flaco que otros. ¿Se sentía extraño, marginado?

En realidad no. Cuando entré en el seminario, ese mundo me resultó muy nuevo; allí sí que fue así. Pero solo durante el primer semestre.

A sus compañeros de seminario les impresionó especialmente el hecho de que, por lo visto, Ud. sabía ya muy pronto qué era lo que quería, qué era lo esencial. En uno de sus boletines de notas en Traunstein se dice incluso que había sido Ud. «rebelde». ¿No es esa rebeldía inherente a su ser?

Eso fue así, en efecto, durante algún tiempo. En tercero y cuarto tuve de algún modo una fase de rebeldía.

Pero no solamente allí. Está también ese episodio en el ejército, relacionado con el entrenamiento físico, cuando uno de los instructores, un fanático de la disciplina, grita a los reclutas que está instruyendo: «¿Quién aguanta más: vosotros o yo?». Y entonces es Ud. el único que da un paso al frente y dice: «Nosotros». Precisamente el más pequeño, el aparentemente más débil, es quien planta cara. También más tarde se hace una y otra vez patente esta actitud. Por ejemplo, con ocasión de su tesis de habilitación, cuando se enfrentó a la doctrina vigente y, en especial, a un catedrático de dogmática que estaba considerado en el mundo entero una destacada autoridad en la materia. O sea, esa faceta está presente.

Está ahí, en efecto. El gusto por llevar la contraria, sí que es cierto.

En la escuela le llamaban «Hacki». En la revista escolar Helios se dice sobre Ud. en unos versos de tono algo burlón: «Como persona de extremos, ahora está el Hacki en su terreno; no vale para deportista, pero en ciencia es especialista» [4] . El artículo es del año 1945. Así pues, la ciencia fue lo suyo desde muy, muy pronto, ¿no?

Sí, en efecto.

Su estilo de trabajo se distinguió desde muy pronto por un ritmo fijo, por la regularidad, por un horario definido. ¿Cuándo comenzó a ser así?

Eso surgió cuando vivíamos en Hufschlag [5] . Hasta entonces no había habido deberes en la escuela. En Hufschlag dedicaba las dos primeras horas de la tarde a los deberes, o

el tiempo que necesitara, a menudo también solo una hora. Ese tiempo se fue alargando poco a poco. En cualquier caso, estaba claro que distribuía mi tiempo y que el tiempo de estudio realmente lo aprovechaba para estudiar.

Ya como estudiante, tanto en el instituto como en la universidad, superaba a los demás en conocimientos. ¿A qué se debía eso?

Tampoco hay que exagerar. Me gustaban especialmente el latín y el griego y también aprendí bien hebreo. Pero lo cierto es que me entregaba a estas cosas con especial intensidad, mientras que otros no tenían tales intereses teóricos.

A los catorce años descubrió la literatura y empezó a traducir textos eclesiásticos del griego y el latín.

Sobre todo a manera de juego, naturalmente.

¿Cómo es que sabe Ud. tantos idiomas? En la escuela no se aprenden tantos.

No, en realidad no sé ninguno.

¿Cómo dice?

De 1942 a 1943 tuvimos un año de italiano como asignatura optativa, y las clases se cancelaban con frecuencia. Al menos aprendimos una base mínima, pero tampoco mucho más. Luego, cuando llegué a Roma, todo vino con la práctica. Pero nunca he aprendido de verdad italiano, por lo que no me siento del todo seguro con la gramática. En la escuela tuvimos un año de francés. Eso intenté luego mantenerlo, pero el fundamento es igualmente poco sólido. Aprendí inglés con discos durante mi época de Bonn y nunca he mejorado mucho más. Y eso es todo. Parece como si pudiera hablar Dios sabe cuántas lenguas, pero no es así.

¿Qué decían sus padres sobre el enorme talento de su hijo?

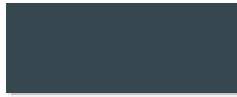
Bueno, bueno, tampoco era para tanto. Sacaba buenas notas, pero para ello tenía que estudiar.

¿Tenía alguna ambición especial, estimulada, por ejemplo, por su padre?

No diría yo eso. Mi padre se preocupaba mucho de que estudiáramos y de que fuéramos educados. Pero no deseaba especialmente –ni tampoco le daba importancia a– que fuéramos algo «grande». Se alegró cuando dijimos que queríamos ser sacerdotes. Era sencillamente un hombre que de verdad vivía inmerso por entero en la piedad eclesial.

En sus memorias dice que la vocación al sacerdocio «creció en mí con toda naturalidad, sin espectaculares vivencias de conversión». Si no hubo grandes vivencias espirituales, al menos las habría pequeñas, ¿no?

Diría que fue la cada vez más profunda inmersión en la liturgia. El reconocimiento de la liturgia como verdadero centro y el intento de entenderla a fondo junto con toda la urdimbre histórica que hay tras ella. Teníamos un profesor de religión que acababa de escribir un libro sobre las iglesias estacionales romanas. Y había preparado su trabajo en cierto modo en la clase de religión. Gracias a él aprendimos asimismo muy bien, de forma muy concreta, la base histórica. Eso realmente me procuraba alegría. En este sentido, me ocupé entonces de las preguntas religiosas en conjunto. Era el mundo en el que más a gusto me sentía.



5. LA GUERRA

En la Pascua de 1939 ingresó Ud. en el seminario menor diocesano de Traunstein. Pocos meses después estalló la Segunda Guerra Mundial. ¿Recuerda todavía el 1 de septiembre de 1939, el día en que comenzó el conflicto?

Sí, me acuerdo bien, porque ello conllevó como consecuencia que el seminario se convirtiera de inmediato en hospital militar y que en adelante acudiéramos al instituto desde casa. Desde 1938, con la crisis de Austria, se sabía que la guerra estaba al caer. Aún recuerdo perfectamente cómo se anunció que Hitler había declarado que, a partir de no sé ya qué hora, «se responderá a los disparos».

Durante la guerra, su padre iba por los caseríos de los alrededores pidiendo comida.

Eso lo contó él con frecuencia. También sabíamos de qué agricultores cabía esperar algo y de cuáles no.

En Traunstein, los alumnos católicos eran amenazados por los fanáticos de las Juventudes Hitlerianas, quienes les obligaban a correr por un pasillo humano mientras eran golpeados por ambos lados. Hubo ataques contra el seminario diocesano. Estas amenazas nazis, ¿no iban asociadas para Ud. de niño también con mucho miedo?

Sí, claro. Gracias a Dios, en nuestra clase no había ningún nazi de verdad. Por tanto, no había que temer ser denunciado ante una u otra instancia. Pero, en conjunto, el ambiente era asfixiante. Se sabía que a la larga aquello llevaría a la desaparición de la Iglesia. No habría ya más sacerdocio. Teníamos claro que en una sociedad así no teníamos futuro. Para mí, la perspectiva se ensombreció aún más cuando la educación física pasó a contar para los exámenes finales de bachillerato [*Abitur*] y uno no podía aprobarlos si no

practicaba al menos algún deporte. Pero a la vez estábamos firmemente convencidos de que el nazismo no duraría mucho tiempo. Mi padre lo tenía muy claro. Creíamos que la guerra acabaría pronto, porque pensábamos que Francia e Inglaterra eran claramente superiores a los nazis. En este sentido, la esperanza de que aquello no durara eternamente era muy grande. Pero el miedo estaba muy presente, sentíamos una suerte de opresión. Cuando empezaron a caer en el frente los primeros amigos y nos dimos cuenta de que la guerra se nos acercaba también a nosotros, todo devino aún más opresivo.

¿Conocía su familia la existencia de los campos de concentración? ¿Se hablaba de ello?

Sabíamos que existía Dachau. Este campo se había puesto en funcionamiento justo tras la llamada «toma del poder» por los nazis. Cuando se oía contar de alguien que había sido enviado a Dachau, uno se quedaba espantado. Mi padre era lector de la revista *Der gerade Weg* [El camino recto] de Gerlich. Sabía que Gerlich había sido asesinado en Dachau, bien a consecuencia de una paliza, bien a tiros [P. S.: Fritz Gerlich (1883-1934), con su revista *Der gerade Weg*, está considerado uno de los más importantes representantes de la oposición al nacionalsocialismo en la prensa escrita]. Sabíamos que pasaban cosas terribles. La cuestión judía no estaba tan presente entre nosotros, porque ni en Aschau ni en Traunstein había judíos. O, para ser más exactos, en Traunstein vivía un comerciante de maderas que se marchó al día siguiente de que le rompieran los cristales de las ventanas.

Nosotros no conocíamos personalmente a ningún judío. Sin embargo, cuando necesitábamos material de costura, mi padre lo había encargado siempre a una empresa de Augsburg, cuyo propietario era judío. Cuando los nazis le expropiaron el negocio y el nuevo propietario hizo publicidad para que todo siguiera como hasta entonces, mi padre dijo: «No, no pienso adquirir nada de un hombre que le ha quitado algo a otro». Nunca volvió a comprar nada de esa empresa.

¿Cuándo se enteraron Ud. y su familia del uso de las cámaras de gas en Auschwitz y otros lugares y del genocidio de los judíos?

En casa escuchábamos noticiarios extranjeros, y además con regularidad, pero en ellos no se decía nada de los gaseamientos. Sabíamos que los judíos lo estaban pasando mal,

que eran deportados, que no se podía esperar sino lo peor, pero de los detalles concretos solo me enteré después de la guerra.

¿Se habló de ello en casa?

Sí, sí que lo hablamos. Mi padre siempre había dicho de Hitler que era un criminal, pero esto constituía una nueva dimensión, antes inimaginable, que hacía que todo pareciera mucho más terrible aún.

Tras licenciarse de las fuerzas de defensa antiaérea el 10 de septiembre de 1944, tuvo que realizar trabajos obligatorios [en el Servicio Imperial de Trabajo] en el estado austriaco de Burgenland. Lo ha narrado en sus memorias. ¿Dónde fue eso exactamente?

En Deutsch-Jahrndorf, un rincón donde convergen tres países: Eslovaquia, Hungría y Austria, muy cerca de Presburgo. Desde donde nos encontrábamos nosotros se veía la ciudadela de Presburgo, hoy Bratislava. Estábamos junto a la frontera húngara. También teníamos que colaborar en las tareas de cosecha en los campos de pimientos. Nos alojábamos en barracas sencillas, cinco o seis de ellas, y estábamos repartidos según el tamaño corporal. Los más grandes, en la primera barraca; yo estaba en la cuarta o quinta. En aquel entonces, la gente no era tan grande; yo pasaba allí por mediano. En cada barraca había aproximadamente quince personas, que dormían en literas.

Todos los días tenían que desplazarse unos cuantos kilómetros para levantar un «muro sudoccidental», ¿no es cierto?

Las primeras dos, quizá incluso tres semanas no hicimos más que instrucción. Luego, la guerra empezó a acercarse. De madrugada, cada cual debía escoger una bicicleta de entre un montón de ellas. Había que procurar hacerse con una lo antes posible. Algunas veces tenía una mala suerte y elegía una mala. Íbamos en bicicleta al lugar de trabajo, en efecto; y una vez allí, empezábamos a cavar.

Con la famosa pala de la que alguna vez ha hablado.

Sin embargo, yo era mal paleador. Había algunos muy eficientes, muchachos campesinos, que lo hacían bien. En cualquier caso, el *Führer* sacó poco provecho de mí.

A mitad de diciembre de 1944 recibió la instrucción militar básica en Traunstein. Uno de sus camaradas cuenta que tuvieron que realizar una marcha de cuarenta kilómetros con máscaras de gas. Algunos se derrumbaron, pero Ud. resistió bien.

Cuarenta kilómetros es algo exagerado, creo que solo fueron treinta. Llevábamos máscaras de gas con nosotros, pero no tuvimos que ponérselas mucho. Yo siempre era bueno en las marchas, pues estaba acostumbrado a ir caminando al instituto, de Hufschlag a Traunstein.

A partir de enero de 1945 –con diecisiete años– fue trasladado de una guarnición a otra en el entorno de Traunstein. A principios de febrero de 1945 se le concedió una excedencia del servicio. ¿Qué le pasó?

No fue una enfermedad seria. Tuve un panadizo, una infección en un dedo. Todo el pulgar me supuraba y me dolía terriblemente. Entonces, el doctor, que tenía más de veterinario que de médico (*se ríe*), me abrió el dedo con un corte sin anestesia. Lo hizo mal, y la infección no mejoró. Quizá lo hizo con buena intención y para mí resultó positivo. En cualquier caso, me dio la baja.

Ud. no llegó a participar en acciones de guerra. A finales de abril, principios de mayo, escribe en sus memorias, «decidí marcharme a casa». Eso suena muy lapidario. En realidad fue una desertión, algo que se castigaba con la pena de muerte. ¿No era consciente de ello?

Me admiro de ello *a posteriori*. Sabía que había centinelas, quienes dispararían de inmediato, y que algo así no podía sino salir mal. Ya no sé explicar por qué, a pesar de ello, me volví a casa tan desenfadadamente, es decir, cómo podía ser entonces tan ingenuo.

¿Qué dijo su padre al respecto? Al fin y al cabo, se había convertido Ud. en desertor.

Mi padre y toda mi familia me acogieron de inmediato con gran alegría. Ya he contado que, cuando llegué a casa, dos religiosas, «madres irlandesas» [de la *Congregatio Iesu*, fundadas por Mary Ward], estaban sentadas a la mesa estudiando el mapa. Cuando entré

vestido de uniforme, dijeron: «Ah, gracias a Dios hay aquí un soldado; ahora estamos protegidas». (*Risas*). Ni se les ocurrió pensar que en realidad era justo lo contrario.

Un día se presentaron de repente en la casa soldados de las SS, lo que, sin embargo, no tuvo consecuencias, pese a que su padre se encaró con ellos vehementemente. Poco antes del final de la guerra fue detenido Ud. por soldados del ejército estadounidense. Le permitieron llevar consigo un cuaderno de notas o, al menos, algo para escribir...

Un cuaderno, un auténtico cuaderno.

¿Qué anotó en él durante su periodo de prisionero de guerra?

De todo. Narraba situaciones, pero también escribía verdaderos ensayos sobre temas que sabía que en años anteriores habían salido en los exámenes finales de bachillerato [*Abitur*]. También intentaba componer poesías en griego y cosas por el estilo. Así pues, nada valioso; meramente reflejos de aquellos días.

Algunos de sus compañeros de colegio padecieron traumas psicológicos a causa de las malas experiencias vividas como prisioneros de guerra. Ud. estuvo en un campo para cincuenta mil prisioneros en Ulm. ¿Cuál fue su experiencia?

Fue muy difícil. Para empezar, estuvimos dos días sin recibir comida alguna. Solo al tercer día nos distribuyeron una de esas raciones de combate estadounidenses, en la que vi chicle por primera vez en mi vida. Una vez llegados al lugar de destino, permanecíamos siempre al aire libre. Todo fue bien los primeros catorce días, porque hacía buen tiempo.

¿Eso quiere decir que dormían al raso sobre una colchoneta o una estera?

Yo dormía directamente sobre el suelo; no había estereras.

¿Sin nada con que cubrirse?

Sin nada. Mientras la temperatura es agradable, no importa.

No era pleno verano, sino mayo, junio. En realidad, Ud. es más robusto de lo que podría pensarse.

(*Ríe*). Cuando uno es joven y espera que eso no durará eternamente...

Y cuando llegaron las lluvias, ¿qué?

Fue terrible. Se habían formado algunos grupos para tiendas de campaña, pero yo no pertenecía a ninguno. Nuestro «cabecilla de bloque» me asignó entonces a uno. Pero los miembros de este me hicieron saber con tanta claridad que no era bienvenido que opté por marcharme. Por último, había un simpático suboficial que tenía una tienda alemana pequeñísima –las tiendas alemanas eran, en efecto, muy pequeñas– y me propuso que formáramos los dos un grupo. Más tarde llegó otro camarada con una gran tienda checa, en la que estábamos más cómodos. Fue liberado antes que yo y me la dejó para que me la llevara a casa. Después vino a Hufschlag a recogerla...

¿Caminó Ud. desde Múnich hasta su casa con la tienda a cuestas?

Sí, sí (*ríe*), pero lo peor era el hambre. Solo una vez al día nos daban una tapa de cacerola llena de comida. Además, los robos eran muy habituales. Cuando entre los dos excavamos un foso para montar allí la tienda –a fin de estar más protegidos–, yo hice una pequeña alacena, en la que dejé el pan. Me dormí y, al despertar, el pan había desaparecido. En cualquier caso, allí se pasaba mucha hambre. Pero para mí era más importante que existieran estas comunidades de las tiendas de campaña y se organizaran conferencias y otras actividades. Gracias a ello, la vida allí no resultaba tan terrible.

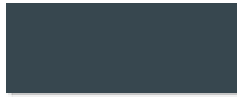
La decisión de seguir la vocación sacerdotal continuó madurando en la cautividad. ¿Desempeñó en ello algún papel la biografía de Hildegarda de Bingen Das lebendige Licht [La luz viva], de Wilhelm Hünermann, que Ud. ya había leído a los catorce años?

Esta biografía nos la había leído mi hermano en casa en voz alta por las tardes. Diría que no resultó decisiva para mi vocación sacerdotal, pero sí fue una lectura edificante que nos ayudó. Más tarde intenté adquirir un conocimiento básico de la persona y la obra de Hildegarda. Su figura siempre me ha perseguido, siempre me he ocupado de ella,

siempre ha sido importante para mí. Pero nunca he llegado a confrontarme más profundamente con ella, aunque era lo que me había propuesto.

¿Qué dijo su madre de su vocación sacerdotal? ¿Se manifestó claramente al respecto, como hizo, por ejemplo, la madre de Don Bosco, quien le dijo a su hijo: «Si algún día dudas de tu vocación, cuelga la sotana. Mejor campesino pobre que mal sacerdote»?

¡Ah, qué bonito! Eso se habría correspondido asimismo con la actitud de mi madre. Pero ella no lo dijo así. Se alegró de que mi hermano y yo tomáramos este camino. No obstante, consideraba que, si eso resultaba no ser lo nuestro, era mejor que lo dejáramos. En ese sentido, siempre se sintió alegre por nuestra vocación, pero con una alegría contenida, porque sabía que también podía salir mal.



6.

ESTUDIANTE, COADJUTOR, PROFESOR

El 3 de enero de 1946 comenzó Ud. los estudios en Frisinga. El viaje hasta la ciudad lo hizo por tren junto con su hermano Georg y otro compañero de Traunstein, Rupert Berger. ¿Qué llevaba en el equipaje?

(Rie). Por supuesto, ropa interior, que se necesita para vivir. Quizá también un segundo traje y algunos libros, pero muy pocos, pues no teníamos apenas libros.

¿No tenían libros en casa?

Sí, pero no libros que pudiera necesitar allí.

El tren hacia Múnich iría presumiblemente lleno a reventar, con refugiados, antiguos soldados, mujeres de campesinos...

Hicimos el viaje terriblemente apretados. Los trenes iban tan llenos que a duras penas se conseguía subir a ellos. Pero entonces era lo normal.

¿Qué se le pasó por la cabeza al emprender el viaje?

Sentía, por supuesto, curiosidad por ver cómo era aquello. Por una parte, el seminario mismo; pero sobre todo las clases, los profesores. Teníamos un amigo, un compañero de mi hermano, que ya en noviembre había marchado a Tubinga. Los franceses habían vuelto a abrir de inmediato la universidad en la zona ocupada por ellos, y la facultad de teología pudo funcionar desde el principio. En las vacaciones navideñas, este muchacho nos había hablado con entusiasmo de su experiencia. Que todo era muy distinto del

instituto, etc. Estaba fascinado. Sin embargo, también sabíamos que en Frisinga la mayor parte del edificio aún estaba llena de prisioneros extranjeros.

¿Cómo fue el comienzo en Frisinga?

Fue la realización de un deseo, poder empezar por fin, ingresar en el mundo de la ciencia y la teología, en la comunidad de camino de los futuros sacerdotes. Llegamos allí con gran expectación, pero también con gran apertura y magnífica disposición, con una gran esperanza. Aún recuerdo los primeros encuentros, pero ahora apenas merece la pena contar eso. Cuando llegamos a lo alto del monte de la catedral, la primera persona con la que nos encontramos fue el padre Fellermeier, quien más tarde sería catedrático. El joven y reverendísimo señor, que era muy solemne, nos causó admiración. Las condiciones materiales eran un poco duras. La mayor parte del seminario seguía siendo hospital de guerra extranjero. Solo una parte del edificio había sido desalojada para nosotros, y en ella nos alojábamos de manera algo rudimentaria.

El «monte santo» de Frisinga debió de gustarle mucho.

Sí que me gustó, sí. Ya solo la catedral resultaba fascinante; era arrebatadoramente bella. Además, todo comenzó bien. Antes de nada, hicimos ejercicios, dirigidos por el profesor Angermair, el moralista de la facultad, y fueron muy buenos. Angermair era un pensador fresco, nuevo, que ante todo quería sacarnos de la acartonada piedad decimonónica hacia terrenos más abiertos. El nuevo ambiente que se respiraba fue para mí, por así decirlo, un descubrimiento. En consonancia con ello, creció también mi curiosidad por la facultad, aunque en ella no todo resultó de entrada tan convincente.

Ya solo la ubicación del monte de la catedral, con la vista de los Alpes, es cautivadora. Luego, esta iglesia increíble, el claustro, la cripta. Todo está impregnado de la gran tradición del catolicismo bávaro, la oración y la vivencia de los creyentes de siglos y siglos. La elevada atmósfera espiritual puede palpase, por así decirlo.

Es cierto que todo esto estaba algo lastrado por la presencia del hospital y por el hecho de que solo pudiéramos utilizar el edificio con limitaciones. Pero, a pesar de eso, resultaba abrumador ver este cuadrángulo: la iglesia de San Juan, la facultad, la catedral

y, detrás, la iglesia de San Benito, el seminario, la capilla de la casa, que también es preciosa. Y así, a pesar de esta estrechez, en la que todavía se respiraba el ambiente de la guerra, era toda una alegría poder estar allí juntos. Esta convivencia, los encuentros personales, la comunidad de camino: todo eso sigue siendo para mí, en mi conciencia, algo muy conmovedor.

En sus memorias destaca Ud. en especial las grandes celebraciones litúrgicas en la catedral, pero también la sosegada contemplación en la capilla de la casa.

Ambas cosas eran muy importantes. La catedral con su resplandor, esto es, una iglesia de sobrecogedora belleza. También la música litúrgica era allí muy hermosa. La capilla era pequeña –más tarde se amplió, para que hubiera sitio para todos; nosotros nos arrodillábamos muy atrás, estábamos un poco de lejos de más–, pero a pesar de ello tenía, por el retablo y por la atmósfera espiritual, una fuerza realmente conmovedora.

En su vida posterior se ha retirado Ud. una y otra vez a monasterios para realizar ejercicios. Por ejemplo, en el monasterio benedictino de Scheyern. ¿Qué ejercicios y otras prácticas espirituales tiene Ud. en especial estima?

Los primeros ejercicios, los de 1946, fueron especialmente conmovedores. Luego, los ejercicios previos a la ordenación de diácono y presbítero –recogerse una vez más, orar, para preparar estos importantes momentos– me llegaron, como es natural, al hondón del alma. Porque en ellos uno recorre interiormente una vez más todos los caminos, recoge todo interiormente, se abre y también vuelve a preguntarse: ¿soy digno, soy capaz? Eso fue para mí muy, muy conmovedor. Tras la ordenación sacerdotal teníamos cada año tres días de ejercicios obligatorios. De ellos se me han quedado profundamente grabados en el recuerdo los que nos dio un tal padre Swoboda, un camilo –o sea, miembro de la orden fundada por san Camilo de Lelis– de Viena, que dirigió los ejercicios con frescura, fuerza y decisión, pero también con gran competencia. Y también nos dio ejercicios Hugo Rahner [P. S.: el hermano del teólogo Karl Rahner]. Debo decir que fueron un poco deprimentes.

¿Deprimentes?

No sé, quizá había empezado a manifestársele ya la enfermedad. En cualquier caso, para él la fe, de algún modo, no solo le procuraba alegría. Tengo la impresión de que la suya era sobre todo una fe esforzada. En contrapartida, al año siguiente tuvimos un padre de la múniquesa iglesia jesuita de San Miguel, que impartió los ejercicios de forma gozosa. Todos nos fuimos de los ejercicios alegres y felices. Era un hombre muy sencillo, pero irradiaba alegría. También nos contó cosas divertidas. Por ejemplo, que cuando no se le ocurría en San Miguel nada para la homilía, se ponía el sombrero del padre Rupert Mayer [P. S.: jesuita y predicador en Múnich, opositor de los nazis, muerto en 1945 y beatificado en 1987]. Y entonces de repente le venían ideas. Y, por último, he de mencionar los ejercicios que, de obispo, hacía todos los años en Scheyern, siempre solo, o sea, sin un director espiritual, siempre momentos de recogimiento y apertura espiritual.

De hecho, ya había reservado Ud. fechas en ese monasterio para el año 2005. Sin embargo, poco antes de que llegaran esos días, fue elegido papa. ¿Por qué Scheyern?

Habíamos estado allí de visita en una ocasión, pero no conocía el monasterio más de cerca. A los pocos días de comenzar mi ministerio episcopal, Tewes [P. S.: uno de los obispos auxiliares de Múnich] me dijo que se iba por un tiempo a Scheyern para retirarse. Entonces pensé que ese también podía ser un buen lugar para mí. La amplitud del paisaje, los grandes bosques, la quietud y la apertura que envuelven a uno casi sin esfuerzo, la sencillez de la abadía, la regularidad del ritmo: todo eso me llegaba muy hondo.

Con el comienzo de los estudios en Frisinga, Ud. perteneció a la que literalmente fue la primera promoción de sacerdotes después del infierno de la dictadura nazi y la guerra mundial. ¿Puede decirse que la profunda experiencia de la dictadura de los «camisas pardas» ha impregnado de modo fundamental su obra?

Es más, debe decirse. Vivimos una época en la que el «nuevo Reich», el mito alemán, lo germano, era lo grande; y el cristianismo, en cambio, algo desdeñable, en especial lo católico, porque era romano y judío. La guerra hizo que las constricciones fueran aún más fuertes. Uno sabía que corría peligro a diario. Mientras existió el temor de que el Tercer Reich pudiera terminar imponiéndose, teníamos claro que todo –la vida entera– sería destruido. Pese a ello, siempre supimos que Hitler no podía triunfar. Sin embargo,

la rápida victoria sobre Francia, luego el veloz avance en Rusia, la victoria de los japoneses, que destruyeron en un abrir y cerrar de ojos la entera flota estadounidense, todos esos fueron momentos en los que creció la inquietud. Vivir de nuevo en libertad, en un eón en el que la Iglesia podía comenzar de nuevo y era solicitada y buscada, eso fue hermoso de ver. Simultáneamente fuimos testigos de cómo antiguos nazis de repente se sometían a la Iglesia. Por ejemplo, uno de nuestros antiguos profesores de francés, un nazi terrible, lleno de odio hacia los católicos, fue a visitar al párroco de Haslach y le llevó un ramo de flores, y otras historias por el estilo...

En sus obras rara vez aborda el tema del Tercer Reich y el fascismo de Hitler. ¿A qué se debe eso?

Bueno, uno siempre mira hacia el futuro. Además, ese no era mi tema específico. Habíamos vivido la experiencia, pero no consideré tarea mía reflexionar histórica o filosóficamente al respecto. Lo importante para mí era elaborar la perspectiva para el mañana. ¿Dónde vivimos en la actualidad? ¿Qué pasará con la Iglesia? ¿Cómo evolucionará la sociedad?

Pero la cuestión de la corresponsabilidad del pueblo o también la de la involucración de la Iglesia en el sistema nazi estaban en el ambiente. La temática fue entonces monopolizada desde otro lado.

Debo decir que nosotros vivimos eso de un modo distinto. Ahora se presentan las cosas como si la Iglesia entera hubiera sido un instrumento de los nazis. Nosotros la experimentamos realmente como acosada –no quiero decir perseguida– y como un ámbito de resistencia. Todavía recuerdo bien cómo después de la guerra de repente nadie quería reconocer que había sido nazi, hasta el punto que nuestro párroco afirmó: «Como esto siga así, al final se dirá que los únicos nazis éramos los curas». Todos se rieron; era un chiste. Nadie podía concebir eso, porque todo el mundo sabía aún que la Iglesia había sido la única fuerza social que había aguantado el tipo. Seguramente no hubo una gran resistencia activa ni hechos revolucionarios. Pero estaba muy claro que, cuando terminara la guerra, la Iglesia católica sería lo primero que suprimirían los nazis, si vencían; todavía la toleraban, porque durante la guerra necesitaban todas las fuerzas. La

idea de que la Iglesia podía estar colaborando de algún modo en aquello nunca nos llegó a nosotros. Es algo que se construyó *a posteriori*.

Pero tampoco se puede hablar, como ya ha dicho Ud., de que la Iglesia en Alemania fuera en general un ámbito de resistencia. Hubo quienes colaboraron, incluso algunos obispos. Y ello también es cierto, y en mucha mayor medida, de la Iglesia protestante.

En ella estaban los llamados «cristianos alemanes» [*Deutsche Christen*], que hoy ya nadie sabe que dominaban por completo. Es cierto que mi padre en alguna ocasión echó pestes contra el cardenal Faulhaber por no oponerse con mayor claridad a los nazis; pero, pese a ello, el cardenal fue un testigo contra ellos. De las actas del instituto de secundaria en Traunstein se desprende que los nazis dijeron: «En el seminario reina el espíritu de Faulhaber», o sea, el espíritu antinacional [*antivölkisch*], etc. Faulhaber era la personificación de lo que los nazis despreciaban. También mi padre consideraba que los obispos debían ser más claros. No cabe duda de que existían diferencias de temperamento, pero nunca tuvimos la sensación de que la Iglesia estuviera colaborando con los nazis. La incompatibilidad brotaba ya del programático libro *El mito del siglo XX* [P. S.: de Alfred Rosenberg, destacado ideólogo del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán)]: esa era la base ideológica, absolutamente anticristiana.

¿De verdad que el hecho de que Ud. tampoco después abordara explícitamente esta cuestión se debe a que sencillamente no era su tema? Pienso que sí que era y ha sido una y otra vez un gran tema social en Alemania.

Por supuesto que lo ha sido. Pero no era mi tarea trabajar científicamente sobre ello.

El rector del seminario mayor diocesano de Frisinga, a quien Uds. llamaban Papa Höck, ¿hablaba de su internamiento como sacerdote en el campo de concentración de Dachau?

Sí, en una ocasión estuvo toda una tarde hablando de ello. Hizo un dibujo en la pared y explicó todo con detalle.

¿Se debatía sobre la Rosa Blanca [un famoso grupo de oposición a los nazis fundado por estudiantes de Múnich, de inspiración cristiana y humanista], sobre la resistencia en general?

Teníamos noticia al respecto y hablábamos de ello. Nos sentíamos orgullosos de la Rosa Blanca. Como alumnos en Traunstein oíamos hablar de lo que hacían en Múnich, y toda nuestra clase simpatizaba con ellos. Todos decíamos en dialecto bávaro: «¡Cómo molan!».

Más tarde mantuvo Ud. estrecha relación con la hermana del catedrático Kurt Huber, uno de los miembros destacados de la Rosa Blanca en Múnich.

Era una mujer de gran nobleza y profunda fe, una mujer pura.

Una de las lecturas clave de su época de estudiante fue la obra Der Umbruch des Denkens [La revolución del pensamiento], del moralista y experto en ética social Theodor Steinbüchel. ¿Cómo se veía Ud. a sí mismo de joven? ¿Moderno, crítico?

Bueno, sencillamente no quería moverme solo en una filosofía manida y envasada, por así decirlo, ya lista para el consumo, sino entender la filosofía como pregunta –¿qué somos realmente?– y, sobre todo, conocer lo nuevo, familiarizarme con la filosofía moderna. En este sentido era moderno y crítico. La lectura de Steinbüchel fue muy importante para mí, porque él –también en otro de sus libros, titulado *Los fundamentos filosóficos de la teología moral cristiana*– ofrecía una abarcadora visión de la filosofía moderna, que yo intenté entender y seguir. Por desgracia, no pude profundizar en la filosofía como me habría gustado. Pero así como yo tenía en este terreno mis preguntas, mis dudas, y no quería aprender y asumir sin más un sistema ya acabado, así también quería entender de modo nuevo a los pensadores teológicos de la Edad Media y la Modernidad temprana y seguir adelante por los caminos abiertos por ellos. Aunque luego tuvo un eco especial en mí el personalismo, que entonces estaba en el ambiente y que me pareció el punto de partida adecuado para el pensamiento tanto filosófico como teológico.

En esta época realizó Ud. otra lectura clave: Catolicismo: aspectos sociales del dogma, de Henri de Lubac. Ud. escribe que este teólogo francés «nos guio desde una fe individualista y moralmente constreñida a la amplitud de una fe pensada y vivida de forma esencialmente social, en primera persona del plural». Esta fe se diferencia de la fe de su infancia, de sus orígenes. ¿Hubo ahí algún conflicto?

Conflicto, lo que se dice conflicto, no. Fue un ensanchamiento, la adquisición de una visión más amplia, pero para mí totalmente conciliable con la piedad que habíamos aprendido de niños. Pues también en esta estuvo siempre claro que el amor al prójimo es algo importante y que la fe aspira a entender el conjunto. En este sentido, fue en cierto modo el descubrimiento de lo que en realidad se pretendía decir, pero que en nuestra teología de catecismo nunca podría haberse manifestado de esta forma. Aquí tengo realmente una continuidad interior y, sin embargo, también siento la alegría de haber podido ver la fe, después de manejar formulaciones algo manidas, de manera nueva, más desarrollada, es decir, insertada en la vida moderna. Entendidas así las cosas, sí que hubo un avance, pero sin discontinuidad.

Así pues, ¿no existió conflicto alguno con la fe de su padre, con el mundo intelectual o devocional de este?

No, porque mi padre era un hombre muy realista. Se interesaba mucho por la doctrina social católica. El catolicismo como realidad social: estas cosas le preocupaban. Desde este punto de vista, hubo ya, por tanto, una preparación interior para semejante línea de pensamiento.

En su anhelo de conocer cosas nuevas, de partir en busca de otros horizontes de fe, ¿habló alguna vez con su padre sobre estos asuntos?

No, nunca hablamos sobre ello. Discutir sobre estos asuntos no era lo suyo. Pero sabía que estábamos bien guiados y que, por así decirlo, no íbamos a perder el fundamento espiritual: la oración y los sacramentos. Eso era lo decisivo para él.

Sobre sus comienzos en la facultad escribió en una ocasión: «Cuando inicié los estudios de teología, comencé también a interesarme por los problemas intelectuales, porque

desvelaban el drama de mi vida y, sobre todo, el misterio de la verdad». Ya hablamos sobre ello en La sal de la tierra y entonces reconoció Ud. que esto lo había formulado de manera un tanto rebuscada. Para preguntárselo de nuevo de forma muy directa: ¿cuál era, pues, el «drama de su vida»?

Bueno, el asunto era qué hacer con mi vida. ¿Ordenarme sacerdote o no? ¿Seré idóneo para el ministerio o no? Y, sobre todo: ¿para qué existo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Quién soy?

Una vez más, ¿cómo se veía a sí mismo?

Éramos progresistas. Queríamos renovar la teología de raíz y, con ello, dar también a la Iglesia una forma nueva y más viva. En esa medida, nos sentíamos felices de vivir en una época en la que, tras la experiencia del movimiento juvenil y del movimiento litúrgico, desde ambos se abrían nuevos horizontes, nuevos caminos. Por ello queríamos avanzar nosotros con la Iglesia, convencidos de que, cabalmente de este modo, esta se rejuvenecería. Todos sentíamos un cierto desdén –a la sazón era la moda– por el siglo XIX. O sea, por el neogótico y esas imágenes de santos un tanto horteras, por la piedad estrecha y algo cursi, por el sentimentalismo. Eso queríamos superarlo. Y en concreto, con una nueva fase de la piedad, que se configurara precisamente desde la liturgia, desde la sobriedad y grandeza de esta, reapropiándose de lo originario. Y justo en virtud de ello volvía a ser novedosa y moderna.

¿Era Ud. existencialista?

No leí mucho a Heidegger, pero sí algo, y lo encontré interesante. Uno recurría a esta filosofía, a estos conceptos con una cierta tensión. Como ya he dicho, yo quería salir del tomismo clásico, para lo cual Agustín fue para mí una ayuda y un guía. A tal fin había que entablar también un diálogo vivo con las nuevas filosofías. Pero, a buen seguro, nunca he sido existencialista.

El «diálogo con Agustín», para el cual Ud. ahora se sentía suficientemente maduro, como dice en sus memorias, era algo que, «de distintas maneras, llevaba intentando desde hacía largo tiempo». Suena un tanto misterioso.

(*Rie*). Bueno, cuando uno es joven, tiene buen concepto de sí mismo y cree estar en condiciones de hacer algo importante. Yo no conocía el complejo de quien dice: «Sobre eso ya han escrito grandes sabios»; más bien pensaba: somos jóvenes y disfrutamos de un nuevo acceso a la realidad. Y en virtud de esta certeza de que podíamos construir de nuevo el mundo, no temía los grandes proyectos. Lo cierto es que a comienzos de 1946 tropecé con Agustín y leí algunas de sus obras. Esta lucha personal que se manifiesta en Agustín me resultaba muy interpelante. Lo que escribió Tomás son, en general, manuales escolares y, por consiguiente, textos en cierto modo impersonales. Aunque también en ellos late, por supuesto, una gran lucha; pero eso únicamente se descubre más tarde. Agustín, en cambio, lucha consigo mismo; y además, incluso después de su conversión. Y eso es lo que hace dramático y bello su pensamiento.

En esta época acudía gustoso en Múnich al teatro y la ópera. ¿Qué le interesaba especialmente?

En el fondo, la representación de la vida humana, de los asuntos humanos. Me fascinó especialmente *El zapato de raso* de Paul Claudel, como también *El general del diablo* de Zuckmayer y la ópera *Diálogo de carmelitas* de Francis Poulenc, cuyo libreto se basa en el drama homónimo que George Bernanos compuso a partir de *La última del cadalso* de Gertrud von Le Fort. Recuerdo una muy bella puesta en escena de *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, así como una obra de Claudel sobre la reina Isabel de España, cuya contraposición sin matices de españoles e indios en términos de malos y buenos hoy no puede, sin embargo, dejar de sorprender.

Sigamos con el arte: ¿tiene un pintor favorito, un cuadro preferido?

Siempre me ha gustado mucho la pintura holandesa y también disfruto, por otra parte, con nuestros artistas barrocos bávaros.

De entre los holandeses, ¿Van Gogh?

No, los maestros antiguos. Rembrandt, por ejemplo; en nuestra juventud era un mito. Pero, sobre todo, también Johannes Vermeer, el pintor de Delft. De él me regaló mi hermana un cuadro muy bello.

¿Cuáles son sus piezas favoritas de Mozart?

Hay un quinteto para clarinete que me gusta mucho. Luego, por supuesto, la *Misa de la Coronación*, que me encanta desde que era niño. También disfruto mucho con el *Réquiem*. Fue el primer concierto que oí en mi vida, en Salzburgo. Y luego, la *Pequeña Serenata Nocturna*. De niños, esta pieza la tocábamos al piano a cuatro manos. También, cómo no, *La flauta mágica*. Y de entre las óperas destacaría el *Don Giovanni*.

¿Un par de piezas favoritas de Johann Sebastian Bach?

De Bach me gusta sobre todo la *Misa en si menor*. A mi hermano le pedí como regalo de Navidad una nueva grabación. Y luego, naturalmente, la *Pasión según san Mateo*.

Ahora tengo que preguntarle por Karl Valentin. ¿Qué le gustaba tanto del cómico e inconformista bávaro? En el verano de 1948 peregrinó Ud. a pie desde Fürstenried a la tumba de Valentin en Planegg. Nada menos que treinta kilómetros.

La distancia no se me hizo tan larga. Siempre fui bueno caminando. (*Se ríe*). A la sazón tenía un compañero, Walter Dietzinger, ya fallecido, un tipo muy inteligente y un poco curioso, que también era un gran admirador de Valentin. Gracias a él comprendí esa alegría enigmática, extravagante y gruñona, esa clase de humor críptico, y aprendí a percibirlo como algo en cierto modo –por qué no decirlo– importante. El hecho de que a través de situaciones sobre las que es posible reír se llegue también a reflexionar.

Está esa magnífica frase en la que Valentin dice: «Hoy me visitaré a mí mismo; espero estar en casa».

La conozco. Hitler le dio la mano en una ocasión y le dijo: «Señor Valentin, Ud. me ha hecho reír con ganas muy a menudo». Y él le respondió: «Pues Ud. nunca me ha hecho aún reír a mí».

¿Es verídico?

Sí, sí que lo es.

En Múnich tuvo un profesor que le marcó profundamente: Gottlieb Söhngen. ¿Cuáles fueron sus primeras impresiones de él?

Ya en la primera clase me quedé fascinado. Como buen renano, era elocuente por naturaleza y tenía un modo de hablar que introducía a uno de inmediato en el tema. Y, sobre todo, no rehuía los problemas. En las disciplinas históricas, también en la exégesis, dominaba en aquel entonces un cierto positivismo. Pero Söhngen no quería en modo alguno presentar un edificio académico, que se alza sobre sí mismo y es excelso, sino preguntar: ¿cómo es en realidad? ¿Qué tiene que ver conmigo? Y eso fue lo que me cautivó.

¿Hubo también cercanía personal?

En aquel entonces se mantenía, por supuesto, una actitud del todo reverencial ante los profesores; era aún otro mundo. Y mi hermano y yo procedíamos de una familia pobre del campo. Pero a raíz del examen final de la carrera sí que hubo un acercamiento personal.

¿Dio pronto a entender que lo consideraba su discípulo modélico?

No. Tampoco podía hacerlo.

¿Por qué no?

Bueno, porque yo todavía era, por así decirlo, un chiquillo y aún tenía que empezar a profundizar en los temas.

Pero de hecho Ud. era su discípulo modélico. ¿Supuso eso una carga para Ud.?

Yo no me veía como tal. No, me sentía contento de poder trabajar allí, de entender cómo pensaba él, de saber que ahora poco a poco me iría aproximando a la teología en conjunto, y de poder tratar de hacer algo relevante.

¿Puede decirse que Söhngen fue su verdadero maestro teológico?

Sí que puede decirse; más aún, debe decirse. Aunque también los demás profesores significaron mucho para mí, naturalmente. La *Dogmática* de Schmaus también me moldeó ya. Y luego Pascher, por supuesto, en especial a través de sus conferencias. Todas las semanas impartía tres veces los llamados *Punkta*. En esas ocasiones se abría de verdad, hablaba sin papeles, a veces hasta una hora. Todo el profesorado me marcó hondamente. Pero el punto cimero y la persona que más me interpeló, en la que encontré y reconocí con mayor claridad qué es la teología fue, sin duda, Söhngen.

¿Qué tenía de especial la «Escuela de Múnich»?

Su singularidad radicaba en que tenía una fuerte impronta bíblica, en que estaba muy marcada por la Sagrada Escritura, pero también por los padres y la liturgia, y en que era muy ecuménica. Le faltaba en cierta medida la dimensión tomista-filosófica; quizá le hubiera hecho mucho bien.

Söhngen era uno de los teólogos que a la sazón sostenían que no cabía fundamentar dogmáticamente la ascensión de María a los cielos. ¿Podría decirse que tampoco en Ud. tenían especial relieve en esta época la veneración de María y la mariología?

Yo era católico, por supuesto; en este sentido, la devoción a María en el mes de mayo y en Adviento, el mes del rosario y en general el amor a la Madre de Dios formaban parte de nosotros, aunque no se trataba de algo tan profundo, de algo que estuviera presente con tanta intensidad emocional como en naciones tradicionalmente católicas, por ejemplo, Polonia e Italia. También Baviera es una tierra tradicionalmente católica, pero la fuerza emotiva no era tan intensa como en otros sitios. La veneración de María me marcó, pero junto con el cristocentrismo e integrada en él.

Aunque su padre era muy mariano.

También mi madre. Y ello estaba muy presente asimismo en la familia y formaba parte del conjunto de mi catolicidad. Así, por ejemplo, desde la infancia decorábamos en el pueblo el altar de mayo. Pero la formación teológica fue muy cristológica y con el sello de la Iglesia antigua; en ella, la mariología no está ausente, pero no posee todavía fuerza

intrínseca. A causa de ello, la tradición devocional y lo que aprendimos teológicamente no estaban aún del todo entrelazados.

¿Tenía Söhngen contacto con Romano Guardini?

Se conocían, pero no creo que mantuvieran una relación estrecha.

¿Consideraba él, como les ocurría a otros, que Guardini no era un verdadero teólogo?

(*Ríe*). Yo no diría eso ahora. En su libro *Die Einheit in der Theologie* [La unidad en la teología], cita en algún momento a Guardini. Y en la nota a pie de página dice: «Por desgracia, no puedo encontrar ya la cita exacta; pido que esto sea considerado como signo de una relación viva con su autor». Diría que se conocían, pero que no eran amigos. En cambio, Pascher y Schmaus sí estaban muy vinculados a Guardini.

¿Lo trató Ud. personalmente?

Personalmente, no mucho. El primer encuentro de tipo personal se produjo en Bogenhausen. Un día, un viernes por la tarde, llamó por teléfono a la parroquia para preguntarnos si podía celebrar allí la misa el domingo, y el párroco...

El párroco Blumschein, de quien Ud. era coadjutor.

... el párroco flotaba en el aire. ¡Guardini quiere decir misa aquí, quiere celebrar la eucaristía vespertina! Estaba totalmente confuso. Guardini era una persona más bien reservada, pero muy sencilla y afable. Mi hermano lo conoció mejor, porque durante un tiempo fue coadjutor en la iglesia de San Luis de Múnich y coincidía con él todos los domingos. En 1956 viajamos con un amigo a Franconia [una de las regiones que componen el estado federado de Baviera], donde vivía un tío nuestro, un hermano de mi madre. Cuando pasamos por Rothenfels, pensamos que debíamos parar allí y subir al castillo en el que Guardini había pasado durante décadas los veranos con grupos de jóvenes. «Lo suyo sería, por supuesto», bromeábamos, «que ahora saliera por la puerta del castillo el propio Guardini». Llegamos al castillo, ¿y qué ocurre? ¡Por la puerta del castillo asoma Guardini en persona! (*El papa ríe a carcajadas*). Aquello fue como un sueño. Guardini se mostró sumamente contento de vernos: «¡Pero mira quiénes están

aquí!». Luego charlamos un poco. Pero esos fueron los únicos encuentros de tipo personal.

Uno de sus compañeros de estudios, Rupert Berger, relata que Ud. y él, de estudiantes, escucharon juntos a Guardini en una ocasión, cuando consiguieron entrar a una de sus conferencias en el aula magna, llena a reventar, de la universidad.

Sí, es cierto. Un breve libro de Guardini sobre Jesucristo –no el largo– fue uno de los primeros libros que leí después de la guerra. Me fascinó, después de que otras obras sobre Jesucristo me hubieran parecido aburridas y triviales. De ahí que me interesara Guardini.

Al terminar los estudios, vino, por fin, la formación práctica para el sacerdocio, en la que, entre otras cosas, había que practicar con muñecos para aprender cómo se bautiza debidamente a un bebé.

Eran las materias prácticas –teología pastoral, liturgia–, en las que se aprende a celebrar misa, a administrar los sacramentos o a impartir catequesis en la escuela. Intentábamos aprender todo eso en grupo, con el vicerrector del seminario supervisándonos. Y así, poco a poco, lo logramos.

Posiblemente Ud. no se tomaría eso tan en serio, porque pensaría: «Total, no voy a ejercer el sacerdocio; solo me ordeno sacerdote para llegar a ser otra cosa».

No, no, yo me dije consciente: «No tengo por qué llegar a ser catedrático de teología. También estoy dispuesto a –y deseoso de– ser cura de parroquia». Esa fue para mí una seria batalla interior. Para mí era importantísimo asumir por completo la situación si el obispo no quería que me dedicara a la docencia y entregarme de lleno a las tareas pastorales.

Sin embargo, en sus memorias hace Ud. la notable afirmación de que pronto se percató de que Dios quería de Ud. algo que solo podría realizarse si se ordenaba presbítero.

En efecto. Lo que quiero decir es que de algún modo sabía que Dios quería algo de mí, de que esperaba algo de mí. Y cada vez fui teniendo más claro que ello estaba

entrelazado con el sacerdocio.

Aquí se trata evidentemente de algo que lleva más allá, de algo que trasciende el sacerdocio.

Bueno, Dios exige a cada cual algo específico. Yo estaba convencido de que también querían algo de mí. También pensaba, sin embargo, que tendría que ver con la teología. Pero no estaba definido aún de forma más precisa.

O sea, ¿que también Ud. practicaba totalmente en serio con aquel muñeco de bebé junto a la pila bautismal?

¡Que sí, que sí!

¿Y qué tal se le daba? ¿Se las apañaba o no?

En eso no era tan torpe como suelo serlo. También en mi primer año de coadjutor en Bogenhausen celebré muchos bautizos, porque dentro de los límites de la parroquia había una clínica de obstetricia, en la que todas las semanas celebraba un par de ellos.

De la formación para el sacerdocio formaban parte también las lecciones de canto. Por lo que parece, les instruyó un antiguo cantante de ópera.

En efecto, el señor Kelch. Acaba de fallecer. Bien pasados los noventa.

¿Representó su registro tonal un problema? ¿Trabajó en él?

Algo sí. Pero, bueno, ahí no se puede cambiar mucho.

En la invitación a su primera misa figura el siguiente lema: «No somos dueños de vuestra fe, sino cooperadores de vuestro gozo». ¿Por qué se decidió por esta frase?

A consecuencia de nuestra visión moderna, no solo cobramos conciencia de que las ínfulas eclesiásticas constituyen un error y de que el sacerdote siempre es siervo, sino que también trabajamos intensamente para no llegar siquiera a subirnos a ese pedestal. Yo no me habría atrevido a presentarme como «monseñor» o «reverendísimo». La

conciencia de que no somos señores, sino colaboradores, servidores, fue para mí, aparte de consoladora, personalmente importante para dar el paso de la ordenación. De ahí que dicha frase representara para mí un motivo central. Un motivo que había encontrado en el epistolario litúrgico, en la lectura de la Sagrada Escritura, en los textos más diversos, y en el que me veía reflejado de manera especial.

Sus discípulos dicen que han observado a lo largo de décadas que, en la celebración de la eucaristía, Ud. nunca cae en la rutina, sino que siempre se entrega por completo a la consagración como si fuera la primera vez.

Bueno, es que es algo tan emocionante que uno se siente conmovido por ello cada vez que celebra. Quiero decir, es del todo extraordinario que ahí se haga presente el Señor en persona. El hecho de que el pan no sea ya pan, sino el cuerpo de Cristo, le penetra a uno en el alma, naturalmente.

* * *

Hablemos ahora de su época de coadjutor en Bogenhausen: las experiencias de ese tiempo, ¿están presentes en el artículo «Los nuevos paganos y la Iglesia» [recogido después en El nuevo pueblo de Dios]?

Ese año fue en verdad el tiempo más hermoso de mi vida. Pero esa nueva situación la viví también de forma muy dramática, sobre todo en la clase de religión en la escuela. Allí tenía uno delante de sí a cuarenta muchachos y muchachas, que en cierto modo participaban con buena disposición, pero uno sabía que luego en casa oían justo lo contrario. «Pero papá dice», era habitual oír en aquel entonces, «que no tengo por qué tomarme eso tan en serio». Se podía percibir que, aun cuando institucionalmente todo seguía existiendo, el mundo real se había alejado ya en gran medida de la Iglesia.

¿No le tomaron un poco por loco a raíz de este artículo? Me explico: se trata de una época en que la Iglesia en apariencia florece de nuevo después de la guerra y se

consolida institucionalmente. Y entonces aparece Ud. y habla de que se está gestando un nuevo paganismo.

Sí que me tomaron un poco por loco. ¡Pero era algo tan patente! Teníamos una buena pastoral de jóvenes. No obstante, todos sufrían también interiormente a consecuencia del dilema que les planteaba el hecho de sentirse, en su religiosidad, extraños de algún modo a su propio mundo.

«Los nuevos paganos y la Iglesia», publicado en 1958 en la revista Hochland [Meseta], es la primera de sus espectaculares provocaciones, a la que luego seguirán otras muchas, incluso durante el ejercicio del ministerio petrino. ¿Qué reacciones se produjeron entonces?

En general fueron más bien negativas, por desgracia. Hubo curiosamente un artículo en el que se afirmaba que, con mi ensayo, me había posicionado en contra de la CSU [el partido democristiano bávaro]. Eso, sin embargo, fue algo aislado. Pero además se extendió que algunas de mis opiniones eran heréticas. En Frisinga, donde todavía me encontraba cuando se publicó el artículo, hubo un gran disgusto. Ya había recibido y aceptado la oferta de la facultad de teología de Bonn. Mi compañero Scharbert, catedrático de Antiguo Testamento de Frisinga, que se había habilitado en Bonn y mantenía buenas relaciones con aquella facultad, me dijo que también allí estaban un poco perplejos. Se preguntaban si había sido acertado ofrecerme la cátedra. En Múnich le calentaron la cabeza sobre todo al Cardenal Wendel. Sin embargo, él mismo me dijo más tarde que ciertamente había oído que aquello resultaba muy alarmante, pero que nunca tomaría una decisión –o sea, que no me reprobaría– por un solo artículo. Fue raro; todavía hoy he de decir que no entendía qué era lo que tanto podía molestar a la gente en aquel artículo. Pero, sea como fuere, lo cierto es que se formó un buen revuelo.

El artículo fue un temprano toque de diana, un enardecido llamamiento a reconocer los signos de los tiempos. ¿Hubo también reacciones positivas?

Por supuesto que las hubo. En primer lugar, del propio círculo de la revista *Hochland* en torno a Franz Josef Schöningh, que no solo fue director de *Hochland*, sino también cofundador y editor del *Süddeutsche Zeitung*. El artículo se consideró un pronunciamiento importante.

¿Le animó también a escribir su artículo una contribución de la escritora Ida Friederike Görres publicada en la revista Frankfurter Hefte [«Cuadernos de Fráncfort, prestigiosa publicación vinculada al cristianismo de izquierdas»? En ese texto aparecido en noviembre de 1946, Görres reflexionaba sobre la desilusionante vida diaria de numerosos católicos, así como sobre situaciones terribles en el aparato eclesiástico.

Ese artículo fue muy famoso. A la sazón se debatía sobre él en todas partes. En Frisinga se acusó recibo con gran disgusto. Yo conocía ciertamente su contenido, pero no lo había leído. Lo que me inspiró fue sencillamente la experiencia de la Iglesia concreta que yo había vivido antes como coadjutor. Alguien invitó luego a la señora Görres a dar una conferencia en el seminario mayor diocesano de Frisinga. Y la reacción del cardenal Faulhaber fue: «¡Esa mujer no habla en mi seminario!».

Ud. conoció a la señora Görres en 1970 y mantuvo una prolongada correspondencia con ella y es probable que a menudo...

Sí, también me reuní personalmente con ella. Incluso celebré su entierro. Leyó mi *Introducción al cristianismo* y estaba entusiasmada y feliz de que un teólogo joven presentara el cristianismo desde una óptica piadosa. Ella era, por una parte, muy crítica con la forma devocional del siglo XIX. Pero cuando el desarrollo posconciliar alejó de la fe y condujo a una situación diferente, se alineó con la corriente más rigurosa; y se sentía feliz de haber encontrado en este libro a un teólogo joven moderno y piadoso *a la vez*. Me escribió de inmediato y vino a conocerme a Ratisbona.

Luego vino primero el nombramiento como docente en el seminario mayor diocesano de Frisinga, con las primeras clases, que versaron, entre otros temas, sobre la pastoral de los sacramentos. Al mismo tiempo, asume Ud. la dirección de un grupo de jóvenes. Y desde 1955 a 1959 fue también capellán universitario, algo que casi nadie sabe.

En la Universidad Técnica de Frisinga existe una escuela de agronomía y otra de elaboración de cerveza, el «Oxford del arte cervecero». Había estudiantes chinos y de todas las partes del mundo, de Cuba, por ejemplo, donde se vivió con entusiasmo la revolución capitaneada por Castro. En aquel entonces podía o quizá incluso debía uno entusiasmarse al respecto. Aquella experiencia fue muy enriquecedora para mí. Primero, una vez al mes tenía una tarde de conferencias; además, con regularidad me invitaban a

las asociaciones estudiantiles. También disponía de un pequeño fondo para ayudar a estudiantes con dificultades económicas. Eran jóvenes muy simpáticos; con ellos viví muchas experiencias bonitas.

Durante aquellos tres años, ¿se sentaba también en el confesionario?

Por supuesto. Todos los sábados, una media de dos horas.

¿Qué se escucha allí?

Acudían principalmente seminaristas. Me tenían especial estima como confesor, porque en cierto modo era muy indulgente. (*Risas*).

21 de febrero de 1957. ¿Le dice algo esta fecha?

Ese día impartí mi lección pública de habilitación, con la que, junto con la tesis de habilitación, debía demostrar mi capacitación para la docencia universitaria. A causa de una valoración negativa del segundo evaluador de mi tesis, el Prof. Schmaus, el trabajo me había sido devuelto para introducir correcciones; la segunda versión fue aceptada. Pero el ambiente era sumamente tenso, de modo que este acto académico me resultó bastante desagradable. Para la lección había propuesto un tema histórico. La facultad solía aceptar lo que proponía el habilitando. Pero a mí se me dijo que, puesto que me iba a habilitar para la enseñanza de la dogmática, debía tratar un tema de teología sistemática. No tuve más que un par de días para preparar mi exposición. Al mismo tiempo estaba ocupadísimo en Frisinga con algunas clases. Me encontraba muy tenso, porque sabía que determinados profesores me escucharían con recelo y, en el fondo, ya se habían decidido en sentido negativo. El suspenso parecía cantado. Según el protocolo habitual, primero debía hablar el director de la tesis, en este caso Söhngen; como era de esperar, su intervención fue amistosa. El segundo ponente, Schmaus, se dirigió a mí ya en otro tono. Pero de repente se entabló un diálogo entre Schmaus y Söhngen, quienes discutieron vehementemente en el aula. Fue una situación extraña.

Sus padres vivían a la sazón con Ud. Se los había llevado a Frisinga. ¿Estaban entre el público?

Mi hermano sí estaba, pero mis padres no. Quise ahorrarles ese trago. Se habían quedado en Frisinga. Yo fui testigo de la discusión entre Söhngen y Schmaus, pues aquello tendría que haber sido una discusión conmigo. Lo suyo es que los profesores no discutan entre sí, sino con el habilitando. Al terminar la discusión, el tribunal se quedó en la sala y los demás salimos al pasillo a esperar a que se anunciara la decisión. Mi hermano, el predicador Pakosch de la iglesia munitesa de San Luis y algunas personas más. Aquello duró una eternidad y, bueno, cabía esperar lo peor.

Pero luego no fue así.

Después de una larga espera, en el pasillo mismo se me comunicó que había aprobado. Con ello concluyó el drama, aunque siguió repercutiendo en mí anímicamente. Había estado ciertamente al borde del abismo...

Durante este tiempo, ¿se enojó con Dios o hizo alguna promesa para el caso de que todo saliera bien?

Ni una cosa ni otra. Pero sí que oré con intensidad y le supliqué con fuerza a Dios que me ayudara. Sobre todo por mis padres. Habría sido una catástrofe que me pusieran en la calle.

Sobre la profunda experiencia que significó para Ud. el trauma de la habilitación escribió, sin embargo, que esta prueba «fue humanamente saludable para mí y obedeció, por así decir, a una lógica superior». ¿A qué se refería con la expresión «lógica superior»?

Bueno, había hecho el doctorado con mucha rapidez. Si también me hubiera habilitado enseguida y sin problemas, la conciencia de mi capacidad habría sido demasiado fuerte y la confianza en mí mismo excesiva. Y así, por una vez me tuve que tragar por entero mi orgullo. Eso le hace bien a uno: tener que reconocer de cuando en cuando su insignificancia, tener que verse no como un gran héroe, sino como un humilde habilitando, que se encuentra al borde del abismo y debe familiarizarse con lo que luego hace. En este sentido, la lógica era que yo necesitaba justamente una humillación y que de algún modo con razón –con razón en este sentido– la sufrí.

¿Significa eso que era proclive Ud. a darse ciertos aires o incluso a la presunción intelectual?

Lo que quiero decir es que, tras obtener el doctorado con una tesis que fue considerada brillante, el rector me dijo enseguida que esperaba verme pronto allí como compañero. Se me tenía por un discípulo prometedor. *(Se ríe)*. Yo siempre iba a los seminarios de Schmaus. Cuando él no podía estar presente, me encargaba a mí dirigir la sesión. Todo esto iba muy rápido y sin trabas, de modo que yo me contaba entre las personas de las que se esperaba que llegarían a algo.

¿Y eso se le subió a la cabeza?

Eso no, pero de todas formas uno necesita también humillaciones.

¿Humillaciones?

Pienso que conseguir meta tras meta con tanta facilidad y además con alabanzas es peligroso para un joven. Entonces es bueno que se vea confrontado con sus límites. Que sea tratado críticamente. Que tenga que pasar por una fase negativa. Que se reconozca a sí mismo en sus propios límites. Que conozca que en la vida no se va sin más de triunfo en triunfo, sino que también hay derrotas. Eso lo necesita toda persona, para aprender a valorarse debidamente a sí mismo, a soportar los reveses, también –y no en último término– a pensar con otros. Justo para no juzgar entonces con premura y desde arriba, sino aceptar positivamente a los otros en sus fatigas y debilidades.

¿Existe todavía el ejemplar de su tesis de habilitación con los comentarios críticos de Schmaus al margen, que resplandecían en todos los colores?

No, lo tiré. *(Se ríe)*.

¿Ya entonces?

Sí, entonces.

¿En un ataque de ira?

Lo quemé.

¿En la estufa?

En la estufa, en efecto.

Tras la habilitación fue nombrado primero profesor auxiliar [Privatdozent] y más tarde profesor numerario [außerordentlicher Professor]. En sus memorias escribe que esto no se produjo sin fuego de hostigamiento previo por parte interesada. ¿A qué se refería con ello?

Evidentemente había gente que quería impedir que fuera nombrado profesor, para lo que me denunciaron ante la consejería de educación [la instancia competente para refrendar el nombramiento, ya que la facultad de teología estaba encuadrada entonces en una universidad civil]. Ocurrió del siguiente modo: en la negociación para concretar el nombramiento, un alto cargo de la consejería me trató con tal altivez que me percaté de que le había llegado algún tipo de información. Me pregunta: «¿Cuánto tiempo lleva Ud. en realidad como profesor interino en el departamento?». Yo le digo: «Desde el 54, o sea, tres años; este es mi cuarto curso». Y entonces me responde: «Bueno, entonces no nos queda más remedio que concederle el nombramiento. Ya tenemos aquí a otro más de estos».

¿Qué quería decir con eso?

Otro más de los que no hacen nada. Uno más que de un modo u otro ha conseguido meter la cabeza y quiere ser funcionario.

¿En qué consistió realmente la denuncia ante la consejería?

En que no estaba capacitado para la tarea o algo así. No lo sé.

En sus memorias menciona Ud. que tampoco su relación con el arzobispo de Múnich, el cardenal Joseph Wendel, estuvo exenta de complicaciones.

Eso fue por otro tema. Primero me denunciaron ante él por «Los nuevos paganos y la Iglesia», acusándome de hereje y demás. Pero en ese pasaje me refiero a una cuestión distinta. En esta época, o sea, hacia finales de 1958, se quería potenciar académicamente la escuela universitaria de magisterio del distrito múniques de Pasing. Hasta entonces los profesores de esta escuela no se habilitaban. Y los múniqueses, en esa pizca de megalomanía que no pueden negar que tienen, habían pensado en [Josef] Pieper como catedrático de filosofía. Y entonces los señores del obispado convencieron al cardenal de que, para que la teología tuviera fuerza suficiente y pudiera estar a la altura de la filosofía, yo debía asumir la nueva cátedra de teología. Con Pieper y conmigo estarían ambas cátedras idealmente cubiertas. Y al cardenal, que desconocía el mundo académico alemán, aquello le pareció una magnífica idea y me dijo: «Ud. asume la cátedra en la escuela universitaria de magisterio en Pasing, no la de Bonn».

En realidad suena a oportunidad interesante, sobre todo en conjunción con un filósofo tan excelente como Josef Pieper.

A pesar de ello, era una escuela universitaria de magisterio y no encajaba con mi carisma. Así que le dije al arzobispo: «No, no puedo hacer eso». Con todo, él insistió y no me quería autorizar a ir a Bonn. No obstante, es tradición alemana que un sacerdote queda automáticamente liberado de sus obligaciones cuando le es concedida una cátedra universitaria. Entonces mantuvimos un intercambio de cartas más bien tenso. Al final, en contra de su voluntad, me concedió la autorización.

¿Se negó a cumplir las órdenes de su obispo?

Eso, no. Sencillamente no acepté de inmediato su primer deseo. En Alemania existía, como acabo de decir, la inequívoca tradición de que uno, si le ofrecen una cátedra, es liberado para dedicarse a ella. Además, el cardenal no rechazaba aquello sin más, sino que me dijo: «Tengo algo más importante para Ud.».

Pero estaba mal informado sobre la situación real. Además, yo tenía la firme convicción de que no era la persona idónea para esa tarea. Pues en una escuela de magisterio hay que hablar a futuros maestros, que no son estudiantes de teología, y es necesario hacer interesantes las clases para todo el mundo. Y ahí no me habría sentido yo cómodo.

¿Y cómo logró convencer al arzobispo?

Como digo, hubo un intercambio de cartas laborioso y complejo. Pienso que seguramente el vicario general Fuchs, que desde el principio vio con escepticismo esta maniobra, se lo hizo comprender. En cualquier caso, un día el arzobispo me dijo que este asunto no le gustaba nada, en especial lo relacionado con el artículo de *Hochland*, pero que no quería ponerme trabas; y me liberó.

Desde muy pronto, ya en Frisinga, comenzó Ud. a ocuparse del protestantismo. De entre sus discípulos han salido destacados ecumenistas. ¿Qué le atrajo a este tema?

En ello resultó determinante la herencia de Söhngen, quien era hijo de un matrimonio confesionalmente mixto, por lo que para él se trataba de un problema existencial. Por eso, sus clases nunca giraban solo alrededor de la tradición católica, sino siempre alrededor también del diálogo con los protestantes, en aquel entonces especialmente con Karl Barth. Para mí desde el principio formó parte de la teología el diálogo con los protestantes. De ahí que ya en Frisinga impartiera un seminario sobre la Confesión de Augsburgo [P. S.: la *Confessio Augustana*, el escrito confesional básico de la Iglesia luterana]. Visto así, era natural que lo ecuménico formara siempre parte de mis clases y seminarios y que mis discípulos se ocuparan mucho de ello.

En el monte de la catedral [de Frisinga] conoció Ud. también, a través de la lectura de las obras de Martin Buber, a un representante del jasidismo místico. ¿Fue ese su primer encuentro con el judaísmo?

Diría que sí.

¿Qué le fascinó tanto en Buber? Más tarde llegó incluso a tener discos con grabaciones de sus conferencias.

A Martin Buber lo veneraba. Por una parte, era el gran representante del personalismo, del principio yo-tú, que atraviesa toda su filosofía. También leí, por supuesto, su *Opera Omnia*, sus obras completas. En aquel entonces estaba un poco de moda. Acababa de firmar, junto con Rosenzweig, una nueva traducción de la Biblia hebrea. Su visión personalista y su filosofía, que se alimentaban de la Biblia, cobraban forma del todo

concreta en sus relatos jasídicos. Esa piedad judía, que vive la fe sin complejos y a la vez de manera siempre actual en medio de la historia, el modo en que Buber creía en el mundo actual, su figura en conjunto: todo eso me fascinaba.

Entre sus lecturas se contaban también las obras de Hermann Hesse, por ejemplo El lobo estepario y El juego de los abalorios.

Leí *El juego de los abalorios* en cuanto se publicó. Eso fue a comienzos de la década de 1950, creo. *El lobo estepario* lo leí ya en Ratisbona, o sea, en los años setenta.

El lobo estepario *era la lectura de los hippies en San Francisco. ¿Qué le cautivó de esa obra?*

El análisis despiadado del hombre caído. Es una imagen de lo que hoy ocurre con el ser humano. Cómo se ponen ahí al descubierto las raíces, toda la problemática por la que uno está realmente atravesado. De *El juego de los abalorios* –todavía era yo muy joven y en realidad aún me sentía cómodo en un mundo protegido– me conmovió la idea de que al final el protagonista tenga que partir otra vez. Que vuelva a marcharse. Es el gran maestro del juego de los abalorios, pero no hay nada definitivo. Cada comienzo tiene su magia; él debe comenzar de nuevo.



7.

NOVATO Y TEÓLOGO ESTRELLA

El nombramiento de catedrático lo cambió todo. En sus memorias, eso suena como un suspiro de alivio, como una libertad reconquistada. Además, por primera vez vive Ud. solo. Bueno, no del todo. ¿De quién fue la idea de que su hermana Maria se fuera con Ud.?

Suya y mía. Estaba claro que necesitaba una persona que llevara la casa y, antes que buscar alguien de fuera, esta era la mejor opción.

No todos querrían tener a su hermana continuamente cerca.

Nosotros solo éramos tres. Por eso, desde siempre estábamos muy unidos.

Maria lo acompañó a todos los demás lugares donde Ud. ha desarrollado su actividad, incluso a Roma, hasta que falleció en 1991. Ella es, en cierto modo, la mujer que ha tenido Ud. a su lado. ¿En qué medida influyó en su vida y su obra?

Diría que en mi trabajo teológico no influyó por lo que hace a los contenidos, pero sí a través de su existencia, su manera de creer, su humildad. Su presencia sencillamente repercutió en el ambiente de la fe compartida, la fe en la que crecimos y que creció con nosotros y se afirmó en nuestro tiempo. Esta fe acogió sin más el concilio renovándose de ese modo, pero ha permanecido constante. Diría que mi hermana Maria contribuyó a determinar el ambiente fundamental de pensamiento y de ser.

Al principio residió en el convictorio teológico Albertinum, entre estudiantes. El piso donde luego vivió estaba en la Wurzerstraße en Bad Godesberg, un suburbio de Bonn.

La zona tenía una gran ventaja: estaba a dos minutos de la parada del tranvía. Así pues, cada quince minutos podía tomar un tranvía que me llevaba directamente a la puerta de la universidad. Con el tren que recorría la orilla del Rin era posible seguir viaje hasta Colonia. Además, en pocos minutos estaba uno en el Rin; se podía ir a pie a la iglesia del Corazón de Jesús, etc. Esos eran los paseos más bonitos.

De cualquier forma, a Ud. le gusta pasear.

Exacto. En el mismo edificio vivía además un médico, al que, por suerte, nunca tuve que recurrir. Enfrente teníamos una farmacia, de la que tampoco tuve que hacer uso. La oficina de la Sparkasse, la caja de ahorros, estaba a dos minutos, lo que era muy práctico, porque el director se sabía de memoria los números de cuenta de todos sus clientes habituales. En cuanto entraba yo en la oficina, siempre me saludaba con las mismas palabras: «Su número de cuenta es tal y tal». Era ideal.

¿Qué hacía al principio con su tiempo libre? ¿Iba a cafeterías? ¿A restaurantes? ¿O no tenía tiempo libre?

Según se mire. Al principio salía siempre a pasear, a mediodía y por la tarde. En el edificio de al lado vivía el Prof. Hödl con su hermana, así como un catedrático de instituto: nos juntábamos a menudo, escuchábamos discos, nos entreteníamos con juegos de mesa, como, por ejemplo, «¡Hombre, no te enfades!» [*Mensch, ärgere dich nicht*, una suerte de parchís muy popular en Alemania], etc. Así que no nos aburríamos.

Hay que corregir la idea de que Ud. y el deporte son absolutamente incompatibles: ha montado Ud. mucho en bicicleta, no solo de niño y de joven, sino también siendo ya catedrático.

En efecto, he salido mucho con la bici. En Münster y luego también en Tubinga y Ratisbona.

¿También en Múnich, como obispo?

No, allí no. No me atreví a ser tan poco convencional.

Y ha hecho mucho excursionismo.

Mucho, en efecto.

¿Cómo y dónde piensa Ud. mejor?

Por una parte, sentado al escritorio; por otra, cuando tengo que reflexionar algo más a fondo, me tumbo en el canapé. Allí se pueden pensar las cosas tranquilamente.

¿Siempre ha tenido un canapé cerca?

Es que lo necesito.

Su lección inaugural en Bonn la impartió el 24 de junio de 1959. El aula estaba llena a reventar. ¿Sintió miedo escénico?

No, había preparado un buen texto.

Tenía una enorme confianza en sí mismo.

Decir eso sería quizá un poco exagerado, pero sabía que el texto era adecuado, por lo que no había razón alguna para ponerme nervioso.

Si se contempla la famosa foto tomada en Frisinga, donde se le ve dando clase apoyado relajadamente en el atril de profesor, con la cabeza sobre las manos, tiene uno la impresión de que a Ud., por lo común, no le imponía hablar en público.

Esa foto no es característica. Por regla general, hacía también muchos gestos al hablar. Solo a veces, cuando venía un pasaje tranquilo, me concentraba de esta manera.

El tema de su lección inaugural fue: «El Dios de la fe y el Dios de la filosofía». ¿Le vino dado?

No, lo planteé yo mismo. Ocurrió de la siguiente manera: de estudiante había leído mucho a Pascal. Gottlieb Söhngen había impartido un seminario sobre Pascal y, por supuesto, también había leído yo el libro de Guardini sobre Pascal, en el que se acentúa

de manera especial el *Mémorial* [6] . Este memorial trata del «Dios de la fe», el «Dios de Abrahán, Isaac y Jacob», por contraposición al «Dios de los filósofos». A la sazón se consideraba muy moderno condenar lo griego como un desarrollo erróneo, como una interpolación desatinada en el cristianismo. En vez de ello, se quería buscar lo originariamente bíblico, lo vivo del Dios de Abrahán, que se dirige a los hombres, les habla al corazón y, comparado con el Dios de los filósofos, es el totalmente Otro.

Uno de sus temas fundamentales desde el principio.

En efecto, aunque luego me vi confrontado intensamente con esta cuestión también en Agustín. Al principio, Agustín no sabía qué hacer con el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob. Había leído con entusiasmo a Cicerón, los discursos filosóficos. En ellos está presente el entusiasmo por lo divino, por lo eterno, pero no hay culto, no hay acceso alguno a Dios. Y él, Agustín, buscaba ese acceso; sabía que tenía que acudir a la Biblia, pero le escandalizaba tanto el Antiguo Testamento que llegó a decir: «Seguro que no es esto». Experimenta con mucha fuerza las antítesis, y además en perjuicio del Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, porque estos relatos le parecen simplemente poco creíbles y serios. Se vuelve entonces hacia la filosofía, incurre en el maniqueísmo y solo después descubre lo que durante el resto de su vida será ya su fórmula: «En los platónicos aprendí que “al principio era la Palabra”. Los cristianos me han enseñado que “la Palabra se ha hecho carne”. Y de ese modo la Palabra ha venido también a mí».

¿Significa eso que para Agustín lo esencial no era la contraposición de estas dos líneas, sino su unidad, su complementariedad?

Eso también me fascinó a mí. Llegué a la convicción de que, por supuesto, necesitamos al Dios que ha hablado y sigue hablando, al Dios vivo. Al Dios que me conmueve el corazón, que me conoce y me ama. Pero en algún lugar debe ser accesible también al entendimiento. El hombre es una unidad. Y lo que no tiene nada que ver con el entendimiento, sino que transcurre totalmente al margen de él, tampoco puede ser integrado en el conjunto de mi existencia; no deja de ser un cuerpo extraño.

¿Cómo son las cosas en realidad?, me pregunté. Aquí el Dios de la fe, allí el Dios de los filósofos: ¿se excluyen entre sí o forman verdaderamente una unidad? Los filósofos

griegos no querían saber nada de este Dios de Abrahán. Y a la inversa, el Antiguo Testamento no conoce originariamente el Dios de los filósofos. Luego descubrí que ambos caminos llevan el uno al otro, con Alejandría como punto de encuentro. En fin, así me quedé sencillamente fascinado por este tema existencial, en el que se trata de la pregunta: ¿en qué consiste realmente mi fe? ¿Qué relación guarda con el conjunto de mi existencia?

Su primer semestre en Bonn lo experimentó, escribe Ud. en sus memorias, como «una fiesta del primer amor». ¿Qué quiere decir con ello?

En este semestre tuve que explicar, por una parte, filosofía de la religión –¿qué es la religión, filosóficamente considerada?– y, por otra, el concepto de teología: ¿cómo se debe fundamentar la teología? ¿Qué debe hacer? ¿En qué consiste, por así decir, su oficio? ¿Cuál es su fundamentación intrínseca? Estos fueron los dos cursos que tuve que impartir. Ambos tocan el tema central: ¿cómo puede justificarse la presencia de la teología en la universidad? ¿Encaja en la universidad moderna? ¿O se trata de un cuerpo extraño, que se ha quedado ahí por casualidad, como residuo de esta prehistoria medieval, y en realidad debería desaparecer de la universidad?

Y ahí estaba incluida también la pregunta: ¿qué se puede decir filosóficamente de la religión?

Sobre el concepto de teología había trabajado ya algo en Frisinga; esa cuestión no necesitaba prepararla tanto. También la filosofía de la religión la había explicado en Frisinga, pero replanteé el curso por completo. Tanto a los estudiantes como a mí nos deparó grandes alegrías. Así pues, había muchos alumnos en clase, y muy participativos. Vivir, por una parte, esta aventura del pensamiento, del conocimiento, el gozo de avanzar y profundizar en una materia, y percibir, por otra, este interés de los estudiantes y la positiva respuesta de los alumnos: eso fue en verdad una fiesta. Sentir que uno mismo aprende y progresa y hace realmente aquello que en lo más profundo de su ser quiere hacer; y que los estudiantes lo sienten exactamente así y recorren con él ese camino, y uno ve que puede ofrecer algo a esos jóvenes; y que luego en el diálogo con ellos crece algo.

«Estado de ánimo de resurgimiento»: así lo caracterizó Ud. mismo.

En efecto, así era. Todo estaba en ciernes. La Universidad de Bonn había sido destruida durante la guerra y acababa de ser reconstruida; la biblioteca estaba sin terminar. Así que el resurgimiento saltaba realmente a la vista. Se palpaba que después de la guerra se había comenzado de nuevo y que también en la nueva situación se volvía a buscar la fe. La República Federal Alemana era aún joven y, en este sentido, también la vida se encontraba en una fase de comienzo. La sensación de poder contribuir a que empezáramos de nuevo con la Iglesia, en nuestra fe, con el Estado, esa sensación era viva y resultaba agradable.

¿Trabajaba mucho en bibliotecas?

La biblioteca de la universidad se hallaba, como digo, en reconstrucción. Sin embargo, teníamos una biblioteca de departamento, en la que sí pasaba mucho tiempo. En mi condición de director del departamento, podía adquirir yo mismo libros para ella. Cuando se volvió a abrir la biblioteca de la universidad, quizá en 1961, iba gustosamente a ella, porque había un moderno sistema electrónico de préstamo. Para mí, aquello era del todo nuevo: ¡uno pedía libros y estos aparecían casi de inmediato deslizándose por una suerte de canalón!

¿Se enfrascaba Ud. en los libros hasta altas horas de la noche?

No, no, nunca he trabajado de noche, nunca.

En sus memorias habla Ud. de un gran número de oyentes, «que acogían con entusiasmo el nuevo tono que creían percibir en mí». Sus clases se llenaban de bote en bote. Muy pronto disfrutó Ud. ya de fama como una nueva estrella ascendente en el firmamento teológico. ¿Cómo desarrolló su estilo? ¿Tuvo algún modelo?

En Múnich habíamos crecido, por supuesto, en una filosofía moderna. Determinados profesores nos habían introducido a lo nuevo y nos habían abierto nuevos horizontes. Yo asimilé interiormente este tono e intenté desarrollarlo conforme a mis posibilidades.

¿Söhngen como modelo?

De algún modo, sí. Por supuesto, no podía imitarlo. Quiero decir, él era renano; y yo soy bávaro por los cuatro costados. En esa medida, él representó para mí un gran estímulo interior y un ejemplo en lo que atañe al estilo de pensamiento, pero no directamente un modelo que pudiera imitar.

Para el acompañamiento de sus doctorandos inventó Ud. el sistema de coloquios por contraposición a las entrevistas personales.

Por supuesto, también acompañaba a los doctorandos personalmente y hablaba con ellos. Pero tenía la siguiente sensación: aquí hay un grupo de personas que caminan conmigo, que tienen algo en común y que también deberían aprender unas de otras, de modo que aprendamos todos juntos y también aprendamos unos de otros. Por eso pensé que cada individuo recibiría para su camino más en grupo que si lo recorría en solitario.

Todas las anotaciones en los trabajos de sus estudiantes están escritas a lápiz.

(*Ríe*). Siempre lo he hecho así. Ya de pequeño escribía a lápiz y he conservado esa costumbre. El lápiz tiene la ventaja de que se puede borrar. Cuando escribo algo a tinta, escrito queda.

¿Escribe también como papa a lápiz? ¿Incluso los libros sobre Jesús?

¡Sí, siempre!

¿Nunca con pluma?

No.

Con esa letra diminuta que...

... con el tiempo se ha hecho aún más pequeña. Pero eso es algo, creo yo, que también les pasa a otras personas.

Llama la atención que sus amigos y compañeros más cercanos de Bonn fueran en su mayoría personas muy polémicas e inconformistas, que chocaban también con el

aparato, con la Iglesia. Evidentemente, no tenía Ud. miedo al contacto con tales personas.

Eran otros tiempos. Solo más tarde se produjo la separación entre quienes rechazaron al magisterio y siguieron su propio camino y quienes consideraron que únicamente cabe hacer teología dentro de la Iglesia. En aquel entonces todos éramos aún conscientes de que la teología tiene, por supuesto, su propia libertad y tarea y de que, en consecuencia, no puede ser por completo sumisa al magisterio; pero también sabíamos que la teología *sin* Iglesia se convierte en un discurso hecho en nombre propio y entonces deja de tener relevancia. A la sazón se me consideraba alguien joven que estaba abriendo nuevas puertas y emprendiendo nuevos caminos, de modo que también se acercaban a mí personas críticas.

Como Hubert Jedin, por ejemplo, o Paul Hacker. El historiador de los concilios Jedin era medio judío y durante la época nazi había encontrado refugio en el Estado del Vaticano. El indólogo Hacker era un antiguo luterano.

La trayectoria de Jedin es muy interesante. Se le tenía por un historiador libre y de peso propio, alguien que no era sin más sumiso al magisterio. Pero cuando vio que había gente que se afanaba por distanciarse de la Iglesia, se convirtió en un decidido defensor de la eclesialidad. Paul Hacker, por su parte, fue un personaje muy especial, un gran dialéctico. Era una cabeza privilegiada, una mente poderosa, pero explosiva.

¿Es cierto que, a raíz de unas objeciones de Hacker, modificó Ud. un artículo sobre naturalismo que debía publicarse en el libro homenaje a Söhngen?

Sí, no recuerdo ya el contenido, pero es cierto que Hacker era un hombre impresionante. Con él se podía discutir de verdad. Para empezar, poseía un inmenso don de lenguas. Hablaba con fluidez dieciocho lenguas y dominaba el sánscrito hasta tal punto que incluso venían indios a estudiarlo con él. Era, pues, un gran maestro, una persona con una cultura increíblemente amplia, alguien que estaba familiarizado con los padres de la Iglesia y con Lutero y conocía a la perfección toda la historia de las religiones indias. Lo que escribía tenía siempre algo de novedoso, con lo cual iba realmente al fondo de los temas. De él se podía aprender mucho, aunque a veces, por supuesto, resultaba imposible no discutir.

En una ocasión se quejaron sus alumnos de que Ud. hablaba en las clases de los Hare Krishna y cosas por el estilo.

No, no, nunca hablé de los Hare Krishna, sino del mito del dios Krishna, que manifiesta asombrosos paralelismos con la historia y la figura de Jesús y tiene una gran relevancia para el diálogo interreligioso. Tuve que explicar también historia de las religiones, y el hinduismo era, cómo no, uno de los grandes apartados de ese curso. Me fue muy útil ser amigo de Hacker, quien me facilitó también algunos libros. Por regla general solo se exponía el aspecto filosófico del hinduismo; yo, en cambio, consideraba que se debían tratar también justo esos aspectos culturales y míticos. En conjunto fue muy bien acogido por los estudiantes.

¿Eso le fascinaba?

Sí, la verdad es que sí. Estoy muy contento de haber dado aquel curso, pues, cuando surgió el diálogo interreligioso, yo estaba ya algo preparado.

Se cuenta que su amistad con Hacker no estuvo exenta de tensiones. ¿Hubo ruptura al final?

No diría yo eso. En mi época de Ratisbona, cuando se hizo tan extremadamente crítico con el concilio, le escribí en una ocasión algo un poco duro. Que ese no era el camino. No obstante, luego nos reconciamos. Sabíamos que los dos éramos bastante cabezotas, él sobre todo, pero yo también un poco; y que alguna que otra vez podíamos revolvemos, pero teníamos claro que en el fondo nos gustaba lo mismo.

En una ocasión Hacker se quejó de que se gastaba todo su dinero en llamadas telefónicas...

Puede ser. Pero, naturalmente, yo no era la única persona a la que llamaba.

¿Es cierto que, por insistencia de Hacker, se llevó al concilio su escrito Gedanken zur Reform der Kirche [Ideas para la reforma de la Iglesia]?

No.

En esa obra habla Hacker de un pseudoecumenismo y previene contra una protestantización de la Iglesia católica. A Ud. le reprocha que su mariología sea demasiado velada.

Luego me reprochó todo tipo de cosas, lo que entre amigos es correcto y aceptable. Como converso, al principio era todavía muy crítico con Roma. Pero eso fue cambiando paulatinamente. En vez de crítico con Roma se hizo cada vez más crítico con Rahner y tendió a la unilateralidad, al extremismo. Sigue siendo siempre sugerente, pero no necesariamente hay que ver todo como a él le gustaría que se viera.

Otro de sus compañeros en Bonn fue Heinrich Schlier. En tiempos de Hitler renunció a toda promoción profesional y perteneció al sector del protestantismo conocido como «Iglesia confesante» (contrapuesto a los «cristianos alemanes» protestantes, fieles al régimen nazi). En 1942 se le prohibió publicar. Tras la guerra obtuvo una cátedra de Nuevo Testamento en Bonn. Cuando Schlier, el discípulo preferido del destacado teólogo protestante Rudolf Bultmann, se convirtió en 1954 a la Iglesia católica, aquello constituyó un escándalo de primer orden. Sus antiguos compañeros le volvieron la espalda, y entre los católicos no encontró una acogida unánime. Tuvo que abandonar su cátedra en la facultad de teología protestante, pero siguió siendo catedrático de pleno derecho. Entre sus obras se cuenta Bekenntnis zur katholischen Kirche [Adhesión a la Iglesia católica], en la que él, junto con otros tres teólogos protestantes, justifica el camino hacia la fe católica. Se dice que Schlier influyó enormemente en Ud. Tiene, por una parte, una orientación histórico-crítica; por otra, es muy espiritual.

Diría que sin duda influyó sobre mí, pero no fue una influencia tan, tan grande. También lo apreciaba mucho como persona. Como ya ha dicho Ud., era de origen protestante y además discípulo de Bultmann. Veneró mucho a Bultmann hasta el final y aprendió mucho de él, pero fue más allá de él y devino, como él diría, católico de un modo típicamente protestante, a saber, solo a través de la Escritura. Su reconocida obra exegética crítica –el famoso comentario de la Carta a los Gálatas, el comentario de Efesios, el comentario de Romanos– es magnífica. Y al mismo tiempo se trataba de una persona profundamente espiritual. Tiene Ud. razón. Su síntesis de lo espiritual y lo histórico-crítico es única.

¿Quién es Sophronius Clasen, con quien Ud. trabó asimismo amistad durante su época de Bonn?

Un franciscano. A la sazón había en los alrededores de Bonn cuatro importantes escuelas superiores de teología, en las que enseñaba gente realmente buena. En Mönchengladbach estaban los franciscanos; en Walberberg, los dominicos; en St. Augustin, los misioneros del Verbo Divino; y en Hennef-Geistingen, los redentoristas. El patrólogo de los redentoristas, Joseph Barbel, era una persona sobresaliente. Los misioneros del Verbo Divino eran famosos por sus estudios de historia de las religiones y editaban una revista propia. Los dominicos prepararon la edición alemana de las obras de Tomás de Aquino y eran igualmente famosos. Los franciscanos tenían la revista *Wissenschaft und Weisheit* [Ciencia y sabiduría]. Y allí estaba Sophronius Clasen, catedrático de medievalismo o de teología dogmática, un gran conocedor de la teología del siglo XIII y especialista en san Buenaventura. Había leído mi libro sobre Buenaventura y me visitó. Y así surgió la amistad.

¿Se pueden considerar estos años el apogeo de la teología alemana?

Sí, en muchos sentidos. Basta pensar en esta corona de cuatro escuelas superiores de teología [como las coronas de Adviento, con sus cuatro velas]. No eran centros de andar por casa. En ellas había gente realmente cualificada, de la que se podía aprender mucho. Nuestra propia facultad tenía también algo que ofrecer; aquí estaban Jedin, Klauser, Schöllgen y otros muchos. En esta medida, aquello fue, en efecto, una gran floración. Reinaba la conciencia de que vivíamos en una época en la que teníamos algo que decir.

Ud. se encontraba, si se consideran Colonia y Bonn juntos, en el centro de poder católico-religioso y –con Konrad Adenauer como primer canciller federal y su rival, el político del SPD [Partido Socialdemócrata de Alemania] Kurt Schumacher– en el centro político de la incipiente República Federal de Alemania.

Puede decirse que Adenauer pasaba regularmente por delante de nuestra casa cuando venía en coche de Röhndorf y cruzaba el Rin en transbordador. Algunos de nuestros compañeros conocían muy bien al presidente de la República, Heuss. Yo no intenté hacer política, pero la conciencia de que Alemania se reconfiguraba, de que buscaba para sí una nueva forma, era claramente perceptible. En efecto, aún se estaba decidiendo qué

debía ser Alemania. El dilema era: priorizar la libertad o la unidad. El grupo parlamentario presidido por Schumacher apostaba por dar prelación a la unidad. Alemania no debía vincularse a Occidente, sino permanecer abierta y neutral, a fin de propiciar la reunificación. Adenauer favorecía el principio de la prioridad de la libertad: únicamente habrá unidad si antes alcanzamos la libertad. Eso significaba que debíamos vincularnos a Occidente, ya que solo así sería viable un nuevo comienzo. A causa de ello, se le denigraba como el «canciller de los aliados».

Comparada con la Alemania de Bismarck, esta era una forma totalmente nueva de pensar, mientras que la idea de Schumacher en realidad prolongaba la concepción de Bismarck. Creo que esto es algo de lo que hasta hoy no se tiene suficiente conciencia en Alemania. Adenauer formuló una nueva idea de Alemania en tanto en cuanto vio a esta inequívocamente en alianza con Occidente. Yo estaba muy a favor de esto. Teníamos la sensación de que, después del fracaso de la idea de Bismarck, Alemania tenía que ser reconstruida como Estado alemán; de que en este sentido nos encontrábamos ante un nuevo comienzo. Y de ello formaba parte asimismo el hecho de que al cristianismo le correspondía ahí un papel básico.

¿Conoció a Adenauer?

Personalmente no.

¿Fue Ud. también siempre una persona muy política?

Nunca he tratado de participar de manera activa en política, pero personalmente siempre me he interesado mucho por la política, así como por la filosofía que late detrás de ella. Pues la política vive de una filosofía. No puede ser pragmática sin más, en el sentido de: «Hagamos algo». Debe tener una imagen del conjunto. Eso siempre me ha motivado mucho. A ello se añade que en aquel entonces el nuncio [P. S.: el embajador del Vaticano ante la República Federal de Alemania], Corrado Bafile, vivía cerca de mí. El buen nuncio vino un buen día a mí, el joven profesor, y me comunicó que su parque era también mi parque y me puso delante un informe. Eso me llegó muy hondo: que un arzobispo y eclesiástico de alto rango acudiera a mí humildemente, con cordial apertura, para oír mi opinión. De ese modo afloró de algún modo la sensación de estar en relación con Roma, aunque esa relación se mantuvo muy indefinida.

En sus años de Bonn tuvieron lugar el escándalo del semanario Der Spiegel [un proceso penal contra redactores de esta publicación por un supuesto delito de alta traición], los primeros escándalos en torno a Franz-Josef Strauss [el hombre fuerte de los democristianos bávaros y presidente de gobierno del estado federado de Baviera], luego la lucha de la izquierda contra el gobierno de Adenauer, la crisis de Cuba... Ud. tenía treinta y dos años recién cumplidos.

Estos sucesos, como ya he dicho, me conmovieron hondamente, en especial todo lo que ocurría con Alemania. Fui y sigo siendo un convencido partidario de Adenauer. El hecho de que vivamos en una larga época de paz se lo debemos en gran medida a Adenauer. Pues priorizar la unidad probablemente habría conllevado, antes o después, alguna guerra.



8.

EL CONCILIO: SUEÑO Y TRAUMA

Uno de los hechos decisivos de su biografía fue el encuentro con el cardenal Josef Frings. ¿Cuándo se produjo tal encuentro: en un concierto en Gürzenich [famosa sala de conciertos en Colonia], como a menudo se cuenta, o en la conferencia que Ud. dictó en Bensberg sobre la teología del concilio?

No coincidí con él en aquel concierto, sino en la conferencia que pronuncié en la Academia Católica de Bensberg sobre la teología del concilio, a la que Frings acudió como oyente. Paseamos por los largos pasillos, discutiendo. Y entonces tuvo la valentía de proponerme que le escribiera el texto para la conferencia que él debía pronunciar en Génova.

Frings formaba parte de la comisión preparatoria del concilio. Recibía los borradores de todos los documentos conciliares, los llamados schemata, que enseguida le pasaba a Ud., para que los examinara e hiciera propuestas de mejora. ¿Cuál fue su primera impresión de él?

Ya nos habíamos conocido antes en Colonia. Como catedrático, uno se presenta al obispo competente. Él era un auténtico renano, oriundo de Neuss, con ese carácter desenfadado y ligeramente irónico de los renanos, pero también noble y cordial. Ya en aquella primera visita que le hice resultó patente que nos entendíamos bien.

Durante el concilio, el cardenal Frings, en la víspera de sus intervenciones, se aprendía los textos que Ud. le escribía y grababa luego para él en cinta magnetofónica, a fin de poder exponerlos sin papeles al día siguiente en la asamblea conciliar. Debía de tener una increíble capacidad para memorizar textos. ¿Estaba ya ciego cuando lo conoció?

Casi. En 1959 todavía podía leer, pero le costaba. Había que sostenerle una linterna sobre los textos.

Es el 19 de noviembre de 1961, día del histórico discurso de Génova. Esta conferencia iba a dar una nueva orientación al concilio, cuyo curso había sido prefijado de manera bastante rígida por las estipulaciones de la Curia. Frings había sido invitado a hablar sobre el tema: «El concilio y el mundo intelectual moderno». Él dictó la conferencia, pero el texto lo había escrito Ud. ¿Le marcó Frings pautas determinadas?

No, me dejó completa libertad.

¿Y no consultó Ud. con nadie? ¿Con algún teólogo conciliar, por ejemplo, con Jedin?

No, en absoluto. Ya solo por razones de discreción, era imposible hacerlo. Pero Frings ya no pudo leer el texto él mismo. En Génova dijo la primera frase y alguien continuó leyendo el texto.

Como autor de un texto tan importante, ¿no siente una gran curiosidad por ver qué reacciones desencadena y a la vez algo de miedo? ¿No se pregunta uno cómo serán recibidas sus palabras?

Sí, sí, claro que sí.

¿Si quizá será incluso abucheado?

(*Se ríe*). Ya no recuerdo cuándo vi al cardenal después de aquello. Seguramente sería poco después. Pero no me acuerdo de qué me dijo.

Presumiblemente le daría las gracias. Nunca ocultó que él no era el autor del texto.

Él mismo lo pregonó de inmediato a los cuatro vientos. (*Risas*).

El obispo Hubert Luthe, a la sazón secretario de Frings, que lo conoce a Ud. de la época en la que coincidieron en Múnich de estudiantes, me relató cómo tuvo lugar luego el famoso encuentro entre el cardenal y Juan XXIII. Después de la conferencia de

Génova, el cardenal tuvo que desplazarse en varias ocasiones a Roma para asistir a reuniones de la comisión preparatoria del concilio. Un día recibió una llamada telefónica: «El papa Juan», le dicen, «quiere hablar con el cardenal». «Recogí al cardenal hacia mediodía», cuenta el obispo Luthe, «me pidió la sobrepelliz y me dijo: “Señor secretario, póngame la muceta roja una vez más; quizá sea la última vez que la use”». El encuentro con el papa transcurrió, sin embargo, de forma totalmente distinta de como temía el cardenal. «Eminencia», le habría dicho Juan XXIII, «debo darle las gracias. Leí anoche su discurso. ¡Qué feliz coincidencia de pensamiento!». Frings habría dicho todo lo que él, el papa, perseguía con el concilio, pero no había sido capaz de expresar. Frings respondió: «Santo Padre, la conferencia no la escribí yo, sino un joven catedrático». A ello replicó el papa: «Señor cardenal, tampoco yo escribí mi última encíclica. Lo importante es con qué se identifica uno».

¿Cómo se enteró Ud. de esta escena?

El asunto del papa me lo contó el propio cardenal Frings. Que había sido llamado por el papa Juan y que eso lo había intranquilizado. Pero, en realidad, por lo demás no me llegaron demasiadas reacciones.

¿Tuvo algún encuentro con Juan XXIII?

No. Yo me incorporé al concilio en octubre de 1962, y él estaba ya gravemente enfermo.

Los preparativos para el concilio estaban ya concluidos. Ud. había examinado los schemata y había emitido su dictamen. ¿Recuerda el día de su viaje a Roma?

Primero fuimos a visitar los sepulcros episcopales en la catedral de Colonia, el cardenal Frings, Luthe y yo. El cardenal contempló largo rato el lugar donde algún día sería enterrado. Solo después nos dirigimos al aeropuerto.

*¿Se alojaron los tres en el histórico colegio de los sacerdotes alemanes, conocido como el *Ánima*?*

El cardenal y Luthe se alojaban en el *Ánima* [P. S.: Collegio Teutonico di Santa Maria dell'Anima], como, por lo demás, todos los obispos austriacos. Para mí no había sitio. Por eso, el rector me buscó una habitación en el hotel Zanardelli, que está justo a la

vuelta de la esquina. Pero desde el desayuno, desde la celebración, estaba en el *Ánima*, salvo a la hora de la siesta, que en Roma es, como aprendí entonces, algo importante. Hasta ese momento no conocía la siesta; desde entonces forma parte de mi vida. En la segunda sesión me hospedé en el Palacio Doria-Pamphili, contiguo a la iglesia de Santa Inés, en la Plaza Navona. Únicamente durante la tercera y la cuarta sesiones tuve habitación en el *Ánima*.

¿Qué impresión le causó la vida romana? La Plaza Navona, por ejemplo.

Para mí, todo era nuevo. Por la mañana temprano, los niños acudían al colegio en sus uniformes escolares, pero sin carteras, pues llevaban los libros en la mano, atados únicamente con una cinta. Me resultaba muy divertido. En los alrededores, todo desbordaba vida, se vendía y se compraba, las barberías estaban llenas, a los clientes todavía se les enjabonaba. Todos los días me daba un paseo y así fui conociendo la zona; en ocasiones me acompañaba el cardenal. Estaba ya ciego y tenía que ser guiado. En una ocasión perdí la orientación y no sabía encontrar el camino de vuelta. Fue una situación embarazosa. «Describame la plaza en la que estamos», me dijo. Le describí entonces una estatua que había allí, la escultura de un político italiano. «Ah, sí, ese es Minghetti; entonces debemos seguir por allí y luego...».

La vida romana –esa alegría, el hecho de que una buena parte de la vida se desarrolle en la calle y haya tanto ruido– me pareció muy divertida e interesante. Fue bonito conocer en el *Ánima* a tanta gente: los obispos austriacos, los jóvenes sacerdotes del *Ánima*. El cardenal Frings convocaba a cardenales de todas partes. El obispo Volk, hombre de elevado nivel intelectual y un gran organizador, reunía grupos internacionales de obispos en su apartamento en la Villa Mater Dei, y en esas reuniones yo siempre participaba. Allí conocí también a De Lubac...

¿Fue ese su primer encuentro personal con el jesuita y teólogo francés, a quien su orden le había prohibido seguir enseñando?

Para mí fue algo impresionante conocerlo ahora en persona. Era muy sencillo, muy humilde, muy bondadoso. Enseguida fue como si nos conociéramos de toda la vida, aunque entre nosotros existía, en primer lugar, una enorme diferencia de edad y, en segundo lugar, una diferencia en lo concerniente a las contribuciones realizadas, a los

logros de una vida. Siempre fue conmigo cordial y verdaderamente fraternal. También Daniélou [P. S.: Jean Daniélou, teólogo y cardenal francés] era un hombre divertido. De Lubac había, sin duda, sufrido. En la Primera Guerra Mundial había recibido un tiro en la cabeza y, a consecuencia de ello, padecía frecuentes dolores de cabeza. Pero nunca guardó rencor a los alemanes.

Durante la Segunda Guerra Mundial, De Lubac participó en la resistencia francesa. ¿En qué idioma hablaban entre Uds.? ¿En francés?

Français, oui.

Durante las sesiones conciliares en Roma, ¿salían Uds. de vez en cuando a solas con alguien a tomar algo? Eso de que uno dice a otro: «Venga, salgamos a tomar un vaso de vino, a beber una cerveza».

Así en pareja, no; pero sí en pequeños grupos. Sobre todo con otros miembros de la comisión teológica. Alguna que otra vez empinábamos el codo en el Trastévere.

¿Empinar el codo?

(El papa ríe a carcajadas).

¿Le dijo a Henri de Lubac lo que él significaba para Ud.? ¿Le habló de los horizontes que él le había abierto con su obra Catolicismo y otros libros que acentuaban de un modo nuevo, siempre desde la tradición, la relevancia salvífica universal de la Iglesia católica y que contribuyeron a fundar la nouvelle théologie?

A él no le gustaba que se le hiciera notar de ningún modo su grandeza. Era muy sencillo e increíblemente trabajador. Recuerdo todavía que en una ocasión, en una de las reuniones de la comisión teológica, se puso muy enfermo y tuvo que guardar cama, pero pidió que le llevaran de una de las bibliotecas municipales un libro del siglo XVI, sobre cuyo autor estaba escribiendo algo, y se puso a estudiarlo tumbado en la cama.

Sin duda, una cierta semejanza con...

No, no, yo no soy ni mucho menos tan diligente, tengo que decirlo en honor a la verdad. También Congar [P. S.: Yves Congar, teólogo y cardenal francés] era increíblemente trabajador. En las reuniones de la comisión teológica nunca se levantaba de su sitio en los descansos; seguía allí sentado, trabajando.

¿A qué teólogos tiene Ud. realmente en mayor estima?

Diría que a De Lubac y Von Balthasar.

De Hans Urs von Balthasar hablaremos posteriormente. ¿Qué le fascinó en Roma de la puesta en escena del concilio?

En primer lugar, la universalidad de lo católico, la diversidad de voces, el hecho de que uno coincide allí con personas de los cuatro puntos cardinales del globo, todas las cuales están unidas en el mismo episcopado, pueden hablar unas con otras y buscan un camino común. Luego, el encuentro con grandes personajes: ver a De Lubac e incluso hablar con él, a Daniélou, Congar, todos los grandes, eso fue para mí en extremo emocionante. O también debatir en el círculo de los obispos. Así pues, la polifonía del concilio, por una parte, y el encuentro con grandes hombres, que además eran los responsables de tomar las decisiones, por otra, resultaron vivencias realmente inolvidables.

¿Estaba Ud. también presente en las asambleas que se celebraban en la basílica de San Pedro?

Desde el instante en que fui nombrado oficialmente teólogo conciliar, sí; antes no, por supuesto.

Ya en la Pascua de 1962 había estado en Roma con su hermano, por primera vez en su vida, y se alojó en un convento de religiosas en las inmediaciones de San Pedro. ¿Por qué no había hecho el viaje con anterioridad?

Debo decir que durante la carrera se nos inculcó un ligero resentimiento antirromano. No en el sentido de que negáramos el primado, la obediencia debida a Roma, pero sí en el sentido de que teníamos una cierta reserva interior frente a la teología que se hacía en

Roma. Ello hacía que hubiera una cierta distancia interior. Sin embargo, nunca habría llegado tan lejos como un compañero de estudios, quien dijo: «Si tuviera que elegir, preferiría viajar a Jerusalén antes que a Roma».

En cualquier caso, uno no sentía ningún anhelo especial de venir a Roma. A ello hay que sumar que no teníamos mucho dinero; así que, desde ese punto de vista, ni siquiera nos planteábamos un viaje así. Tampoco las posibilidades de desplazamiento, con el larguísimo viaje en tren, eran tan magníficas como hoy.

¿Cómo fue entonces su primera visita a Roma? ¿Se sintió entusiasmado, colmado?

Lo viví más bien con sobriedad. Claro que me entusiasmaron estos grandes escenarios de los primeros siglos del cristianismo: las catacumbas, Santa Priscila, la iglesia de San Pablo Intramuros, San Clemente. También, por supuesto, la Necrópolis que se encuentra debajo de la Basílica Vaticana. Pero no en el sentido de que flotara, por así decirlo, en una nube, sino porque uno podía palpar ahí los orígenes del cristianismo, esta realidad de la continuidad.

Cuando uno se encuentra por primera vez en la plaza de San Pedro, ¿no se arroja al cuello de su hermano y le dice: «Por fin estamos, querido Georg, en nuestra patria espiritual, en el centro del cristianismo»?

Sí, pero los Ratzinger no somos tan emotivos. Desde luego que fue impresionante, sin duda. Sobre todo, como acabo de decir, el encuentro con la continuidad con el origen mismo, o sea, realmente de Pedro y los apóstoles en adelante. Por ejemplo, en la Cárcel Mamertina, donde uno puede imaginarse la época de los inicios. Pero la fascinación se expresó más bien intelectual e interiormente, no tanto en un estallido exterior de júbilo.

¿Fue aquel viaje ya una preparación para el concilio?

Ya llevaba dentro el entusiasmo que había suscitado Juan XXIII. Desde el principio me fascinó el papa también por lo poco convencional que era. Me gustaba que fuera tan directo, tan sencillo, tan humano.

¿Era Ud. partidario de Juan XXIII?

Sí, sí que lo era.

¿Pero un verdadero fan?

Sí, podría decirse que sí.

¿Recuerda todavía cómo y dónde se enteró de que se había convocado el concilio?

No exactamente, no. Es probable que lo oyera en la radio. Y luego también lo comentamos entre los profesores, por supuesto. Fue un momento conmovedor. La convocatoria del concilio suscitó interrogantes –¿cómo se desarrollará?, ¿qué se puede hacer para que salga bien?–, pero asimismo grandes esperanzas.

¿Estuvo Ud. presente desde el primer día hasta el último, en los cuatro periodos de sesiones?

Sí, desde el principio. La Consejería de Educación en Alemania me concedió una excedencia en debida forma.

Es de suponer que durante el concilio no tendría ojos para los monumentos de la ciudad.

Tampoco tenía apenas tiempo, pues andábamos siempre muy ocupados. Todos los días me daba, por supuesto, mi paseo, pero siempre por los alrededores del Anima, donde ciertamente hay mucho que ver. La iglesia nacional francesa, San Luis, y también el Panteón, San Eustaquio, la Sapienza, etc., el Palacio Madama. Pero, por lo demás, no pude ver mucho.

El concilio llevaba asociado muchísimo trabajo, ¿no?

Tampoco quiero exagerar. No era para morir de agotamiento. Pero sí que había mucho que hacer, sobre todo también a causa de los numerosos encuentros con unos y otros.

Pero al menos dormiría, ¿no?

Sí, sí. Para mí eso es (*se ríe*) algo irrenunciable y nunca dejó que se vea afectado.

¿Cómo se entendía Ud. con los demás? Apenas sabía italiano.

Poco, en efecto. Bueno, de algún modo funcionaba aquello. En primer lugar, sabía al menos latín. Aunque debo decir que nunca había estudiado latín durante la carrera de teología ni nunca lo había hablado, a diferencia de los estudiantes de lengua alemana que residían en el Colegio Germánico de Roma [P. S.: *Collegium Germanicum*, fundado en 1552 por el papa Julio III]. Nosotros habíamos hecho todos los estudios en alemán. En este sentido, para mí hablar latín era algo completamente nuevo. Eso limitaba mis posibilidades de participación. Sabía, por supuesto, algo de francés.

¿Todavía no se había permitido un curso de italiano?

No. (*Risas*). No había tiempo. ¡Tenía tanto que hacer!

¿Se llevó a Roma un diccionario?

Claro.

Así pues, ¿learning by doing [aprender haciendo]?

Exactamente.

¿Qué vivencia recuerda Ud. con especial cariño?

El día de Todos los Santos viajamos con el cardenal a Capri. Primero habíamos visitado Nápoles, esto es, las distintas iglesias, etc. A la sazón, el viaje a Capri aún era toda una aventura. En un barco que se balanceaba terriblemente. Todos vomitaron, incluso el cardenal. Yo logré controlarme. Pero luego en Capri disfrutamos mucho. Fue una verdadera bocanada de aire puro.

¿En qué bando se sentía encuadrado Ud. entonces? ¿En el progresista?

Sí, diría que sí. A la sazón, ser «progresista» no comportaba todavía romper con la fe, sino aprender a comprenderla mejor y vivirla de manera más adecuada, desde el origen. En aquel entonces todavía creía que eso era lo que todos queríamos. De manera análoga pensaban progresistas famosos como De Lubac, Daniélou, etc. El cambio de las

tendencias ideológicas ya se hizo perceptible en el segundo año del concilio, pero solo comenzó a perfilarse con claridad con el paso de los años.

Las nuevas investigaciones muestran que su contribución al lado del cardenal Frings fue bastante mayor de lo que Ud. ha dado a entender. Ya hemos mencionado la disertación de Génova. A ello se añade, aún antes de la inauguración del concilio, una primera conferencia a los obispos de lengua alemana en el Anima, una suerte de briefing, de charla para marcar pautas. Y luego vino la instrucción a Frings para que torpedeara la elección de las diez comisiones conciliares, prevista para el 13 de octubre, que, caso de prosperar, habría beneficiado a los candidatos propuestos por la Curia romana.

Bueno, pero eso fue iniciativa suya. Yo no me entrometía en estos asuntos operativos, técnicos o políticos. Eso fue realmente idea suya: los participantes en el concilio debían conocerse primero unos a otros y solo más tarde elegir de entre ellos a los miembros de las comisiones.

¿A qué se debió eso realmente? Frings no era conocido precisamente como revolucionario.

No, en absoluto. Tenía fama de hombre muy conservador y estricto. Todos estaban sorprendidos y asombrados de que asumiera ahora ese papel de líder. Él mismo lo veía también así. Hablamos sobre ello. Una cosa es, decía él, gobernar la diócesis y ser responsable de la Iglesia local ante el papa y el Señor; y otra distinta, ser convocados a un concilio para gobernar conjuntamente con el papa y asumir luego una responsabilidad propia, que entonces no consiste ya sin más en la obediencia al magisterio papal, sino que impele a preguntarse qué y cómo debe enseñarse hoy. Frings era muy consciente de esto. Distinguía entre la situación normal del obispo católico y la situación especial de un padre conciliar, que es incorporado plenamente al proceso de toma de decisiones.

¿Llegó Frings a Roma ya con ideas precisas?

Yo diría que no. Él me había remitido todos los *schemata*, que yo en modo alguno había evaluado tan negativamente como luego se hizo. Le envíe numerosas correcciones, pero

—salvo en el caso del decreto sobre la revelación— no había tocado la estructura global. Esta era mejorable. Estábamos de acuerdo en que la orientación fundamental estaba ahí, pero, por otra parte, había mucho que corregir. Sobre todo que el magisterio actual tenía que ser menos preponderante en los textos y que la Escritura y los padres de la Iglesia debían tener mayor presencia.

A Ud. se le atribuye un papel decisivo en la «reunión golpista» celebrada el 15 de octubre de 1962 en el colegio sacerdotal del Anima. Allí se puso sobre la mesa, como alternativa al documento base romano, un nuevo texto del que de inmediato se hicieron tres mil copias para repartirlas a los padres conciliares.

Caracterizarla como «reunión golpista» resulta excesivo. Cierto es que considerábamos que justamente sobre el tema «revelación» debía hablarse de un modo distinto de como se hacía en el documento base. Este estaba escrito aún en estilo neoescolástico y no tenía suficientemente en cuenta los nuevos conocimientos. La «revelación» era, por mi tesis de habilitación, un tema que yo dominaba, por supuesto. Dada esta premisa, claro que intervine, pero ello fue a invitación del cardenal y bajo su supervisión. Más tarde se me acusó de haberlo embaucado o algo por el estilo. Eso tengo que negarlo categóricamente. Compartíamos la convicción de que aquí debíamos servir a la causa de la fe y de la Iglesia. También para clarificar la correcta relación entre Escritura, tradición y magisterio, tal como legítimamente puede entenderse y justificarse en una nueva terminología, en un nuevo modo de abordar el asunto. Y eso fue asumido luego.

¿Cuántas personas participaron en aquella reunión?

No me acuerdo más que de una conversación solo con cardenales y de otra con profesores de teología, pero no podría decirlo con exactitud.

Debió de reinar una enorme tensión.

No, en realidad no éramos conscientes de estar haciendo nada del otro mundo. Allí no adoptamos ninguna decisión, sino que elaboramos ideas. No sé cómo se extendieron luego a todo el concilio. Por supuesto, nos llovieron críticas y descalificaciones. Que se trataba de un texto típicamente masón y otras lindezas por el estilo.

¿De verdad se les reprochaba eso?

(Risas). Sí, sí. Cuando yo, en realidad, no debería resultar sospechoso de ser masón.

Fueron sus argumentos o, dicho de otra forma, fue su texto lo que el cardenal Frings expuso el 14 de noviembre de 1962 en la basílica de San Pedro, convertida en aula conciliar, e hizo que todo cambiara. Con aquel discurso, el documento base originario, que había bloqueado todo, quedó descartado y por fin pudo iniciarse el debate libre.

La pregunta que se debía votar era muy compleja. Quien estuviera a favor de que llegara algo nuevo debía votar no. Y quien estuviera a favor de lo viejo debía votar sí. En cualquier caso, la votación tuvo un resultado muy apretado. En realidad, ganaron los que estaban a favor de conservar el *schema* existente. Así pues, vistas las cosas desde la óptica reglamentaria, hubo una ligera mayoría a favor del mantenimiento de la versión presentada. Pero el papa Juan se percató de que esa mayoría era demasiado exigua como para poder resultar sólida y optó por dejar que todo comenzara de nuevo.

Se cuenta que el aula conciliar estalló en una atronadora ovación al cardenal Frings.

Yo no estaba dentro. Pero no lo creo.

En la basílica de San Pedro no había cabinas telefónicas y en aquella época nadie disponía, por supuesto, de teléfono móvil. ¿Cómo se enteraban entonces de estas cosas?

Bueno, al acabar la sesión, el cardenal regresó al *Ánima*. Ya no recuerdo si nos lo contó él mismo. Luego todos aguardábamos con impaciencia la decisión del papa. Y nos alegramos mucho al enterarnos de que este había dicho que, aun cuando reglamentariamente era posible continuar con lo existente, se iba a comenzar de cero.

*Siete días más tarde, el 21 de noviembre, se rechazó en el aula el *schema* sobre las «fuentes de la revelación» que Ud. había criticado vehementemente. El texto, escribió Ud. a la sazón, «está determinado por la mentalidad antimodernista». Su tono es, sigue diciendo, «gélido, más aún, realmente escandalizador». Ud. mismo consideró luego que este rechazo había sido el verdadero punto de inflexión del concilio.*

(El papa se ríe). Me admiro ahora del tono tan descarado con el que hablaba en aquel entonces. Es cierto que se trató de un verdadero giro, en tanto en cuanto se echó por tierra uno de los textos que habían sido propuestos y el debate comenzó de cero.

¿Cómo fue la relación con Karl Rahner? Al comienzo elaboraron Uds. juntos algunos textos. Él era bastante mayor que Ud., trece años...

Creo que incluso veintitrés. Él había nacido en 1904; yo, en 1927.

Tiene Ud. razón, por supuesto. ¿Fue complicado tratar con él?

Yo diría que no. Rahner era una persona que conscientemente quería escuchar a los jóvenes, a los teólogos jóvenes. Eso le facilitaba a alguien como yo la colaboración con él. A la sazón teníamos una buena relación. Sin embargo, ya mientras trabajábamos en este texto del que hablamos me percaté de que pertenecíamos a dos mundos intelectuales diferentes. Él provenía por completo de la escolástica, lo que le otorgaba una gran ventaja, ya que gracias a ello podía entender mejor los contextos en los que habitualmente se desarrollaban los debates. Yo, en cambio, venía de la Biblia y de los padres.

Uds. dos se conocían ya de ocasiones anteriores. ¿Cómo se desarrollaba ahora en concreto la colaboración? ¿Se sentaban los dos juntos a un escritorio en la misma habitación?

En 1962 sí que no sentábamos con frecuencia en la misma habitación y trabajábamos al alimón en un texto. Más tarde dejó de haber esta estrecha colaboración.

¿Puede Ud. trabajar en equipo en un texto?

Si se comparten una idea básica y un propósito fundamental, sí que funciona.

A Hans Küng lo había conocido Ud. ya en 1957 en un congreso de teólogos dogmáticos en Innsbruck. ¿Coincidió también con él en el concilio?

Sí, sobre todo al principio; más tarde, apenas. Alguna que otra vez nos tomábamos una taza de café en la plaza de San Pedro o en la Vía de la Conciliación. Sin embargo, él no participaba en los trabajos de las comisiones, sino que daba charlas meramente privadas a grupos de obispos. En esa medida, lo veía con frecuencia, pero en realidad no en contextos de trabajo.

Küng se dio cuenta enseguida de que, sin ser uno de los participantes, podía conseguir mucho poniéndose a disposición de los medios como, por así decir, intérprete y ocupando de ese modo el primer plano en mayor medida que otros que trabajaban duramente en los textos.

Sí, sí.

El concilio se convocó el 25 de enero de 1959 y ya en 1960 dio Küng a la imprenta un libro titulado El concilio y la unidad de los cristianos. ¿No aportó él nada en el concilio?

A través de los obispos seguro que influyó en la creación de opinión, pero no participó en la elaboración de los textos.

¿Conoció Ud. durante el concilio al cardenal Montini, que luego sería papa con el nombre de Pablo VI?

Creo que no. No, lo conocí siendo yo ya arzobispo de Múnich.

Ud. lo criticó luego aceradamente en una ocasión, siendo ya catedrático en Ratisbona, cuando no solo suspendió el antiguo misal, sino que lo prohibió con efecto inmediato.

«Aceradamente» es mucho decir, creo.

Al parecer no se lo tomó a mal...

No.

O quizá sí... y por eso lo nombró obispo.

No, ja, ja. No, el papa estaba a buen seguro convencido de que, en el fondo, yo iba por completo en su línea.

La década de 1960 fue una época especialmente movida: la guerra de Vietnam, el movimiento hippie, la «Beatlemania», la revolución sexual... ¿Eran conscientes los padres conciliares de todos estos fenómenos?

Creo que tales desarrollos se fueron preparando durante la primera mitad de los años sesenta, pero solo estallaron en todo su dramatismo en la segunda mitad de esa década. En cualquier caso, durante el concilio aún no dominaban la escena mundial. Su gran estallido se produjo en el año 68.

De todas formas, ya en 1963 apareció El vicario de Rolf Hochhuth, una obra de teatro sobre Pío XII y su comportamiento en relación con los nazis. La discusión que se desencadenó a raíz de este drama debería haberle evidenciado a la Iglesia católica la fuerza explosiva del tema. Sin embargo, en vez de abordar el Holocausto, el fascismo y la complicidad de la Iglesia, se debatió sobre la culpa colectiva de los judíos en la crucifixión de Jesús. Esa omisión sigue contribuyendo hasta la fecha a una imagen negativa de la Iglesia ¿Por qué nadie se percató en el concilio de la relevancia de este debate?

Bueno, a la sazón aún se tenía tal conciencia de que Pío XII había protegido a los judíos que esta obra de teatro se vio sencillamente como una malévolamente deformación que no merecía mayor atención. Golda Meir, Ben Gurion y muchos otros habían agradecido vivamente a Pío XII su compromiso. Para la conciencia judía, Pío XII era una de las fuerzas importantes, luminosas, positivas. Solo después de la obra de Hochhuth comenzó a cambiar poco a poco esta conciencia general y de repente surgió una nueva visión de la historia, por entero distinta; como si el papa hubiera sido un activista nazi. En aquel entonces esto resultaba aún tan absurdo que no se podía polemizar al respecto.

En esos años mantuvimos numerosos encuentros con judíos, y ninguno de ellos apuntó nada en este sentido. Sin embargo, todos insistieron en que el concilio debía promulgar una declaración que propiciara una relación positiva entre la Iglesia y el judaísmo. Una declaración que valorara positivamente el judaísmo y desmontara con ello los antiguos prejuicios que habían posibilitado que pasara algo así. A esto le daban ellos mucha

importancia. Y el concilio terminó aprobando, en efecto, una declaración que los judíos todavía hoy reconocen como un documento fundamental sobre este asunto. Tampoco por parte de los amigos judíos afloró nunca la idea de que se debía defender a la Iglesia o explicar por qué no había hecho más.

Con independencia de la figura de Pío XII, el hecho de que no se tratara el drama de la guerra mundial, el drama de los sistemas políticos ateos, dictatoriales y despreciadores de los hombres en Occidente y Oriente, resulta de todo punto incomprensible desde la perspectiva actual.

En aquella época, la situación era realmente distinta. Estaba la enorme presión de la Unión Soviética, que ya se había tragado media Europa. La crisis de Cuba se entendió como una señal de que el mundo podía explotar en cualquier instante. Todo el mundo sabía que Hitler había sido un criminal, que Alemania, encabezada por una banda de criminales, había perpetrado monstruosidades. Pero la amenaza que se cernía sobre el presente era tan grande que no se reflexionó ya sobre el pasado, sino que pudo más la sensación de estar bajo el peso de tal amenaza.

Sus libros sobre los distintos periodos de sesiones del concilio fueron sus primeras publicaciones prominentes. Incluso fueron publicados de forma seriada en un diario.

Cierto, pero no debe verse en ello ninguna proeza. Siempre se trataba de pequeños informes. El primero fue una conferencia que dicté en el aula magna de Bonn, llena hasta arriba. Eso fue realmente un acontecimiento académico. El objetivo no era otro que transmitir información y proponer una interpretación con el fin de que las personas interesadas pudieran saber qué estaba ocurriendo de verdad en el concilio. Había tantas intervenciones a diestro y siniestro que se deseaba escuchar la voz de un participante directo y, en cierto sentido, corresponsable; y resultó útil que se oyera.

¿No hubo protestas maliciosas?

El bueno de Schmaus dijo que yo era un «teólogo adolescente» y otras cosas por el estilo. Pero, por lo demás, entre los teólogos alemanes no escuché en realidad nada de eso.

En sus memorias habla de «la sobrecarga de trabajo de la época del concilio». Y dice que, cuando comenzó sus clases en Tubinga en el semestre de verano, se encontraba en «un estado de salud bastante malo».

Eso fue en el verano de 1966. Todo aquello supuso para mí un gran esfuerzo. Por una parte, todavía estaba en Münster; por otra, ya se me había concedido la cátedra en Tubinga. Por consiguiente, me desplazaba con frecuencia de Münster a Tubinga y al revés, lo que no resulta fácil en tren. Precisamente al principio había mucho que hacer en Tubinga, en una universidad tan exigente, con un alumnado muy seguro de sí mismo. Por otro lado, Münster también representaba un peso. Visto así, sí que era mucho.

Por lo demás, en sus memorias habla muy a menudo de su estado de salud. Su nombramiento como arzobispo de Múnich lo comenta con la frase: «Aunque mi mala salud era generalmente conocida». O sea, que una y otra vez hubo situaciones problemáticas desde el punto de vista de su salud.

(El papa se ríe). Pero eso hace que uno se cuide más y llegue a viejo.

¿Ha tenido que ser operado alguna vez?

No. Me pusieron un marcapasos, eso sí. Pero no ha habido otras operaciones.

¿Cuándo ocurrió eso?

Creo que fue en 1997.

El concilio lleva un año en marcha cuando en diciembre de 1963 su madre, tras un largo padecimiento a causa de un cáncer, muere en casa de su hermano en Traunstein.

¿Llegó a tiempo de despedirse de ella?

Sí. Había dejado Roma antes de tiempo y viajado a casa ya el día de Todos los Santos. Ella acababa de quedar postrada en cama. Por lo que recuerdo, ya no regresé a Roma. En cualquier caso, pude acompañarla durante varias semanas en su camino hacia la muerte.

¿Sabían Uds. que había llegado su hora?

Sí. Desde enero apenas podía comer ya. Y desde julio solo podía ingerir líquidos. A pesar de ello, seguía llevando la casa. A finales de octubre, sufrió un colapso mientras hacía la compra en una tienda de alimentación. A partir de ese momento, estaba claro que no había esperanza.

Así pues, pudo acompañar en los últimos días de sus respectivas vidas tanto a su padre, quien murió en agosto de 1959, como a su madre.

Así es; eso representó para mí un gran consuelo. Para todos nosotros.

Su actitud frente al concilio fue cambiando paulatinamente. En su libro Resultados y problemas del tercer periodo del concilio, publicado en 1965, se dice todavía: «El concilio y, con él, la Iglesia se han puesto en camino. No existe motivo alguno para el escepticismo y la resignación. Tenemos, en cambio, todas las razones para la esperanza y la alegría, para la paciencia». Pero ya el 18 de junio de ese mismo año, en una conferencia pronunciada ante la asociación de estudiantes católicos de Münster, afirma que la gente empieza a «preguntarse si las cosas no estaban mejor bajo el gobierno de los llamados conservadores de lo que pueden estar bajo el dominio del progresismo». Un año más tarde, en julio de 1966, en la Jornada Católica [Katholikentag] de Bamberg traza un balance que rezuma escepticismo y desencanto. Y en una clase en Tubinga en 1967 advierte de que ahora la fe cristiana se encuentra envuelta «por una niebla de incertidumbre... como en pocas ocasiones anteriores en la historia». ¿Forma parte de la fatalidad del concilio el hecho de ser el inicio de una división intraeclesial que en el fondo perdura hasta la fecha?

Diría que sí. La voluntad de los obispos era renovar la fe, ayudar a que fuera más profunda. Sin embargo, otras fuerzas intervinieron con creciente intensidad, en especial los periodistas, quienes reinterpretaron muchas cosas de manera completamente nueva. En algún momento, la gente se preguntó: si los obispos pueden cambiarlo todo, ¿por qué no podemos hacer todos lo mismo? La liturgia empezó a desmoronarse y a deslizarse hacia lo arbitrario. De ahí que pronto pudiera percibirse también que lo que aquí se había querido positivamente era impulsado ahora en otra dirección.

A partir de 1965 consideré tarea mía aclarar qué era lo que realmente queríamos y qué no.

Como participante en todo ello, como corresponsable, ¿no siente uno remordimientos?

Uno sí que se pregunta si lo ha hecho bien. En especial cuando el conjunto se salió de quicio en tan gran medida, esa fue una pregunta que ciertamente me planteaba. El cardenal Frings sintió después remordimientos muy intensos. Pero yo siempre tuve la conciencia de que cuanto de hecho habíamos dicho y conseguido sacar adelante era correcto y además debía acaecer. En sí, actuamos correctamente, aunque sin duda no previmos bien las consecuencias políticas y las repercusiones fácticas. Se pensó en exceso en lo teológico y no se reflexionó sobre la repercusión que tendrían estas decisiones.

¿Fue un error convocar el concilio?

No, sin duda fue acertado, aunque cabe preguntarse, por supuesto, si era necesario o no. Y desde el principio hubo personas que estaban en contra. Pero, en sí, aquel era un momento en la vida de la Iglesia en el que se aguardaba algo nuevo, una renovación, una renovación desde el todo, no solo desde Roma, un encuentro de la Iglesia universal. En este sentido, era el momento de hacerlo.

Uno de los objetivos del concilio era un papa, así lo formuló Ud. a la sazón, «que no solo confirme textos desde arriba, sino que permita contribuir desde dentro a darles forma». Una nueva fisonomía del primado debía abrir un estilo de «colaboración» del papa y los obispos, en regreso a «aquel espíritu de sencillez que es el sello de su origen». Parece como si Ud., cincuenta años más tarde, hubiera enlazado justo aquí, intentando llevar a la práctica las propuestas del concilio en la interpretación del ministerio, en el estilo, en las palabras, en los hechos, incluso en la apariencia del papa. ¿Es así?

Sí, absolutamente.



9. CATEDRÁTICO Y OBISPO

Münster (1963-1966)

En el verano de 1963, Joseph Ratzinger acepta una cátedra en la facultad de teología católica de la Universidad de Münster, una ciudad con una marcada cultura estudiantil. El joven catedrático y su hermana comparten con varios estudiantes bávaros una casa de una planta en la Avenida Annette von Droste-Hülshoff. Comían juntos los domingos, en ocasiones en un restaurante muy cercano, que tenía el bello nombre de «Hostería en el Reino de los Cielos» [Gasthaus zum Himmelreich].

El hecho de que Ratzinger abandonara Bonn se debió a ciertas desavenencias. Por una parte, algunos de sus doctorandos extranjeros habían tenido problemas en la facultad; por otra, algunos influyentes compañeros catedráticos sentían envidia y celos del joven teólogo conciliar. Se le hizo la vida imposible hasta echarlo, apuntó Hubert Jedin. Ratzinger mismo vio en el cambio «el camino que me ha sido señalado por la providencia», aunque inicialmente la frase se refería a sus dos doctorandos, para los que ahora esperaba obtener mejores condiciones.

En Münster, sus homilias de Adviento pronto suscitaron admiración generalizada. En debates en los que participaban, entre otros, Johann Baptist Metz y Hans Urs von Balthasar, se reveló como un moderador capaz de desenmarañar asuntos complejos y clarificar las posiciones.

Santo Padre, el marcharse de Bonn, ¿fue una de esas decisiones solitarias que uno toma, como si dijéramos, de la noche a la mañana, a veces a consecuencia de un disgusto?

No. Lo hablé naturalmente con el cardenal Frings, ya que yo era perito conciliar suyo en mi condición de catedrático de la facultad de Bonn y no cabía dar por supuesto sin más que, en caso de aceptar la oferta de Münster, pudiera seguir desempeñando esa función. En su estilo paternal, el cardenal, con gran bondad humana y desde su rica experiencia, me dijo que, si realmente me sentía más inclinado a la dogmática que a la teología fundamental, podía aceptar la cátedra de Münster. Marcharme tan solo por enfado –me dijo– sería, sin embargo, una decisión errónea. De hecho, tras una larga reflexión llegué a la conclusión de que en el departamento de dogmática podía desarrollar mi visión de la teología mejor que en el de teología fundamental. Esta fue la razón positiva que me terminó llevando a aceptar la oferta de Münster.

En Münster se encuentra con un círculo de profesores que el filósofo Josef Pieper (1904-1977) congregaba a su alrededor. Se reunían todos los sábados a las tres de la tarde en casa de Pieper, en el número 10 de Malmedyweg. ¿Era aquello una suerte de club inglés?

(Risas). En efecto, Pieper se reunía todos los sábados con el obispo Volk, el romanista Lausberg y el latinista Beckmann; yo me incorporé luego a ese club. Teníamos buenas conversaciones, en las que él relataba sobre todo sus viajes y compartía sus reflexiones. Era una hermosa forma intrauniversitaria de buscar equilibrio.

¿Qué orientación tenía este círculo? ¿Era una especie de fraternidad conservadora?

No, en absoluto. A la sazón, Pieper se veía a sí mismo como progresista, y lo mismo puedo decir de mí. Como alguien que seguía la pista a lo nuevo, por ejemplo, también con una nueva interpretación de Tomás de Aquino. En las clases fascinaba a su auditorio. Él era para Münster lo que Guardini para Múnich. Solo más tarde le ocurrió lo que a De Lubac y a mí mismo. Nos dimos cuenta de que justo aquello que nosotros queríamos, esto nuevo, estaba siendo destruido. Sin embargo, él luego se opuso a ello enérgicamente.

Hablemos de Hans Urs von Balthasar, el gran teólogo suizo. ¿Cuándo lo conoció?

Ya como estudiante leí, por supuesto, cosas tuyas. En 1949 asistí a la conferencia que dictó en la Universidad de Múnich. Ya en Frisinga utilicé textos tuyos en mis clases. Personalmente no lo conocí hasta 1960 en Bonn. Acababa de publicarse el libro de Alfons Auer *Cristiano de cara al mundo*. Von Balthasar consideraba nefasta esta línea, esta clase de apertura al mundo, y nos invitó a Alfons Auer, a Gustav Siewerth, a mí y a alguien más a hablar sobre el tema en Bonn. No sé por qué me invitó a mí. Auer no acudió, con lo que la finalidad de la conversación no se cumplió, pero a partir de ahí surgió una amistad.

Sin embargo, él era muy distinto de Ud.

Él era un auténtico aristócrata: alto, delgado, de porte noble, aristocráticamente reservado. Sencillamente nos entendimos muy bien, desde el primer momento.

Ud. dice una y otra vez: «No soy un místico», pero ahora se hace amigo de un místico.

Sí, ¿por qué no?

En 1965 estaba ya Ud. en Münster cuando Von Balthasar fue investido allí doctor honoris causa. Ese mismo año se habían visto en Basilea. Siguió una extensa correspondencia y en los años ochenta frecuentes conversaciones telefónicas. ¿Cómo era hablar por teléfono con él?

Ja, ja, muy normal. «Hola, soy Balthasar», decía siempre con ese acento tan característico de los suizos. Y luego conversábamos con toda normalidad.

¿Le llamaba Urs?

No, no; no nos tuteábamos.

Uds. impartieron conferencias conjuntamente en la Academia Católica de Múnich y editaron juntos un libro sobre María. Su libro La palabra en la Iglesia está dedicado a Von Balthasar. A la inversa, él le dedicó a Ud. su obra en cinco volúmenes Ensayos de teología. ¿Qué había de especial en esta relación tan intensa?

Yo realmente tropecé con él en 1961, cuando la revista *Hochland* me envió dos tomos recién aparecidos de sus *Ensayos teológicos*, en concreto *Verbum caro* y *Sponsa verbi*, para que los recensionara. Para poder hacer buenas reseñas, naturalmente tuve que leerlos a fondo. A partir de ello, Von Balthasar cobró forma para mí. En él había presencia de los padres de la Iglesia y una visión espiritual de la teología, que se elabora realmente a partir de la fe y de la contemplación, que se sumerge en lo profundo y, con ello, al mismo tiempo vuelve a ser nueva. No esas disquisiciones académicas que no hay por dónde tomar, sino una lograda síntesis de erudición, verdadera profesionalidad y profundidad espiritual. Eso fue lo que me conquistó de él. En adelante permanecemos ya siempre vinculados.

¿Auténticas almas gemelas?

En efecto. Aunque yo no podía competir con él en erudición. Pero la intención, la visión como tal, eso sí lo compartíamos.

¿No podía competir Ud. con él en erudición?

No, en absoluto. Realmente no. Es increíble lo que este hombre escribió e hizo. No era doctor en teología. Era germanista y, cuando quería encomendarle algo en la comisión teológica, siempre decía: «¿Sabe Ud.? Yo no soy teólogo y no puedo hacer eso». Y otras veces: «¿Sabe Ud.? En Basilea no tenemos ninguna buena biblioteca».

En la relación con Von Balthasar, ¿había solamente un plano intelectual y espiritual o también un plano personal?

Existía también un plano personal. Por ejemplo, en una ocasión me invitó al Rigi [una montaña en los Alpes suizos], a una casa de alguna persona rica que la había puesto a su disposición. Pasamos juntos un par de días en las praderas alpinas. Cuando íbamos a misa, siempre llevaba un paquete de cartas que echaba al buzón. Las había escrito muy temprano, en serie, con su bella letra. Todo le brotaba de dentro así, sin más, sin dificultad. También los libros los escribía de este modo. La señora Capol, su secretaria, los revisaba luego, corregía algún que otro error y los dejaba listos para la imprenta.

¿Cómo debe imaginarse uno esos días que pasaron Uds. dos solos en la montaña?

(*Ríe*). Bueno, por la mañana trabajábamos por separado, a mediodía comíamos juntos y luego salíamos a pasear. Por allí se pueden hacer ciertamente buenas excursiones, sin necesidad de ser alpinista.

¿Conoció Ud. también a Adrienne von Speyr, la compañera espiritual de Von Balthasar? Era médico y mística, de origen protestante. Sus visiones –por ejemplo, sobre el Apocalipsis– se las dictaba a Von Balthasar, quien luego las preparaba para la imprenta.

No, ella ya no vivía. En los años del concilio no pude mantener el contacto con él. Eso vino solo después, en los años que pasé en Tubinga, y para entonces ella ya había fallecido.

¿No le gustaba a Ud. la obra de Von Speyr?

A mí no. Eso nos diferencia. Pero también hay que decir que él era una persona de impronta mística.

¿Le criticó Von Balthasar a Ud.? Supuestamente hay algún pasaje en el que dice: «Si Ratzinger no evoluciona, carecerá de toda una dimensión». Se trataba de asumir la cruz como norte.

Ah... ¿sí? ¿Dónde está escrito eso?

Creo que me lo dijo su antiguo compañero Johann Baptist Metz.

Ah... ¡qué interesante! ¿Ha hablado entonces Ud. con Metz?

Sí.

¿Y qué, resultó bien?

Me llamó la atención que ahora, ya al final de su vida, se pregunte si el concepto de «teología política», que él acuñó, no fue un error, si en último término no habrá sido

quizá todo paja. Asegura que tenía en mente algo muy distinto de lo que luego se ha entendido bajo ese nombre. Por lo visto también lamenta que Ud. haya interpretado su teología casi como si fuera una teología en el sentido de Ernst Bloch.

Es que realmente había algo de eso. Y él procedió de forma un tanto ingenua. Además, me sorprendió que presumiera de elaborar teología política como algo novedoso, desconociendo al parecer que ya en 1935 Erik Peterson publicó un artículo, nacido de la disputa con Carl Schmitt, sobre la idea que este tenía de teología política y en el que la criticaba de raíz. Pero debo añadir que Metz ha actuado sin cesar como gran animador de la teología y que es muy certero a la hora de percibir las cuestiones esenciales. También se ha mantenido siempre dentro de la fe de la Iglesia. Por lo demás, le agradecí mucho que, a despecho de todas las discrepancias entre nosotros, me invitara como conferenciante a la celebración de su septuagésimo cumpleaños.

Volvamos a Von Balthasar y a que le criticó...

Es perfectamente posible. Era un hombre de una visión abarcadora, y en general cualquiera puede ver en alguna ocasión algo que otro no ve. Lo encuentro muy normal.

Desde Münster siguió participando en el concilio. Sus clases se llenaban. Los apuntes se multicopiaban y circulaban por toda Alemania. Pero solo tres años más tarde vuelve a haber una despedida, esta vez hacia Tubinga, donde, con el apoyo de Hans Küng, ha obtenido una cátedra. De algún modo, este marcharse de los sitios es un motivo que se repite en su vida. Y de nuevo resultó de todo punto incomprensible que Ud. abandonara amigos, compañeros y observadores. ¿O hubo alguna razón que hasta ahora no ha revelado?

(*Se ríe*). No. Aquella resultó en verdad una decisión difícil para mí. La razón para marcharme de Münster no fue otra que la sensación de encontrarme demasiado al Norte. Me considero bávaro hasta tal punto que vivir en Münster sencillamente me suponía a la larga estar demasiado alejado de mi terruño. Sobre todo sabiendo que mi casa estaba en Ratisbona con mi hermano [P. S.: Georg Ratzinger había sido nombrado entretanto maestro de capilla de la catedral y director del mundialmente famoso coro infantil *Regensburger Domspatzen*, los Ruiseñores de la Catedral de Ratisbona]. En tren, el viaje se hacía interminable. Otra razón fue que intuí que con la teología política de Johann

Baptist Metz estaba irrumpiendo una orientación teológica que introducía la política en la fe de manera indebida. Y no me habría agradado vivir con continuas disputas en la propia facultad. Máxime dado que humanamente me entendía bien con Metz. Así las cosas, me pareció más conveniente mudarme a Tubinga e ingresar allí en la tradición tubinguesa.

¿Cómo pudo Ud. imaginar que las circunstancias en Tubinga serían distintas? En una ciudad protestante, en la que los profesores de teología protestantes no necesariamente lo iban a llevar en palmitas. Y menos aún tratándose de alguien que había empezado a criticar el concilio.

Ni yo mismo puedo dejar de admirarme de mi ingenuidad. Aunque tuve relaciones extraordinarias con numerosos catedráticos de la facultad de teología protestante. Había gente en verdad sobresaliente: Otto Michel, Ulrich Wickert, etc. Martin Hengel no estaba aún allí. Lo cierto es que consideré ingenuamente que Küng, aunque hablara más de la cuenta y dijera insolencias, en el fondo quería seguir siendo teólogo católico. Había dictado una conferencia muy bella sobre la unidad de la Escritura, que realmente era muy positiva, y otras cosas. Pero yo no podía prever que luego se iría distanciando cada vez más.

Tubinga (1966-1969)

El traslado de Münster a Tubinga se realizó en el viejo Opel Kadett de Vinzenz Pfnür, su «discípulo primigenio», como Ud. mismo lo llamaba. ¿Por qué no se sacó nunca el permiso de conducción?

Eso no lo sé ni yo mismo...

¿Porque su hermana era muy miedosa?

No, no; yo no me habría dejado disuadir por ello. Mi padre dijo que sus tres hijos debían tener el permiso de conducción... ¡y ninguno de los tres nos lo sacamos! Sencillamente no encontré tiempo. Debo reconocer además que tenía, en efecto, la sensación de que sentarme al volante de una máquina como esa no era para mí. Ir de un lado a otro con el

coche también me parecía en aquel entonces demasiado peligroso. Lo del Opel Kadett es, sin embargo, una confusión. Uno de mis ayudantes, el señor Lehmann-Dronke, me llevó, junto con mis enseres, de Tubinga a Ratisbona en un antiquísimo Volkswagen, en un «escarabajo». Al llegar a Ratisbona, un policía nos paró y examinó recelosamente el coche, dada su arcaica condición, pero todo estaba en orden... De Münster a Tubinga, sin embargo, viajé en tren.

En Tubinga se siente enseguida a gusto. Habla Ud. de la «magia de la pequeña ciudad suaba», que le cautivó «profundamente».

Bueno, es que Tubinga es sencillamente bonita. Ya solo la plaza del mercado, con la iglesia protestante; luego, la *Gógei* [P. S.: el antiguo barrio de los viticultores, en el casco antiguo], y abajo las vegas a orillas del río Neckar, etc. Desde mi casa podía ver la ermita de Wurmlinger, que estaba justo en frente.

Sus alumnos de Tubinga lo describen como sumamente afable. Dicen, sin embargo, que no era Ud. muy hablador.

Eso no lo sé. (*Risas*). Pero es cierto que no soy conversador por naturaleza. Mi hermano es muy distinto en este aspecto.

Trabajar siempre con las personas disponibles parece haber sido permanentemente uno de sus principios. De ahí que no exista un grupo de discípulos homogéneo, porque Ud. no excluía a nadie.

Tener personas diferentes siempre es bueno.

Sus coloquios de doctorandos comenzaban siempre con una misa, lo que en Tubinga resultaba bastante exótico. En una ocasión visitó con sus alumnos al teólogo protestante Karl Barth en Suiza. ¿Cómo surgió esta relación?

Ya por influencia de Gottlieb Söhngen era yo, por así decirlo, «barthiano», pero un barthiano crítico. Barth se contaba entre los padres teológicos con los que yo crecí. Por otra parte, la relación vino a través de Von Balthasar, que era gran amigo de Barth. Y así

se nos ocurrió la idea de viajar a verlo. Ya era muy mayor. No mantuvimos con él una conversación demasiado profunda, pero ya el solo hecho de visitarlo fue bonito.

¿Lo veneraba Ud. mucho?

Sí. Y yo también le gustaba a él. En mi viaje a Alemania como papa en 2010, Nikolaus Schneider, el presidente de la Iglesia Evangélica en Alemania, me dijo que Karl Barth siempre les insistía: «¡Lean a Ratzinger!».

¿Leyó Ud. en aquel entonces a Sartre?

A Sartre había que leerlo. Su filosofía la escribió fundamentalmente en cafés. Eso hace que sea menos profunda, pero más penetrante, más realista. Tradujo a lo concreto el existencialismo de Heidegger. En él se ven con mayor claridad las alternativas. Pieper había puesto muy bien esto de relieve.

¿Tuvo contacto en Tübinga con Ernst Bloch?

Estuve una vez como invitado en casa de Bloch. En un grupo pequeño, seis, siete personas quizá. Fue curioso, debo decir. En el grupo había también un árabe; es posible que incluso lo llevara yo. En cualquier caso, alguien tenía una pipa de agua, y Bloch dijo: «Hacía ya tiempo que tenía ganas de volver a usarla». Sin embargo, luego se puso de manifiesto que no sabía en absoluto cómo manejarla. (*Risas*).

¿Y cómo le cupo el honor de recibir tal invitación?

Ya no me acuerdo; no sabría decirle.

¿Tenía su hermana algún problema con la relación con los profesores?

Bueno, es cierto que con la gente totalmente desconocida no se sentía a gusto. Pero a ciertos profesores, como Küng y algunos otros, los invitábamos con frecuencia. Eso sí que le agradaba.

¿Ella era más bien reservada?

Sí, sí, en efecto.

¿Representaba eso un problema para Ud.?

No.

Su hermana no era necesariamente una dama de sociedad.

No, no lo era, a buen seguro. Pero tampoco necesitaba serlo.

En Tubinga adquirió Ud. su primer televisor. Su hermano Georg opinaba que eso se debió a su «adicción a las noticias».

(Breve carcajada). No, en realidad yo no quería comprarlo, pero era muy amigo del capellán de estudiantes, el padre Starz, un hombre muy bueno. Un día vino a verme y me dijo: «¿Sabes qué? Hoy vamos a ir con el coche a tal y cual sitio y vamos a comprar un televisor». Fuimos a uno de esos supermercados... Allí se podía comprar embutido y carne, y entre latas de carne y otras conservas había un par de televisores. Nos llevamos uno de ellos, que no salió demasiado bueno.

En 1968 se publicó su Introducción al cristianismo. Lo especial de esta obra es que el texto en realidad no fue pensado originariamente como libro. ¿O sí?

Sí, sí. Ya en Bonn el director de la editorial Kösel, el Dr. Will, me decía que debía escribir un libro sobre la esencia del cristianismo. Me lo repetía sin cesar y luego empezó a insistir con creciente intensidad. En Tubinga, Küng y yo teníamos clase en semestres alternos. Un semestre impartía yo el curso principal; el siguiente semestre lo hacía él, y yo estaba libre de docencia. En uno de esos semestres pensé: «Ahora es el momento; ahora imparto esto como curso y luego lo convierto en un libro».

Así pues, ¿la Introducción al cristianismo no nació de los apuntes de los alumnos?

No. Lo escribí en mi propia taquigrafía, luego lo dicté y posteriormente pulí ese borrador.

Hace tiempo que esa obra se convirtió en un clásico y de ella se han publicado innumerables ediciones en el mundo entero. Ha impresionado a varias generaciones de lectores, incluido un tal Karol Wojtyla, que más tarde sería papa con el nombre de Juan Pablo II. ¿Le sorprendió el éxito del libro?

Sí, la verdad es que sí.

Nadie contaba con ello.

No, realmente no. Aún se vende.

Y seguirá vendiéndose aún muchas décadas. Ud. utiliza una taquigrafía propia, con abreviaturas especiales. Alguien contó que para una larga conferencia le basta con una cara de una hoja de papel de tamaño DIN-A4. ¿Escribió también los libros sobre Jesús en taquigrafía?

Todo lo escribo en taquigrafía. De lo contrario emplearía demasiado tiempo en escribir. Me viene a la cabeza Rahner, cuando escribíamos juntos. Suspiraba con su peculiar acento friburgués (*lo imita*): «¡Qué aburrido es escribir todo esto!». (*Risas*). Es mejor usar taquigrafía.

Con el teólogo suizo Hans Küng, quien luego verdaderamente lo persiguió durante décadas con injurias y calumnias –por ejemplo, que Ud. era una persona malvada y ávida de poder, que había montado un sistema de vigilancia comparable a la Stasi [Servicio Secreto de Seguridad del Estado] de la extinta República Democrática de Alemania y que incluso tras su renuncia quería seguir gobernando como «papa en la sombra»–, se entendía Ud. aún de maravilla en 1968 en Tubinga. Sin embargo, él tenía un estilo de vida totalmente distinto del suyo. Mientras que él aparecía con el Alfa Romeo, Ud. llegaba siempre a la facultad en su vieja bicicleta. En comparación con Ud., Santo Padre, Küng era todo un burgués.

Su extracción social era, por supuesto, muy distinta de la mía; era natural de Sursee y su familia tenía un negocio de calzado y una noble casa burguesa. Estábamos cortados por patrones muy distintos, sin duda.

Una de sus expresiones era: «En este punto estoy de acuerdo con el compañero Küng». Küng, en cambio, solía decir: «Comparto esencialmente la opinión del compañero Ratzinger». Los dos eran directores de la colección en la que luego se publicó también la obra de Küng La Iglesia.

Ese fue el punto en el que intuí claramente que aquello no podía seguir así y en el que me decidí a abandonar la dirección compartida de esa colección. El libro de Küng todavía se publicó conmigo como codirector, pero creo que fue el último.

¿A quién le presentó la renuncia?

Escribí una carta en la que decía que no quería seguir siendo codirector de la colección.

¿Le escribió esa carta a Küng?

Quizá también a Herder [Herder Verlag (Editorial Herder), en Friburgo de Brisgovia]. Ya no me acuerdo.

¿Sin aducir razón alguna?

No era necesario.

Küng debió de tomarse aquello como una afrenta.

Nunca nos peleamos, pero sí que vimos –yo quizá con mayor claridad que él– que nuestros caminos divergían crecientemente.

En el cargado ambiente del año 68 se promulgó también, el 25 de enero, la encíclica Humanae vitae de Pablo VI, la llamada «encíclica de la píldora». ¿Qué le pareció a Ud. en aquel entonces?

La *Humanae vitae* fue para mí, en mi situación de aquella época y en el contexto del pensamiento teológico en el que me encontraba, un texto difícil. Era indudable que en ella se hacían afirmaciones esencialmente válidas, pero en aquel entonces el modo de argumentación no nos resultó satisfactorio, tampoco a mí. Yo busqué una perspectiva

antropológica más abarcadora. De hecho, Juan Pablo II complementó el planteamiento iusnaturalista de la encíclica mediante una visión personalista.

En el curso posterior de su vida, Hans Küng se convertiría, como ya se ha dicho, en un poderoso contrincante suyo. No es exactamente como lo que ocurrió entre Mozart y su adversario Salieri, pero su mala fama se la debe Ud. esencialmente a su antiguo compañero, al que incluso recibió tras su elección en 2005. ¿Qué se esconde detrás de esta historia?

Bueno, su camino teológico iba en otra dirección y se ha radicalizado cada vez más. Yo no podía, más aún, no debía seguirle. Desconozco las razones por las que luego me singularizó a mí como adversario. Pues también otros han escrito contra él, empezando por Rahner.

Los hostigamientos contra Ud. no han cesado, ni siquiera al final.

Eso es algo que hay que asumir.

En el concilio trabajó Ud. con Rahner; Hans Küng lo recomendó a Ud. para la cátedra de Tubinga; Ud., a su vez, se pronunció a favor del izquierdista Metz como sucesor suyo en Münster. ¿Cambió Ud. de bando en algún momento? ¿Qué pasó?

Vi que la teología no era ya interpretación de la fe de la Iglesia católica, sino que reflexionaba sobre sí misma, sobre cómo podía y debía ser. Como teólogo católico, para mí aquello no era conciliable con la teología.

En aquella época se presentó una petición para la supresión del celibato obligatorio de los presbíteros católicos, que Ud. también firmó. ¿Fue aquello un desliz?

El texto que redactaron Rahner y Lehmann se debatió en la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Alemana, de la que formábamos parte ellos y yo. Aquello era tan enrevesado como es todo lo de Rahner: por una parte, se abogaba por el celibato; por otra, se intentaba mantener abierta la cuestión, para seguir reflexionando sobre ella. Firmé sobre todo por amistad con los otros. Aquello, por supuesto, no fue una decisión afortunada. Pero he de decir que no se trataba de una exigencia de suprimir la

obligación del celibato. Era un típico texto rahneriano, en el que de forma alambicada se sostenía un sí pero no y que, por eso, podía interpretarse tanto en una como en otra dirección.

Ud. siempre ha subrayado que no dio ningún giro de ciento ochenta grados hacia su pensamiento anterior.

Creo que eso lo puede afirmar cualquiera que lea mis textos.

Comienza la fase caliente de la rebelión estudiantil, con sentadas, boicots a las clases, huelgas. ¿Vivió Ud. de cerca las manifestaciones a pie de calle?

No.

Su aspecto juvenil le habría permitido pasar por estudiante en todas partes.

Puede ser. (Risas). A la sazón tenía una relación muy estrecha con el decano de la facultad de derecho, el Prof. Peters, cuyo decanato estaba junto a mi despacho. En aquella época entré a formar parte también, dicho sea de paso, de una asociación llamada *Freiheit der Wissenschaft* [Libertad de la ciencia], para la que me había ganado Hans Maier. Trabajamos estrechamente con compañeros que querían poner coto a los más burdos desmanes.

¿Fue la rebelión estudiantil un trauma para Ud., como Hans Küng no se cansa de difundir?

En absoluto. En mis propias clases nunca tuve altercados. Sin embargo, viví de forma dramática el terror reinante.

Hans Küng publicó en 1970 su polémico escrito ¿Infalible?, asociado a la promulgación de la encíclica Humanae vitae. En la recensión que Ud. hizo de este libro afirmó que su compañero había dejado de moverse en el marco de la catolicidad. ¿Estuvo claro a partir de ese momento que el vínculo entre Uds. se había roto?

Sí, por supuesto.

¿En qué modo contribuyó Ud. a que le fuera retirada a Küng en 1979 la licencia eclesiástica para enseñar teología católica?

Directamente no intervine en ello en modo alguno. En los años previos se me pidieron alguna que otra vez informes y siempre dije: «¡Dejadlo!». Me parecía necesario aclarar que sus posiciones no eran teológicamente correctas, pero nunca aconsejé tomar medidas contra él. El cardenal Franjo Šeper, mi predecesor al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, tenía un gran disgusto porque no se hacía nada al respecto. Estaba realmente furioso. «Llevo quince años aquí», decía, «la Iglesia está siendo destruida y no hacemos nada. Si vuelve a pasar esto, me marchó». Había llegado ya al punto en el que no podía seguir tolerando –ni podía conciliar con su conciencia– que no pasara nada. En fechas prenavideñas, Juan Pablo II nos invitó a los cardenales alemanes –Höffner, Volk y yo mismo–, así como al arzobispo de Friburgo de Brisgovia y al obispo de Rotemburgo-Stuttgart, a valorar de nuevo el asunto con él. Pero la decisión estaba ya tomada. Y con la abstención del obispo de Rotemburgo, acordamos que Küng no podía cambiar ya lo dicho, que debía responder de ello.

¿Fue juzgado Küng sin escucharlo y sin permitirle ver las actas del proceso?

No. Yo entonces no estaba en Roma, pero existen procedimientos que se respetan. Por regla general, las actas de los procesos, como tales, no se remiten al interesado, pero él sabía cómo estaban las cosas, se le preguntó y pudo responder.

Ratisbona (1969-1977)

Por fin parece que todo está bien encauzado. El joven catedrático se encuentra de regreso en la amada patria bávara, lo que alegra especialmente a su hermana Maria y a su hermano Georg. Conforme a los turnos preestablecidos, Ratzinger se convierte en decano de la facultad de teología y en 1976 es elegido vicerrector de la universidad. Y sueña con ampliar su obra teológica. En esta época aparecen importantes obras suyas como Das Geheimnis von Tod und Auferstehung [El misterio de la muerte y la resurrección] y El nuevo pueblo de Dios: esquemas para una eclesiología, en la que Ratzinger reflexiona, entre otras cosas, sobre la «colegialidad de los obispos» y la

«renovación de la Iglesia». Ahora puede abordar sobre todo las cuestiones relativas a la muerte y la inmortalidad, la vida eterna, la parusía de Cristo y el juicio final. De la obra que dedica a esta temática, Escatología, él mismo dice que es su libro más elaborado.

En ningún lugar ha permanecido Ud. demasiado tiempo. Como un solitario, que no necesariamente se adapta. Ya antes se había marchado de Bonn y de Münster; ahora también abandona Tubinga.

Con todo, fui prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe desde 1982 hasta 2005.

Pero ya después del primer periodo quería dejarlo.

Bueno, sí, pero estaba claro que no era posible. (Risas).

En Ratisbona, donde quería echar raíces, no pudo hacerlo. ¿Habría sido la dicha de su vida?

Se podría decir que sí.

Ya tenía decidido construir en Ratisbona una casa para Ud. y sus hermanos, pero de repente es arrancado de allí. Se lleva un buen disgusto cuando el nuncio le comunica personalmente que el papa desea nombrarlo nuevo arzobispo de Múnich. Disgusto e incomprensión, no solo porque no podrá enseñar ya teología, algo que Ud. consideraba su verdadera profesión, sino también porque en las instancias superiores, como Ud. mismo lo formulará más tarde, deberían haber sido conscientes de «mi falta de familiaridad con las tareas de gobierno y administración». ¿Es esta la gran fractura en su vida, el final de sus sueños?

Sí, pero uno también sabe que no se puede vivir de los sueños.

Tras una noche de lucha interior, firma Ud. el consentimiento en la habitación de un hotel de Ratisbona. ¿En qué hotel fue?

Fue en... oh, Dios mío, ¿cómo se llamaba? Cuando uno va desde la estación de ferrocarril hacia el centro de la ciudad... en cualquier caso, allí, a mano derecha había un

hotel. No sé si seguirá existiendo.

Su confesor, con quien esa dramática noche consultó qué decisión debía tomar, era el Prof. Johann Auer, quien –escribe Ud. en sus memorias– «conocía de manera muy realista mis límites tanto teológicos como humanos». ¿A qué se refería Ud. con «límites humanos»?

Bueno, él opinaba que yo –¿cómo lo diría?– aún tenía mucho que aprender, que en modo alguno era perfecto, que tenía problemas. Éramos amigos, pero justo como amigo también me hacía correcciones fraternas, precisamente porque había percibido mis límites.

Pero en realidad él le animó a dar el paso.

Eso es lo curioso. Yo esperaba que me dijera: «No, eso no puedes aceptarlo». Porque, por lo demás, siempre me decía también: «¡Eso es una tontería!», o que hacía esto o lo otro equivocadamente, etc. De ahí que pensara que me diría: «¡Eso no es para ti!».

¿Es posible que se refiriera con ello a su timidez?

Quizá no era eso. También, pero...

Según uno de sus antiguos ayudantes, su carácter reservado llegaba hasta el punto de que sacarlo a Ud. de la jaula de cristal requería una habilidad especial.

(Se ríe). Eso es un poco exagerado.

En cualquier caso, en Auer tenía Ud. a alguien con quien evidentemente podía hablar cosas muy personales.

Sí, en efecto.

Múnich (1977-1982)

Después de casi veinticinco años de actividad docente en universidades alemanas, el Dr. Joseph Ratzinger es nombrado arzobispo de Múnich y Frisinga por bula de Pablo VI con fecha de 25 de marzo de 1977. En la capital de Baviera se revela como uno de los más elocuentes analistas de la sociedad y contribuye indudablemente a responder a los interrogantes éticos del presente. Sus homilias son muy demandadas. Se publican los volúmenes recopilatorios: La eucaristía, centro de la Iglesia, Christlicher Glaube und Europa [La fe cristiana y Europa], Glaube – Erneuerung – Hoffnung [Fe, renovación, esperanza], cuyo subtítulo reza: «Reflexión teológica sobre la situación actual de la Iglesia».

El 6 de agosto de 1978 falleció Pablo VI. En el cónclave subsiguiente tuvo lugar, después de un saludo más bien fugaz en el sínodo del año anterior, su primer encuentro personal con Karol Wojtyla, el cardenal de Cracovia. ¿Qué recuerdo guarda Ud. de este acercamiento inicial?

Él había hablado ya de vez en cuando en el precónclave, y sus palabras siempre me habían impactado. Tenía la impresión de que se trataba de una persona reflexiva con una sólida formación filosófica, pero también de una persona especialmente devota y pía, de una persona afectuosa y buena. Todo esto se confirmó en el encuentro personal. Una persona culta y con humor, de afectuosa humanidad y profunda fe.

¿En qué idioma hablaron Uds.?

En alemán. Él lo hablaba muy bien. Era el primer idioma extranjero que había aprendido y también el que mejor dominaba. Había empezado a estudiarlo en el primer curso de secundaria.

Karol Wojtyla, primero obispo auxiliar y luego arzobispo de Cracovia, participó en el concilio al igual que Ud. ¿No tropezaron en aquel entonces uno con otro en Roma?

En el concilio, no. Pero yo había oído hablar de él. Sabía que era filósofo y que acababa de dictar una conferencia en un congreso de filósofos en Nápoles.

El cónclave celebrado en agosto había elegido como papa Albino Luciani, que adoptó el nombre de Juan Pablo I, el «papa sonriente», como enseguida empezó a conocerse. Pero solo treinta y tres días después la Iglesia católica tuvo que volver a dar sepultura a un papa. Y luego se reunió de nuevo la gran asamblea eclesiástica. Ud. participó en ambos cónclaves como cardenal de Múnich. En el segundo aguardaba una gran sensación. Pues en la persona de Karol Wojtyla se eligió papa por primera vez en quinientos años a un no italiano. ¿Desempeñó Ud. un papel importante en la elección de Wojtyla?

No, no lo creo. Yo era uno de los cardenales más jóvenes y ni siquiera me permití pensar que podía desempeñar allí rol alguno. Yo estoy por principio contra conjuras y cosas por el estilo, máxime en la elección del papa. Cada cual debe votar según su conciencia. Es cierto que los cardenales de lengua alemana hablamos entre nosotros, pero no hubo confabulación alguna.

Se dice, sin embargo, que los cardenales de lengua alemana alineados con el cardenal König de Viena apoyaron de manera determinante la elección de Wojtyla.

Apoyo sí que se le dio, desde luego.

Ud. personalmente, ¿se mantuvo por completo al margen?

Solo puedo decir que el cardenal König habló fuera del cónclave con varios cardenales. Lo que ocurrió dentro sigue siendo secreto. Yo, como arzobispo recién nombrado, me mantuve por entero al margen de actividades públicas. Los cardenales de lengua alemana nos reunimos y deliberamos sobre la situación. Pero yo no hice ningún tipo de política. Dada mi situación, no me pareció adecuado.

¿Se asustó cuando se supo que el elegido era el cardenal polaco?

No, en absoluto. Yo quería que saliera él. El cardenal König había hablado conmigo. Y el trato personal con él, si bien breve, me había convencido de que él era realmente el hombre idóneo.

El 16 de octubre de 1978 se inicia el pontificado número doscientos sesenta y cuatro de la Iglesia católica. El nuevo papa, que se presenta como alguien que viene «de un país lejano», inaugura una nueva era, en la que el mundo se transformará en una medida que nadie imaginaba entonces. Con la elección de Wojtyla cambia asimismo su situación personal. Pues ahora es papa alguien que quiere tenerlo a su lado a toda costa, y además en Roma.

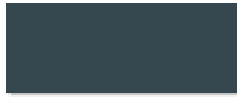
Algo que yo entonces no sabía, pero que pronto iba a ponerse de manifiesto.

¿Cuánto tardó en hacerlo? ¿Cuándo exactamente le llegó la llamada por primera vez?

Ahora no puedo ya datarlo. Sabía que me quería junto a él. Un año antes hubo que nombrar a un nuevo responsable de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ya entonces quiso el papa que fuera yo. Pero le dije: «Eso no es posible. Llevo muy poco tiempo en Múnich; he hecho una promesa y ahora no puedo irme sin más». Y entonces fue nombrado el cardenal Baum de Washington. Cuando poco después se presentó de nuevo la situación, en realidad no podía ya negarme. Aunque puse una condición que consideraba irrealizable. Dije: «Solamente puedo aceptar el nombramiento si se me permite seguir publicando». Al principio él dudó, pero se informó y descubrió que el cardenal Garrone, el predecesor de Baum, había publicado, y entonces me dijo: «Puede publicar».

¿No es afrentar al papa poner condiciones para aceptar un nombramiento?

(*Risas*). Quizá, pero me pareció que era mi obligación hacerlo. Porque consideraba un deber interior poder decir algo a la humanidad.



10. PREFECTO

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe - Roma (1982-2005)

En la despedida de Múnich, se evidenció hasta qué punto se había enraizado entretanto Ratzinger en la ciudad, en toda Baviera. El ministerio episcopal le había transformado en un pastor cercano al pueblo. Nunca un cardenal alemán había sido despedido con tantas alabanzas, con mayor participación del conjunto de la sociedad, de lo cual formó parte incluso una retransmisión en directo en el primer canal público de televisión, la ARD.

Había, sin embargo, un oscuro presentimiento. Ratzinger sabía que las noticias que no tardarían en llegar de Roma con su firma no tendrían únicamente contenido positivo. Y también sabía que el joven y elogiado ex arzobispo de Múnich, que tanta simpatía inspiraba, pronto se convertiría en el «perro guardián del papa».

Santo Padre, el 25 de noviembre de 1981 fue nombrado Ud. prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y, por ende, guardián supremo de la fe de la Iglesia católica junto con el papa. El 1 de marzo de 1982 tomó posesión de su cargo en Roma. Se dice que sus primeras grandes reuniones como prefecto las mantuvo en latín.

Todavía no sabía italiano. Solo lo había aprendido conversando. Por supuesto, ese siguió siendo mi hándicap. Sea como fuere, en aquel entonces no habría podido dirigir la Congregación en italiano, por lo que lo hice en latín.

Con la esperanza de que lo entendieran.

A la sazón todos sabían todavía latín. Eso no representó problema alguno.

¿Cómo fue su primer encuentro con Juan Pablo II en el Vaticano? ¿Hablaron sobre la orientación fundamental del pontificado y en especial sobre sus tareas?

No. Para eso tenía la audiencia semanal. Habría tiempo suficiente para intercambiar impresiones. No hicimos consideraciones sobre principios. En realidad estaba claro que tenía que hacer el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Ud. dijo en una ocasión que se conoce mejor a este gran hombre concelebrando con él la santa misa que analizando sus libros. ¿Por qué dijo eso?

Bueno, cuando se concelebraba con él, se percibía su cercanía interior al Señor, la profundidad de su fe, en la que él se sumerge al celebrar, y lo veía uno realmente como la persona creyente, orante e impregnada por el Espíritu que era. Más que si se leen sus libros, que también proporcionan una imagen de él, pero no permiten que se manifieste toda su personalidad.

Uds. tenían temperamentos muy diferentes. ¿Por qué era entonces tan fluida la relación entre ambos? ¿O es que quizá era tan fluida precisamente por eso?

Quizá por eso, en efecto. Él era una persona que necesitaba compañía, que necesitaba vida y movimiento, encuentros. Y yo, en cambio, necesito más el sosiego, etc. Pero gracias cabalmente a que éramos diferentes, nos complementábamos muy bien.

Y gracias a que Uds. sencillamente se caían bien, ¿no?

Sí.

¿Y a qué había química entre Uds.?

Eso es.

¿Y compartían una misma fe?

En efecto.

Eso hace todo más bonito y sencillo.

Desde luego. Porque uno sabe que el otro busca lo mismo.

¿Manténían también relación en el ámbito privado? ¿Excursiones, comidas, caminatas conjuntas?

Comíamos juntos en ocasiones, siempre acompañados de un número reducido de personas. Caminatas, en realidad no.

Y mucho menos esquiaban juntos entonces...

(Risas). No, por desgracia no sé esquiár.

¿Se tuteaban?

No.

¿Llevó Ud. a cabo encargos del papa en Polonia cuando era arzobispo de Múnich o luego ya desde aquí, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe? Me refiero a encargos para apoyar al movimiento de oposición Solidarność.

No, nunca.

En todo ese tiempo estuvo varias veces en Polonia.

Sí, en efecto. Pero no para hacer algo... Había una relación directa con Polonia.

Ud. era vigilado por el Ministerio para la Seguridad del Estado de la República Democrática de Alemania, la tristemente célebre Stasi. Existe un expediente sobre Ud.

Es cierto. Pero de ahí no se pudo sacar nada.

¿Acompañó Ud. activamente la Ostpolitik del papa, su política para Europa Oriental?

Hablábamos al respecto. Estaba claro que la política de Casaroli [P. S.: el cardenal Agostino Casaroli era tenido por el arquitecto de la *Ostpolitik* del Vaticano en tiempos

de Juan XXIII y Pablo VI; bajo Juan Pablo II fue cardenal secretario de Estado desde 1979 hasta 1990], por muy bien intencionada que fuera, había fracasado. La nueva línea de Juan Pablo II brotaba de su propia experiencia viva, del contacto con estos poderes y fuerzas. A la sazón no cabía esperar, por supuesto, que estos regímenes colapsaran pronto. Pero se tenía claro que, en vez de intentar conciliarse con ellos mediante compromisos, había que hacerles frente con firmeza. Esa era la idea fundamental de Juan Pablo II, que yo compartía.

También hubo polémica entre Uds.

No.

Pero sí diferencias. Se dice, por ejemplo, que los encuentros de oración del papa con representantes de las grandes religiones en Asís no eran precisamente de su agrado.

Eso es cierto. Pero no discutimos sobre ello, porque yo sabía que él quería hacer lo correcto y, a la inversa, él sabía que yo defendía una línea algo distinta. Antes de los dos encuentros de oración en Asís me dijo que le gustaría que yo también acudiera, y acudí. Y resultó que aquello estaba mejor estructurado que en la propuesta originaria. Se habían tomado en consideración mis objeciones, y el encuentro tenía una forma que me permitió participar con agrado.

Cuando surgía alguna cuestión compleja, Juan Pablo II supuestamente comentaba: «¿Qué dirá el cardenal Ratzinger al respecto?». Ya se lo pregunté al comienzo de nuestro primer libro, La sal de la tierra: ¿le tenía miedo el papa Wojtyła?

No. *(Risa sonora)*. Pero se tomaba muy en serio nuestra posición. A este respecto puedo contarle una pequeña anécdota. En una ocasión, un nuncio le preguntó a Pío XII si en un determinado problema podía actuar como él consideraba correcto, aunque ello no se correspondiera del todo con las reglas. El papa reflexionó sobre el particular y luego dijo: «Hágalo. Sin embargo, si le descubre el Santo Oficio, no podré protegerlo». *(Risa)*.

Una de sus publicaciones más imponentes como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe fue la declaración Dominus Iesus. En ella se pone de relieve la

singularidad de la Iglesia católica, lo que suscitó vehementes críticas. Hasta hoy se especula sobre si este documento lo escribió Ud. mismo.

De propósito nunca escribía yo mismo los documentos del Santo Oficio, para evitar que se pensara que pretendía difundir e imponer mi propia teología. Los documentos debían surgir orgánicamente, a partir de los órganos en cada caso competentes. Por supuesto, yo participaba de manera activa en la redacción, reestructuraba críticamente algunos pasajes, etc. Pero de mi mano no he escrito ninguno de los documentos, tampoco la *Dominus Iesus*.

A la sazón se transmitió la impresión de que el propio papa estaba en contra de este documento.

Pero eso no es cierto. Un día me llamó y me dijo: «Quiero hablar al respecto en un ángelus y dejar claro que me identifico por completo con la declaración; por eso le pido que escriba Ud. mismo el texto para el ángelus, de suerte que no quede duda alguna de que el papa está totalmente de acuerdo con Ud.». Y entonces escribí un texto. Sin embargo, luego pensé: «No debo ser tan contundente, no es correcto». El contenido estaba claro, y la forma también era comedida. El papa me preguntó: «¿Es realmente inequívoco? ¿Está Ud. seguro?». «Sí, sí», le contesté. Pero resultó justo lo contrario. Esta forma más comedida hizo que todo el mundo dijera: «Ah, también el papa se ha distanciado del cardenal».

¿Qué pasó con la gran confesión de culpas del año 2000, con la que la Iglesia católica pidió perdón por sus omisiones y faltas históricas? ¿Se opuso Ud. a ella, como a menudo se dice?

No. También yo estaba a favor de hacerla. Quiero decir, uno se puede preguntar si las múltiples confesiones de culpas tienen realmente sentido. Pero también yo consideraba por completo adecuado que la Iglesia, siguiendo el modelo de los salmos y del libro de Baruc, por ejemplo, confesara a la posteridad las culpas cometidas.

La idea del catecismo universal, ¿salió de Ud.?

No solo, pero también de mí. A la sazón cada vez eran más las personas que se preguntaban: ¿tiene la Iglesia todavía una doctrina común? Ya no se sabía qué era lo que la Iglesia realmente creía. Hubo corrientes bastante fuertes, incluso entre gente muy buena, que decían: ya no se puede hacer un catecismo. Yo, en cambio, opinaba: o bien tenemos aún algo que decir y entonces hay que ser capaces de presentarlo, o bien no tenemos ya nada que decir. En este sentido, me convertí en paladín de la idea, desde la convicción de que también hoy debemos estar en condiciones de decir qué es lo que cree y enseña la Iglesia.

Fides et ratio, fe y razón, la encíclica de 1998: ¿cuánto hay en ella del cardenal Ratzinger? ¿Nada en absoluto o algo?

Algo sí. Digamos que ideas.

¿Tiene Ud. una anécdota favorita de su relación con Juan Pablo II?

Estando el papa en Múnich durante su primer viaje a Alemania, me di cuenta de que tenía una agenda apretadísima, de que estaba ocupado sin parar desde primera hora de la mañana hasta la noche. Y pensé: ¡esto no se le puede hacer! Hay que introducir algún rato de descanso. Y entonces impuse que hubiera una pausa considerable a mediodía. Teníamos una bonita vivienda en el palacio. A poco de retirarse al piso superior, llamó para pedirme que subiera enseguida. Al llegar, me lo encontré rezando el breviario. «¡Santidad, ahora debe Ud. descansar!». «Ya descansaré en la eternidad», me replicó. Eso es muy característico de él, creo. «Ya descansaré en la eternidad». En el presente era infatigable.

Lo que quizá también vale un poco para Ud. mismo. En cualquier caso, cuando lo entrevisté por primera vez en 1992, reconoció abiertamente que estaba exhausto y cansado y que en realidad deseaba abandonar el cargo. Que debían llegar fuerzas más lozanas.

En efecto, en 1991 sufrí una hemorragia cerebral, lo que aún se dejaba sentir con mucha intensidad en 1992. Entre 1991 y 1993 pasé unos años difíciles, debo reconocerlo: por agotamiento físico, pero también psicológico. Terminé reponiéndome.

Como en tantas otras ocasiones. ¿Cuándo solicitó Ud. por primera vez ser liberado de sus responsabilidades?

Vamos a ver, ahí tendría que hacer memoria. Tras el primer quinquenio, en 1986 le señalé al papa que mi mandato había concluido. Pero él ya me había dicho que no lo podía dejar. En 1991 se lo pedí con insistencia. Como ya he dicho, había sufrido una hemorragia cerebral y me encontraba realmente mal. Le dije: «Ahora ya no puedo más». Pero la respuesta fue: «No».

¿Y la tercera vez?

Antes de que pudiera pedírselo, ya me había dicho: «No se moleste en escribirme ni en decirme que desea ser liberado de sus responsabilidades, porque no le voy a hacer caso. Ud. tiene que seguir mientras yo esté aquí».

Su derrame cerebral en septiembre de 1991: estuvo ingresado catorce días en el hospital Pío XI de Roma. ¿Qué pasó en realidad?

Bueno, fue una hemorragia cerebral y tuvo como consecuencia que el campo visual izquierdo quedara restringido. Seguía viendo con aquel ojo, pero solo de frente, no lateralmente, no en los bordes. Esa fue en realidad, junto con un cansancio generalizado, la única secuela. Pero, por supuesto, eso ya es bastante desagradable.

¿Sigue teniendo ese problema?

Muy poco a poco fui recuperando algo de lo perdido. Pero luego un buen día, creo que fue en 1994, sufrí además una especie de embolia, que irradió a todo el ojo. Estaba en el monasterio bávaro de Maria Eck y no fui al oculista hasta el día siguiente. Ya era demasiado tarde, así que la visión de ese ojo quedó seriamente dañada. Estuve en tratamiento durante largo tiempo, hasta que surgió un tercer problema, esta vez en la mácula [P. S.: la mancha amarilla (*macula lutea*) de la retina especializada en la visión fina], de suerte que ahora no veo nada con el ojo izquierdo.

¿Absolutamente nada?

En efecto. Ni siquiera distingo entre claro y oscuro.

En el Vaticano, Ud. nunca ha pertenecido a ningún grupo de influencia, siempre ha aborrecido el nepotismo. Su distancia del aparato, ¿no le ha creado numerosos enemigos?

Creo que en realidad no. También he tenido amigos. Todos sabían que yo no hago política, y eso frena la enemistad. La gente sabía que yo no era peligroso.

En su calidad de guardián de la fe, marcó Ud. durante un cuarto de siglo como ninguna otra persona el pontificado de Juan Pablo II. ¿Cuál fue, a la inversa, la contribución de Wojtyla a la evolución de Ratzinger?

Me enseñó a pensar de manera más amplia, justamente también en la dimensión del diálogo interreligioso. Sobre todo en relación con la encíclica sobre moral fundamental y con el catecismo mantuvimos un estrecho intercambio. Podría decirse que su mirada más amplia y su visión más filosófica ensancharon también mi horizonte.

¿Quién decidió que escribiera Ud. el texto del vía crucis que tuvo lugar en el Coliseo el Viernes Santo de 2005 y en el que habló de la mucha suciedad que había en la Iglesia, de la traición a Cristo? ¿Fue idea del papa?

Eso surgió del papa mismo, en efecto. Fue él quien así lo quiso.

¿Le dijo algo sobre el texto que Ud. escribió?

No, ya no; estaba demasiado enfermo y cansado.

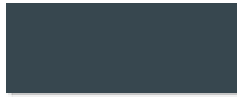
Millones y millones de personas recuerdan todavía el entierro de Juan Pablo II, ya lo siguieran en las pantallas de televisión en uno u otro rincón del mundo, ya lo vivieran de cerca en la plaza de San Pedro, abarrotada por entre tres y cinco millones de personas. El sencillo féretro, el viento que agitaba las páginas del evangeliario abierto, la conmovedora ceremonia presidida por Ud.: ¿qué sintió?, ¿en qué pensó?

Esta muerte me conmovió mucho, por supuesto, pues teníamos una relación muy cercana. Para mí fue una figura decisiva. Había visto todo su calvario y, cuando lo visité en el hospital Gemelli, sabía que no podía durar ya mucho. Y que alguien muera de esa manera le llega a uno al corazón, naturalmente. Al mismo tiempo, tengo la conciencia de

que él está ahí. De que nos bendice desde su ventana celestial, como luego dije también en la plaza de San Pedro. Eso no era una mera frase bonita. Brotaba realmente de una conciencia íntima de que él sigue bendiciéndonos desde arriba, de que está ahí y de que la amistad pervive de otro modo.

TERCERA PARTE:

**El papa que escribió
sobre Jesús**



11.

Y DE REPENTE, SUMO PONTÍFICE

Cuando Joseph Ratzinger se presentó ante los fieles el 19 de abril de 2005 en el balcón de la basílica de San Pedro como el sucesor número doscientos sesenta y cinco de Pedro, parecía casi un joven. Tras el largo padecimiento de su predecesor, la gente ya no estaba acostumbrada a un papa no sentado en silla de ruedas, a un papa capaz de leer textos con fluidez y hasta el final. Más diferentes que en esta sucesión en la sede petrina no podrían haber sido los papas. Uno, místico y mariano; otro, erudito y jesuánico. Por un lado, el actor, el hombre de gestos al que le encantaba subir al escenario; por otro, el «obrero en la viña del Señor», el hombre de la palabra que quería renunciar a todo efectismo. El nuevo papa ve su tarea, según él mismo dijo, en conservar la palabra de Dios «en su grandeza y pureza... contra todos los intentos de acomodación y dilución». Para él, la reforma es, en primer lugar, una cuestión de purificación interior de la Iglesia.

Santo Padre, ¿con qué soñaba en realidad cuando, tras la muerte de Juan Pablo II, creía que su servicio había concluido por fin?

Ya lo he dicho: con poder escribir de una vez libros en paz.

¿Consideraba aquello realista?

Absolutamente.

Justo al comienzo del cónclave previno Ud. en una homilía contra la «dictadura del relativismo», que toma solo al individuo y sus deseos como criterio último. En esta

situación, la Iglesia debería anunciar la verdad de la fe contra todas las ideologías y todas las modas. El pensamiento de numerosos cristianos estaría zarandeado sin cesar por las olas del espíritu de la época y arrojado de un extremo a otro. Quien en estos tiempos tiene una «fe clara», acorde con el credo de la Iglesia, es tachado a menudo, según Ud., de fundamentalista. No obstante, los sacerdotes deben seguir estando animados, insistió, por la «santa inquietud» de llevar a los hombres el don de la fe, o sea, «la palabra que abre el alma a la alegría divina», en último término el enraizamiento «en la amistad con Cristo». Los clérigos y fieles presentes en la plaza de San Pedro reaccionaron con una gran ovación. Muchos opinaron que esta homilía sobre el relativismo había sido un discurso para preconizarse como candidato a la mitra papal.

En absoluto. Como cardenal decano me correspondía a mí predicar en la eucaristía de los cardenales. Y ciñéndome por completo a las lecturas del día, no hice sino interpretar el pasaje pertinente de la Carta a los Efesios. En él se dice que uno no debe dejarse sacudir por las olas de la época, etc. De ahí brotaron mis palabras. En ese texto estaba contenido el tema de mi homilía.

Era ya el tercer cónclave en el que participaba. ¿En qué se diferenció de los anteriores?

En los dos primeros yo me contaba entre los cardenales más jóvenes y menos conocidos; era, por así decirlo, un principiante y, en esa medida, estaba también en una situación tranquila. En este, en cambio, tenía la responsabilidad de cardenal decano. Eso significa que uno preside el entierro del papa, debe coordinar los preparativos y tiene también una responsabilidad en el cónclave mismo. Al final, es él quien pregunta al elegido si acepta o no el nombramiento. Puesto que yo, en virtud de estos veinte años largos en Roma, ya no era un desconocido, mi posición había cambiado. Y, por último, entretanto había cumplido setenta y ocho años, algo que, naturalmente, resultaba tranquilizador. Si los obispos presentan su renuncia a los setenta y cinco años, no se puede elevar a la sede petrina a alguien que ya tiene setenta y ocho.

No habría sido la primera vez.

Pero entonces no existía esta disposición de los setenta y cinco años. De ahí que dijera entre mí: si la regla es que un obispo deje su ministerio a los setenta y cinco años, no se

puede hacer que el obispo de Roma inicie su ministerio con setenta y ocho.

Resulta realmente difícil de creer que entrara Ud. en el cónclave sin haberse planteado la posibilidad de ser el elegido.

Naturalmente, muchos me habían sacado antes el tema. Pero no me lo podía tomar realmente en serio. Pensaba que no era posible, que sería una insensatez. Por eso me conmocionó tanto.

¿Hubo algún momento en el que se preguntara si realmente debía aceptar la elección?

Sí, claro. En realidad, todo el tiempo. Pero de algún modo era consciente de que no podía decir que no.

¿Cuándo pensó en el nombre papal?

En el transcurso de los días que duró la elección.

¿Los días que duró la elección?

¿O es que solo duró uno?

Fueron dos días: lunes y martes.

En efecto, en el transcurso de aquellos días. Yo aún esperaba que no se concretara aquello. Aunque ya el primer día se puso de manifiesto que la elección podría recaer en mí. Entonces pensé que el papa Benedicto XV –y a través de él, el propio san Benito– era la conexión adecuada.

¿Por qué no eligió como nombre Juan Pablo III?

Eso me habría parecido improcedente, porque ahí se había establecido un modelo al que yo no podía responder. No podía ser un Juan Pablo III. Yo era distinto, estaba cortado por otro patrón, tenía otra clase de carisma o de no carisma.

Uno se convierte de súbito en el Vicario de Cristo en la tierra. ¿Qué cambio experimenta en su interior?

Lo que pensé fue: «Ahora necesito aún más ayuda de él, de Cristo». Uno sabe que en realidad no es eso, que no es el Vicario de Cristo. Pero si él me impone esa carga, también tendrá que ayudarme a llevarla.

Ud. dijo que con la elección por los cardenales le había caído encima la «guillotina». ¿Se arrepintió más tarde de estas palabras?

No. Eso fue lo que sentí: que había caído sobre mí la guillotina.

¿Tomó como modelo a algún papa? ¿Pablo VI quizá?

Yo diría que no. Para mí, todos los papas del siglo XX fueron de algún modo un modelo, cada cual a su manera. Sabía que no podía parecerme a ninguno de ellos, pero que todos tenían algo que decirme.

¿Qué recuerda especialmente de los primeros días de su ministerio petrino?

¿De los primeros días? Por un lado, una comida en la Casa de Santa Marta, la hospedería del Vaticano, con mi hermano, con toda la familia, con amigos. Eso fue muy bonito y conmovedor. Luego, la primera visita que recibí, la de Cirilo, que a la sazón era aún «ministro de relaciones exteriores» de la Iglesia ortodoxa rusa [P. S.: desde 2009 patriarca de Moscú y toda Rusia]. Mantuvimos una hermosa conversación. Cirilo tenía en sí algo de campesino ruso que realmente me gustó. Nos entendimos bien. Y también me acuerdo de la noche previa a la misa solemne de comienzo de mi ministerio petrino. Me desperté a las dos de la mañana y pensé: «Va a ser un desastre si no me vuelvo a dormir ahora». Pero luego hacia las cuatro logré conciliar de nuevo el sueño. (*Se ríe*).

¿Cuántas horas de sueño necesita Ud.?

Necesito dormir mucho, unas siete, ocho horas, sí. Y luego también me dieron mucho la lata los gemelos. Hicieron que me enfadara de verdad, hasta el punto que pensé que su inventor debería estar en lo más recóndito del purgatorio. (*Se ríe*).

¿No usaba gemelos antes?

Ocasionalmente, pero por regla general no.

Se cuenta que, una vez elegido papa, cambió Ud. enseguida de sastrero, porque el anterior le hacía las vestiduras demasiado cortas.

No, eso no es cierto. Desde el principio tuve, por una parte, a *Euroklero*; pero, por otra, siempre conté también con *Gamarelli*. Sin *Gamarelli* es imposible apañárselas.

¿Y la primera visita a sus estancias?

Ah, sí. Primero visitamos la torre. En los Jardines Vaticanos se alza todavía la torre de una antigua fortaleza, que el papa Giovanni [P. S.: Juan XXIII] hizo ampliar para que pudiera utilizarse como vivienda. Cuando el Palacio Apostólico tuvo que ser renovado por razones arquitectónico-estructurales, también el papa Juan Pablo II residió allí durante un tiempo. A mí se me propuso vivir allí al principio. Pero no me gustó. Primero, no me agrada que las habitaciones sean semicirculares. Prefiero habitaciones normales, como las de todo el mundo. Además, el viento era tan terrible que dije: no, no, prefiero alojarme en la Casa de Santa Marta hasta que pueda trasladarme al palacio.

¿Dispuso Ud. que se redecorara el apartamento papal de modo más luminoso, más agradable?

Primero pedí que quitaran las moquetas, pues no me gustan. Un suelo de terrazo es una cosa, y una moqueta otra; o lo uno o lo otro. Y luego quería tonos más agradables, en efecto. De todas formas, estaba previsto pintarlo de nuevo; hacía ya tiempo que no se había hecho. Pero hubo que esperar hasta las vacaciones de verano.

¿Por qué nunca vació del todo su antigua vivienda?

Eso no fue intencionado. No pude vaciarla de inmediato, porque el traslado se hizo a toda prisa. Tan solo me llevé una serie de libros al nuevo apartamento; de lo demás, casi nada. Así que todo seguía allí dentro, incluso la mayor parte de los libros. En algún momento dije que ya era hora de sacar de allí mis cosas, pero ¿dónde almacenarlas? Y se me dijo: «Deje Ud. eso como está».

O sea, que no lo hizo para disponer de un lugar al que retirarse en un caso extremo...

No. Tenía claro que nunca volvería a ese apartamento. Pues aun en el caso de que renunciara al ministerio petrino, era evidente que no podía residir en una vivienda o un apartamento normal. No, eso no es posible.

Como gran melómano, ¿trabaja Ud. con música? Cuando escribe, por ejemplo.

No, eso me distraería. O escucho música o escribo.

¿Necesita Ud. un ambiente especial?

Cuando quiero escribir algo o pensar, no necesito más que silencio. Debo estar solo. Tengo que poder concentrarme con calma en los libros, dejar que madure el pensamiento.

Dicho sea de paso, tras su renuncia hubo un debate sobre el presupuesto de la casa pontificia. El cardenal Marx de Múnich cayó de repente en la cuenta de que la «corte» vaticana era demasiado pomposa. ¿Tenía Ud. también esa impresión?

No, en absoluto. Siempre hemos vivido con mucha sencillez, ya solo por mis orígenes. Yo soy, como se diría en Baviera, un «Hufschlagler» [P. S.: gentilicio de Hufschlag, el lugar donde Ratzinger pasó buena parte de su infancia y juventud]; por eso no puedo cultivar estilo cortesano alguno [*Hofstil* en alemán, lo que permite un juego de palabras]. No sé qué pudo dar pie a que el cardenal Marx hiciera tal comentario.

¿Le instruyó alguien en el ejercicio de su ministerio? Como es sabido, no se estudia para papa.

(*Se ríe*). Es posible aprender, por supuesto, de los responsables de los distintos dicasterios, del cardenal secretario de Estado o de su sustituto, etc. En este sentido, uno puede ir de algún modo familiarizándose poco a poco con el oficio.

Al principio de su pontificado se le veía a menudo con ojeras.

¿Y bien?

Era evidente que su tarea estaba asociada con pocas horas de sueño y mucho trabajo.

Yo no me sentía en realidad mal, pero es cierto que uno al principio se ve casi oprimido por esta carga y tiene que ir acostumbrándose a desempeñar tal función.



12.

ASPECTOS DEL PONTIFICADO

El solo hecho de haber logrado llevar a cabo una transición sin ruptura alguna después de un «papa del milenio» como fue Juan Pablo II se consideró ya poco después de la elección del papa alemán toda una sensación. A la vista del entusiasmo mundial por el nuevo pontífice, los comentaristas hablan de una «locura por Benedicto XVI». Nunca antes habían congregado las audiencias papales a tantas personas. Las encíclicas de Benedicto alcanzan tiradas astronómicas. Sus discursos ocupan las portadas de la prensa mundial.

«Mi verdadero programa de gobierno», dijo Benedicto XVI el 24 de abril de 2005 en la solemne misa pontifical celebrada delante de la basílica de San Pedro para dar inicio a su pontificado, «es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia». Y luego añadió literalmente: «No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario».

Santo Padre, ¿cuándo y dónde escribió Ud. el texto para la gran homilía de la eucaristía de inicio de su pontificado? ¿Quizá en su antiguo apartamento?

No lo recuerdo con certeza. Creo que fue en la Casa de Santa Marta.

Ud. no había pensado ya con anterioridad sobre qué iba a decir si...

Eso no debe hacerse, no; hay que confiarse a la inspiración del instante.

El primer discurso u homilía de un nuevo papa se valora en la opinión pública como una alocución programática. ¿Lo entendió también Ud. así?

En cualquier caso, era consciente de que sería visto así y, con ayuda de Dios, conseguí esbozar unas ideas.

Durante más de dos décadas fue Ud. el más estrecho colaborador de un papa y durante media vida se ha ocupado teológicamente del primado de Pedro. ¿Había algo que Ud. tuviera del todo claro que no quería hacer como pontífice?

Tenía sobre todo el propósito positivo de colocar de nuevo en el centro el tema: «Dios y la fe». Para mí era importante volver a poner también en primer plano la Sagrada Escritura. Se quiera o no, yo era un hombre que procedía de la teología y sabía que mi punto fuerte, en caso de haberlo, es que anuncio positivamente la fe. En consonancia con ello, quería sobre todo enseñar desde la plenitud entera de la Sagrada Escritura y la tradición.

Perdone que insista: no solo es importante lo que uno hace, sino que a veces resulta más relevante aquello que uno no hace.

¿Qué puedo decir? Sabía que no iba a ser un pontificado largo. Que no podía impulsar proyectos a largo plazo ni llevar a cabo acciones de uno u otro modo espectaculares. Y, sobre todo, que no podía convocar un nuevo concilio, pero sí quería y podía fortalecer en tanta mayor medida el elemento sinodal.

¿No representa también un problema que el sucesor de Pedro sea catedrático? Cuando escogió a los Doce, Jesús no llamó a ningún doctor de la ley.

Eso es cierto, pero siempre ha habido papas eruditos, empezando por León Magno y Gregorio Magno, dos grandes luceros, y luego Inocencio III, etc. En consecuencia, no es algo insólito. Por supuesto que un papa no tiene por qué ser un erudito en teología, en absoluto. Pero debe tener cultura espiritual. Ha de estar al tanto de cuáles son en la actualidad las corrientes, las preguntas, las tareas; en este sentido, un profesor en modo alguno es siempre la persona idónea para ocupar una sede episcopal o la sede petrina, pero no resulta disparatado que lo haga. Es cierto que a un catedrático le pesa el hecho –

de esto se da cuenta uno *a posteriori*— de que considera las relaciones de la vida desde una óptica en exceso teórica, lo cual constituye, sin duda, un peligro. Pero también las personas lo van educando poco a poco para ampliar algo la mirada.

El cardenal Kurt Koch dijo que el papa Benedicto había tenido que asumir y abordar numerosos problemas que existían ya antes de él, como una carga heredada, por así decirlo. ¿Lo ve Ud. también así?

Sin duda, y ahora ha vuelto a ser así. En la Iglesia siempre hay problemas por resolver, máxime en nuestra época, tras las grandes sacudidas del posconcilio, tras todas las confusiones acerca de cuál era la manera adecuada de leer el concilio. En conjunto, la situación de nuestra sociedad es tal que el cristianismo debe reorientarse, redefinirse y realizarse de nuevo. En este sentido, había problemas y siempre los habrá.

El cardenal Koch se refería especialmente a problemas que no se abordaron en tiempos de Juan Pablo II, por lo que quedaron pendientes.

Claro que había algunos. Pero yo diría que lo que el papa pudo resolver lo resolvió. Sin cesar se plantean nuevos problemas. Y algunos no se solucionan nunca del todo.

Como ya ha dicho, Ud. supuso que, a causa sobre todo de su edad, no tenía ante sí un ministerio demasiado largo. Esta conciencia influyó en su pontificado. ¿Fue un error adoptar esta actitud? Habría podido llamar a la reforma y al menos crear comisiones para impulsarla, como ha hecho el papa Francisco.

Cada cual posee su carisma. Francisco es un hombre de la reforma práctica. Fue arzobispo durante mucho tiempo, conoce el oficio; ya antes había sido provincial en la Compañía de Jesús y también tiene el valor preciso para afrontar los asuntos organizativos. Yo sabía que ese no era mi punto fuerte. Y tampoco era necesario. Pues ya existía la reforma de la Curia llevada a cabo por Juan Pablo II, que se recoge en la constitución apostólica *Pastor Bonus*. No me habría parecido correcto volver a poner todo patas arriba después de tan poco tiempo. Es cierto que no podía acometer grandes asuntos organizativos a largo plazo. Pero también consideraba que no era el momento adecuado para hacerlo.

El antiguo nuncio Karl Josef Rauber, que lo conoce desde el concilio, dijo sobre Ud.: «Joseph Ratzinger es un erudito absolutamente íntegro, pero en realidad solo le interesa investigar y escribir».

(Se ríe). No, eso no es cierto, por supuesto que no. Ni siquiera sería posible. Uno no puede por menos de hacer muchas cosas prácticas, lo que también alegra. Visitar parroquias, hablar con personas, impartir catequesis, mantener encuentros de todo tipo. Justamente las visitas a las parroquias son una parte bonita del ministerio, que depara asimismo gran satisfacción. Nunca he sido solo profesor. Un presbítero no puede ser únicamente profesor. Si lo fuera, se estaría equivocando. Al encargo sacerdotal le es inherente siempre una cierta medida de trabajo pastoral, de liturgia, de conversaciones con las personas. Quizá he pensado y escrito demasiado; es posible. Pero decir que no hecho más que eso tampoco sería verdad.

Cierto. Pues su ministerio comienza con una bomba: Ud. es el primer papa de la Edad Moderna y Contemporánea que sustituye en su escudo de armas la poderosa tiara por una sencilla mitra episcopal. ¿Hubo resistencias en el colegio cardenalicio?

Yo no oí nada. En cualquier caso, nadie presentó directamente objeciones. Se trataba también de algo necesario. Pues si no se usa ya la tiara, lo lógico es eliminarla también del escudo de armas.

También en otros sentidos comienza el pontificado con brío. Por primera vez se debate en el sínodo de los obispos, por primera vez se invita a delegados de otras confesiones. Despacha regularmente con los responsables de los distintos dicasterios y, en contrapartida, reduce las audiencias, los viajes, las celebraciones litúrgicas y las canonizaciones. Además, rompe con la costumbre de su predecesor de tener invitados en la misa matutina y, con cierta regularidad, en las comidas.

Eso constituye, por supuesto, una deficiencia en cierto sentido; pero debo decir que no podía hacerlo de otra manera. Por la mañana necesito en la santa misa quietud y recogimiento. No soy capaz de empezar el día con encuentros. Necesito celebrar la eucaristía sin demasiados fieles y a continuación poder orar en silencio, así de simple. Eso no excluye que haya gente en la misa. Pero ver rostros nuevos todos los días, tener a diario nuevos encuentros, y además en diversos idiomas, eso habría sido demasiado para

mí. Y de la misma manera, tras los encuentros del día, necesito tranquilidad en las comidas. Después de tanto ajeteo, no me era posible entablar una nueva conversación así como así.

Un temprano cambio fue la sustitución de Piero Marini por Guido Marini como maestro de ceremonias. Este reemplazo se interpretó en el sentido de que Ud. quería imprimir otra forma a las celebraciones papales.

No, Piero era y sigue siendo un hombre muy bueno. Es cierto que en la liturgia es más progresista que yo, aunque eso no importa. Pero él mismo opinaba que había llegado el momento de dar por concluidos sus servicios en esa parcela. Y así resultó que a Marini I le sucedió Marini II.

Sin embargo, Ud. usaba una férula papal (o cruz del pescador) distinta de la de su predecesor, añadió a la desnuda sotana blanca la muceta roja y daba la comunión en la boca. Según sus críticos, todo esto no era sino una «recuperación de ritos litúrgicos del pasado». ¿Lo era?

No. Yo me alegro de la reforma del concilio allí donde ha sido asumida de forma sincera y buena, en su auténtica esencia. Sin embargo, también hubo muchas arbitrariedades y destrucciones, a las que había que poner coto. La liturgia en la basílica San Pedro siempre había sido buena e intentamos seguir haciéndolo así. La comunión en la boca no está prescrita, yo siempre la he dado indistintamente de las dos formas. Pero puesto que en la plaza de San Pedro hay tantas personas que pueden malinterpretar esto y que, por ejemplo, se guardan la hostia, me pareció que dar la comunión en la boca podía ser una señal muy adecuada. ¿Que esto habría tenido un efecto en cierto modo restauracionista? Debo decir en general que estas categorías de lo antiguo y lo nuevo no son aplicables a la liturgia. Las Iglesias de Oriente hablan sin más de *liturgia divina*, que no la hacemos nosotros, sino que nos es regalada. Para caracterizar la liturgia occidental, J. A. Jungmann acuñó la expresión «liturgia devenida» [*gewordene Liturgie*]. Con ello, el gran liturgista alude a la marcada conciencia histórica de Occidente, que ve en la liturgia crecimiento y maduración, declive y renovación, pero en ello percibe asimismo la continuidad de lo que nos viene dado por el Señor y por la tradición apostólica. Desde esta conciencia he celebrado yo la liturgia.

¿Estaba decidido que Angelo Sodano no siguiera siendo cardenal secretario de Estado?

Él era tan mayor como yo. Y si el papa es anciano, porque ha sido elegido ya mayor, el secretario de Estado tiene que desbordar vigor. También él lo entendió así: la analogía con los obispos normales sí que vale en el caso del secretario de Estado. Y si los obispos normales presentan la renuncia a los setenta y cinco o setenta y siete años, el cardenal secretario de Estado debe retirarse al menos antes de los ochenta.

Su primera gran aparición internacional fue en la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Colonia, con más de un millón de participantes. Se vio al nuevo papa sonriente y cantando cogido de la mano con jóvenes de todos los continentes. ¿Se sorprendió Ud. mismo de su estilo, de su nuevo carisma?

En cierto sentido, sí. Pero debo decir que, siendo coadjutor, trabajé muy a gusto con la juventud. Y como catedrático no se limita uno a dar clase, sino que se relaciona de manera concreta con jóvenes, Así pues, la compañía de jóvenes no era para mí algo extraño. Las Jornadas Mundiales de la Juventud se cuentan entre los recuerdos más bellos de todo mi pontificado: Colonia, Sídney, Madrid: son tres hitos en la vida que nunca olvidaré. Me alegró tener la oportunidad de estar allí, ser acogido, poder ayudar a otros.

Todos los críticos enmudecieron. Durante cuatro años su pontificado estuvo acompañado por un jubiloso entusiasmo con el papa bávaro. Una primera cesura se produjo con la agitación que se originó en torno a la famosa «conferencia de Ratisbona». Un comentario sobre el papel de la violencia en el islam que el emperador bizantino Manuel II Paleólogo hizo en una conversación que mantuvo con un erudito persa y que Ud. citó en su lección académica en la Universidad de Ratisbona desencadenó violentas protestas de musulmanes en el mundo entero, que fueron alentadas sacando la cita de contexto [7]. En Luz del mundo hablamos por extenso sobre el particular. Una última pregunta en relación con este asunto: ¿fue casualidad que se tropezara con este pasaje?

Había leído este texto del Paleólogo porque me interesaba el diálogo entre el islam y el cristianismo. En esa medida, no fue casualidad. Aquí se trata realmente de un diálogo. El

emperador al que cito se encontraba bajo el dominio de los musulmanes y, a pesar de ello, existía la libertad de decir cosas que hoy ya no se podrían decir. De ahí que me pareciera pertinente poner sobre la mesa este fragmento de un diálogo de quinientos años de antigüedad. Pero, como ya he dicho, no valoré correctamente la relevancia política de esta forma de proceder.

Por aclarar todavía un punto: el vaticanista Marco Politi escribió que ya antes del viaje a Baviera el cardenal Sodano le advirtió de la carga explosiva del texto. Ud., sin embargo, habría hecho caso omiso de tales recelos. ¿Es esto cierto?

No, nadie me dijo nada al respecto.

De esta falsa presentación de los hechos, Politi concluye que el «escándalo de Ratisbona» no fue ninguna casualidad. Ud. habría dado en la cuestión del diálogo con los musulmanes un giro de ciento ochenta grados respecto de la política de Wojtyla. Y como indicio aduce que ya en la misa del inicio de pontificado omitió Ud. deliberadamente toda mención de los musulmanes.

No es cierto. No sé nada al respecto.

O sea, ¿que no es cierta esa exclusión ni tampoco que Ud. quisiera invertir la política de su predecesor?

No, en modo alguno.

Después de que Ud., con el motu proprio Summorum pontificum, facilitara el acceso a la antigua misa en latín, estalló un debate sobre la oración del oficio de Viernes Santo por la conversión de los judíos. Luego, en febrero de 2008 dispuso Ud. que se sustituyera ese texto por una nueva formulación. ¿No podría haberse evitado la polémica?

Eso fue orquestado en Alemania por teólogos no amigos. Las cosas son así: conocemos la nueva oración del Viernes Santo y es aceptada por todos [8]. Pero entretanto habíamos acogido en la Iglesia, ya en tiempos de Juan Pablo II, a algunos grupos con liturgias antiguas, por ejemplo, la Fraternidad Sacerdotal San Pedro. Así pues, había ya muchas

comunidades religiosas, muchas comunidades de fe, que celebraban la liturgia antigua. Y en concreto la antigua liturgia del Viernes Santo, que realmente no podía aceptarse en aquella forma. Y aún me asombro de que no se hubiera hecho nada contra ello.

Yo consideraba que eso no podía dejarse así, que también los partidarios de la liturgia antigua debían cambiar este punto. De ahí que hubiera que elaborar la oración de un modo tal que encajara en el estilo intelectual de la antigua liturgia, pero que al mismo tiempo estuviera en consonancia con nuestros conocimientos actuales sobre el judaísmo y el cristianismo. Esta renovada oración del Viernes Santo consta, como todas las oraciones del Viernes Santo, de dos partes: una invitación a la oración y el ruego propiamente dicho. La invitación a la oración la tomé a la letra de las preces del libro de las horas. Y la petición la formulé a partir de textos de la Escritura. En ella no se contiene nada, absolutamente nada que justifique los reproches que una y otra vez se me lanzan en Alemania.

Todavía estoy contento de haber conseguido cambiar positivamente la liturgia antigua en este punto. Retirar esta nueva formulación del texto, como una y otra vez se reclama, significaría tener que volver a rezar el antiguo e inaceptable texto que habla de los *perfidii Iudaei*. Pero determinadas personas en Alemania intentaron desde el principio derribarme. Sabían que la forma más fácil sería sirviéndose de polémicas relacionadas con Israel y por eso montaron esa mentira de que ahí se decía Dios sabe qué cosas. He de decir que eso me parece mezquino. Hasta entonces se había rezado la antigua petición; y yo la reemplacé, para el círculo de quienes celebraban la liturgia antigua, por otra mejor. Pero esas personas a las que aludo no querían que esto se entendiera.

También sobre el escándalo de los abusos contra menores hablamos por extenso en Luz del mundo. Recientemente ha vuelto a salir Ud. con una carta abierta al paso de la acusación de que Ud. habría ocultado cosas relacionadas con abusos sexuales contra menores. ¿Por qué era tan importante para Ud. esta nueva clarificación?

Porque se trata de la verdad, y sería funesto que estas calumnias fueran ciertas. Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, intervine en cuanto me llegó noticia de los hechos. Primero había reclamado la competencia en este tema la Congregación para el Clero. Pero me percaté de que allí no se procedía con la necesaria severidad y conseguí que el asunto pasara a nuestra congregación. Era consciente de que

se trataba de una tarea difícil, de que recibiríamos críticas, pero también de que teníamos el personal que mejor podía manejar el problema. El hecho de que la Congregación para la Doctrina de la Fe se ocupara del asunto debía ser también una señal de que esta tarea tenía máxima prioridad para la Iglesia.

En su petición del Viernes Santo de 2005, que ya se ha mencionado, habló Ud. de suciedad en la Iglesia. ¿Se refería esa expresión ya a escándalos de abusos sexuales contra menores?

Estaban incluidos. Aunque pensaba también en otras muchas cosas. Como cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe tiene un conocimiento de tantas y tantas cosas –porque todos los escándalos llegan allí–, que se necesita un alma bien templada para soportar todo eso. Siempre se ha sabido que en la Iglesia hay suciedad, pero es mucho lo que uno tiene que digerir como responsable de la Congregación para la Doctrina de la Fe; en este sentido, tan solo quería suplicarle al Señor que nos ayudara.

Muchos opinan que Juan Pablo II no abordó el problema con suficiente determinación.

Siempre resulta decisiva la información de que uno dispone. Una vez que se informó suficientemente y vio qué era lo que estaba ocurriendo, Juan Pablo II se convenció por completo de que aquello tenía que ser afrontado enérgicamente. El problema era que el derecho canónico vigente no permitía aplicar las penas mayores. Entonces yo le dije al papa que necesitábamos introducir enmiendas en el código. Y él me dio de inmediato libertad para llevarlas a cabo. Elaboramos nuevas normas y estructuras jurídicas. Era la única manera de poder hacer frente a ese asunto.

Su predecesor hizo un llamamiento a la nueva evangelización, pero esta solo se puso realmente en marcha durante su pontificado, sobre todo mediante la creación del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Sin embargo, recristianizar Europa podría llevar siglos, en caso de que ello sea siquiera posible. ¿No se hacen Uds. en este punto ilusiones?

No se debe renunciar sin más a anunciar el Evangelio. Ya en la antigüedad parecía de todo punto absurdo que un puñado de judíos salieran a intentar ganar para el cristianismo

el gran mundo grecorromano, cultivado e inteligente. También habrá siempre grandes fracasos. No sabemos cómo evolucionará Europa, hasta qué punto seguirá siendo Europa, si otros estratos de población la reestructuran. Pero anunciar esta palabra que contiene en sí fuerza para construir el futuro, para conferir sentido a la vida de las personas, y las enseña a vivir, eso es absolutamente necesario, con independencia de toda previsión de éxito. Los apóstoles no podían hacer estudios sociológicos: funcionará esto o no; ellos no tenían más remedio que confiar en la fuerza intrínseca de esta palabra. Al principio fueron muy pocos los que se sumaron, gente socialmente insignificante. Pero luego el círculo se amplió.

Es posible, por supuesto, que el Evangelio desaparezca de algunos continentes. En efecto, vemos que los continentes originariamente cristianos, Asia Menor y el África septentrional, ya no son cristianos. También puede desaparecer en ámbitos en los que tenía gran presencia. Pero nunca puede dejar de ser anunciado y nunca devendrá irrelevante.

Una pregunta sobre la reautorización de la misa tridentina: este esfuerzo tuvo algo de titubeante. ¿Se debió a las resistencias dentro de la propia Iglesia?

Sin duda, porque existe, por una parte, el miedo a una restauración y luego, por otra, gente que entiende equivocadamente la reforma. No se trata de que ahora haya otra misa. Son dos modos de celebrarla ritualmente, pero que forman parte de un rito básico. Siempre he dicho y sigo diciendo que es importante que cuanto en la Iglesia antes era lo más sagrado para las personas no se convierta de repente en algo prohibido. No puede ser que una sociedad prohíba lo que antes consideraba esencial. La identidad interior del otro debe permanecer visible. De ahí que para mí no se trataba de consideraciones tácticas y Dios sabe qué, sino de la reconciliación interior de la Iglesia consigo misma.

La reautorización de la antigua misa se interpreta con frecuencia sobre todo como una concesión a la Fraternidad Sacerdotal San Pío X.

¡Eso es absolutamente falso! Para mí era importante que la Iglesia estuviera en armonía consigo misma, con su propio pasado. Que lo que antes era sagrado para ella no se considerara ahora algo erróneo. El rito no puede sino evolucionar. En este sentido, la reforma era conveniente. Pero no se puede quebrar la identidad. La Fraternidad

Sacerdotal San Pío X se basa en que hay gente que tiene la sensación de que la Iglesia se ha negado a sí misma. Eso no puede ser. Pero, como ya he dicho, mi intención no era de naturaleza táctica; antes bien, lo que me preocupaba era el asunto en sí. Por supuesto, ese es también un punto en el que, en el momento en que se ve aflorar una escisión eclesial, el papa está obligado a hacer lo posible por impedirla. De ello forma parte asimismo el intento de reintegrar a estas personas, si es posible, a la unidad de la Iglesia.

Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe se quejaba Ud. del empobrecimiento y mal uso de la liturgia. Al fin y al cabo, la liturgia es, a su juicio, el eje y quicio de la fe; de ella depende el futuro de la Iglesia. Si esto es así, ¿por qué ha acontecido tan poco en este terreno? Ud. tenía todo el poder para obrar cambios.

Institucional y jurídicamente no se puede hacer tanto. Lo importante es que surja una visión interior de qué es la liturgia, de lo que realmente significa, que las personas lo aprendan desde dentro. Justo por ese motivo he escrito también libros al respecto. Por desgracia, todavía existen esas actitudes tensas de determinados grupos de supuestos especialistas que absolutizan sus teorías y no ven qué es lo esencial. Que no se trata de permitir jugueteos privados cualesquiera, sino de que la liturgia colme la Iglesia y sea celebrada desde dentro. Pero eso no se puede imponer por decreto.

Uno pensaría que el papa tiene plenos poderes para ello, que puede hacer valer su autoridad.

No.

¿No es posible?

No, no es posible.

En lo que respecta al ecumenismo, en su pontificado se hicieron numerosos avances, aunque muchos de ellos no tuvieron apenas eco. ¿Qué es lo más le ha decepcionado en el proceso ecuménico?

En este punto soy difícil de decepcionar, porque conozco bien la realidad y sé qué es lo que se puede esperar en concreto y qué no. La situación que tenemos con los protestantes

es muy diferente de la que hay con los ortodoxos. También los obstáculos para acercarnos unos a otros son de naturaleza distinta. En el caso de los protestantes, diría que el principal problema es, en realidad, su desunión interna. Uno siempre habla tan solo con una realidad parcial, que, a su vez, se contrapone a otras realidades parciales. Como es sabido, atraviesan una grave crisis. Esto puede causarle decepción a uno, por supuesto. Pero quien conoce la realidad no debería esperar una unificación de las Iglesias en el sentido verdadero de la palabra. Hay que luchar para que no dejemos de escucharnos unos a otros, de aprender unos de otros. Para que justo lo esencial, la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, no se pierda, y a partir de ahí surjan las indicaciones básicas para lo práctico.

Sin embargo, al principio de su pontificado habló Ud. muy esperanzado de signos concretos y visibles de una reunificación.

Si se compara la situación actual con la que existía antaño, sí que hemos avanzado. Por otra parte, la Iglesia protestante en Alemania atraviesa una profunda crisis. ¿Hacia dónde se encamina? ¿Qué se puede modernizar? ¿En qué cuestiones hay que ofrecer resistencia? Ahí se dan las fuerzas más opuestas. Existen fuerzas que ya están muy próximas a nosotros y otras que se alejan crecientemente.

Por lo que atañe a la relación con la Ortodoxia en Rusia, parecía por momentos que todavía en su pontificado podría producirse un encuentro entre el papa y el patriarca de Moscú.

Sí, sí, en efecto. Existe una cierta simpatía personal, como ya he apuntado, y también un saber compartido de qué es lo cristianamente esencial, de que debemos atenernos a los grandes conocimientos, también morales, al matrimonio y la familia, etc. En esos terrenos existen grandes afinidades básicas. Máxime dado que en Rusia se hizo visible qué ocurre cuando se abandona todo eso. Por otra parte, los lastres tanto históricos como institucionales son tan grandes que conviene ser muy cautos con las esperanzas concretas.

Pero en este punto hay que mencionar en especial la evolución del todo positiva que ha experimentado la relación entre Roma y Bizancio. Entre las Iglesias de Roma y Constantinopla ha surgido una relación en verdad fraternal. El patriarca Bartolomé I no

solo es una persona de vastísima cultura, sino un auténtico hombre de Dios. Me siento feliz y agradecido de que estemos unidos por una verdadera amistad personal. Incluso vino a verme aquí, a este pequeño monasterio.

Uno de los acontecimientos descollantes de su pontificado es la gran obra sobre Jesucristo, publicada en tres volúmenes, que seguramente será una de las obras de referencia de la fe cristiana para generaciones de sacerdotes y laicos. Pues es la primera vez en la historia que un papa ofrece un estudio decididamente teológico sobre el fundador de la Iglesia. La obra llegó a millones y millones de lectores del mundo entero y señala un giro en la consideración de –y la manera de abordar– los evangelios, de cuya autenticidad no deja Ud. dudas y cuyas afirmaciones reinterpreta para la Modernidad. El proyecto surgió ya antes del comienzo del pontificado. ¿No se planteó si es adecuado que un papa escriba libros?

Sabía que debía escribir esta obra, por lo que nunca dudé de que fuera adecuado hacerlo.

La aparición del primer volumen, en 2007, coincidió con su octogésimo cumpleaños. Con todas sus obligaciones, ¿cómo encontró tiempo para este trabajo?

Eso me pregunto yo también. O sea, que de algún modo el buen Dios me ayudó de forma especial a ello. Para mí era muy, muy importante poder llevar a término este proyecto. Pues así como la liturgia –en cuanto lugar en el que la Iglesia tiene experiencia de sí– es fundamental y nada funciona ya cuando la liturgia deja de ser ella misma, así también ocurre que, si no conocemos ya a Jesús, la Iglesia está acabada. Y el peligro de que determinados tipos de exégesis nos lo destruyan y desgasten sin más de tanto hablar de él es inmenso. Por eso tenía que involucrarme un poco en la guerra de guerrillas de los detalles. Aquí no basta con interpretar espiritualmente el dogma. Hay que implicarse en esa disputa, sin perderse en los detalles exegéticos, pero sí hasta el punto de hacer ver que el método histórico no nos prohíbe la fe.

¿Le hicieron algún tipo de trabajo preparatorio?

No. Yo siempre he formado parte del gremio [P. S.: de los teólogos] y nunca he dejado de seguir los debates y los nuevos conocimientos; en esa medida, estaba preparado para

ello.

¿Y era capaz Ud. de sentarse una vez despachados los asuntos oficiales y seguir escribiendo sin más donde lo había dejado el día anterior? ¿Como cuando uno retoma las agujas y sigue haciendo punto?

(*Se ríe*). Más o menos. Se trataba de un tema que me ocupaba tanto interiormente, un tema que tenía tan presente que, en cuanto, por así decirlo, me reenganchaba, fluía de inmediato.

Cuando uno escribe con ochenta años una obra de tal magnitud y se confronta de nuevo intensamente con una temática de la que se ha ocupado durante toda la vida, ¿qué significa eso para el autor, cómo repercute en él?

Primero tiene que volver uno a leerlo todo, a reflexionar sobre ello. Por una parte, desde los textos evangélicos; por otra, en diálogo con las obras exegéticas más importantes. De este modo, uno aprende el tema de una manera nueva. Fue ya también un progreso espiritual descender de nuevo al fondo y sentir la necesidad de contarlo. Pues uno solo conoce esto interiormente cuando es capaz de expresarlo y lo formula.

¿Le conmueve eso a uno de nuevo muy intensamente?

Sin duda alguna. Vuelve a estar muy cerca de uno. Porque hay que pensarlo todo otra vez bien. Por ejemplo, el discurso escatológico de Jesús, del que todos opinan que implica que con Jerusalén perecerá también el mundo. O también el tema de la expiación. Comprender y penetrar a fondo estos puntos, que son los más difíciles. Y ahí se me ha vuelto a regalar una forma nueva de ver las cosas, cuando creía que ya tenía las ideas fundamentales.

¿Podría decirse que este trabajo fue una insustituible fuerza de energía para su pontificado?

Desde luego que sí. Para mí fue, por así decirlo, un continuo sacar agua de las profundidades de las fuentes.

¿Ha habido en su vida algún instante en el que se haya preguntado si todo lo que creemos sobre Dios no será más que una idea, si no nos despertaremos un día y tendremos que decir: «Vaya, estábamos equivocados»?

La pregunta: «¿Está esto realmente fundado?», me surge, por supuesto, una y otra vez. Pero luego tengo tantas experiencias concretas de fe, experiencias de la presencia de Dios, que estoy bien armado para esos instantes y no pueden conmigo.

¿Y nunca ha tenido Ud. la gran duda? Por ejemplo, en su juventud, en su época de estudiante.

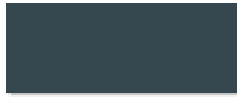
En aquel entonces menos que nunca. La Iglesia estaba tan viva, todo resultaba aún tan sencillo y directo, verdadero y reconciliado. No, solo más tarde, cuando el mundo se fragmentó de tal forma que el cristianismo, la Iglesia misma no parecía saber ya quién era. Pero, gracias a Dios, siempre he sido sostenido.

En su pontificado «solamente» hubo tres encíclicas. ¿Por qué economizó tanto este medio?

Primero, porque quería terminar la obra sobre Jesús. Habrá quien diga, naturalmente, que fue una prioridad errónea. Pero, en cualquier caso, es una razón. Y luego también porque, después de la abundancia de encíclicas que nos regaló Juan Pablo II, creía que ahora podía llevar un ritmo más pausado.

¿Tiene preferencia por alguna de las encíclicas? ¿De cuál de ellas está más satisfecho?

Sí, quizá por la primera, *Deus caritas est*.



13.

VIAJES Y ENCUENTROS

Hablemos ahora de sus encuentros con contemporáneos prominentes. Recibió a Václav Havel, ¿verdad?

En efecto, fue muy hermoso. Había leído algo de él, algo realmente certero. En especial lo que dice sobre la relación de la política con la verdad. Su salud estaba ya bastante quebrantada, pero para mí fue conmovedor hablar con el hombre Václav Havel. Luego, también el encuentro con Shimon Peres fue un gran momento para mí, ya que es un personaje al que admiro. Todos sabemos cómo murió su padre. ¡Y que él, pese a ello, haya logrado mantenerse interiormente tan bondadoso y abierto, con un humanitarismo y una apertura tan limpios!

¿Cómo fue su encuentro con Obama?

Un gran político, por supuesto, que sabe qué hay que hacer para alcanzar éxito y que tiene algunas ideas que no podemos compartir, pero conmigo no fue solo un estratega, sino también una persona reflexiva. Pude notar que buscaba el encuentro personal y que escuchaba. Y algo análogo valdría también para Michelle Bachelet, la presidenta de Chile. Es atea, marxista, por lo que hay muchas cosas en las que no estamos de acuerdo. Pero de algún modo percibí en ella una voluntad ética básica, cercana a lo cristiano. Mantuvimos una sugestiva conversación. En general fue impresionante conocer a estas personas no solo desde su lado político-táctico. Se trata de personas que, si bien están muy lejos de nosotros, tratan de ver lo correcto.

Ud. habla gustosamente con agnósticos, con ateos confesos, con izquierdistas...

Sí, sí, claro, de algún modo forma parte de mi tarea. Pero solo lo hago a gusto si hablan y reflexionan con sinceridad. Por supuesto, también hay fanáticos, que son meros funcionarios de su causa y se limitan a repetir sus eslóganes funcionariales. Pero si son personas a las que se les nota que en algún rincón de su alma tienen desasosiego interior...

¿Le ha visitado alguna vez Jürgen Habermas, con quien en un acto en Múnich mantuvo un debate filosófico que se ha hecho célebre?

Ya no lo he vuelto a ver. En una ocasión me envió durante uno de sus viajes una tarjeta postal y de algún modo ha quedado una pequeña vinculación.

¿Cómo fue el encuentro con Putin?

Interesante. Hablamos en alemán, porque lo domina perfectamente. No profundizamos mucho, pero creo que él –un hombre ávido de poder, por supuesto– está de algún modo convencido de la necesidad de la fe. Es un realista. Ve cómo está sufriendo Rusia a causa del desmoronamiento de la moral. También como patriota, como alguien que quiere volver a hacer de Rusia una gran potencia, ve que la destrucción del cristianismo amenaza con arruinar a Rusia. El ser humano necesita a Dios: eso lo percibe él con toda claridad y a buen seguro también está convencido de ello en su interior. Recientemente, cuando entregó al papa [P. S.: el papa Francisco] el icono, incluso primero se hizo la señal de la cruz y luego besó la imagen...

Con quien evidentemente se entendía muy bien era con Giorgio Napolitano, a la sazón presidente de la República italiana, un antiguo comunista.

En efecto, nos une una verdadera amistad. Ya antes había tenido gran amistad con Francesco Cossiga [P. S.: presidente de la República italiana entre 1985 y 1992], así como con Carlo Azeglio Ciampi [P. S.: presidente de la República italiana entre 1999 y 2006]. Napolitano es un hombre al que le preocupa el derecho y la justicia, el bien, no el éxito de su partido. Nos entendemos realmente bien. También me ha visitado estando ya aquí, en el monasterio.

¿Cuál fue el más delicado de sus viajes?

La visita más delicada fue quizá la que hice a Turquía. Todavía estaba en el ambiente toda esa polvareda suscitada por la conferencia de Ratisbona. Por eso, al principio Erdogan no quería recibirme. Pero poco a poco fue mejorando el clima, de manera que al final hubo un verdadero entendimiento. No obstante, al principio la situación era delicada, y le estoy muy agradecido al buen Dios de que de algún modo se abrieran los corazones por ambas partes.

18 de abril de 2008: pronuncia ante la asamblea general de Naciones Unidas en Nueva York un discurso que se hará famoso. El New York Post escribió sobre su intervención: «Si a alguien no le conmovió, es que no está vivo». Y el Times londinense afirmó: «Durante su viaje a los Estados Unidos de América, Benedicto XVI se ha liberado sin duda de la sombra de su predecesor y ha mostrado su propio carisma». ¿Cómo vivió Ud. todo eso?

En primer lugar, fue impresionante percibir la gran atención con la que se me siguió en la asamblea general de Naciones Unidas durante todo el largo discurso. Y me parece que la ovación de los delegados, todos ellos puestos en pie, fue también expresión de que mis palabras conmovieron realmente a las personas. A continuación hubo toda una serie de encuentros con gente de la más diversa procedencia, con niños, empleados de Naciones Unidas, políticos, lo que permitió que la ONU se convirtiera de institución en una comunidad de personas: dejó de ser para mí mero anonimato e institución y se me presentó en personas a las que les alegraba que el papa estuviera allí, que hubiera ido a la ONU, que hablara con ellas.

Paris, 12 de septiembre de 2008: la intervención en la capital francesa fue para Ud. como jugar en casa. Es evidente que se sentía especialmente a gusto.

Debo reconocer que sí. Me encanta la cultura francesa y de algún modo estoy como en casa. Fue realmente bonito, ya solo la gran misa en la plaza que hay delante del Palacio de los Inválidos, unas doscientas mil personas...

Algo que nadie creía posible...

... el encuentro en la Academia, donde compartimos un rato sencillamente como amigos, también fue conmovedor. Luego, la reunión en el Colegio de los Bernardinos, en la que estuvieron presentes asimismo los antiguos presidentes de la República. Giscard me conocía ya y me había visitado en una ocasión después de nuestro primer encuentro. Puse de relieve las contribuciones que he realizado desde la tradición teológica francesa, por lo que el contacto intelectual estuvo presente, por así decirlo, desde mi propio interior.

París: allí debieron de aflorarle numerosos recuerdos.

Aunque yo no he estado allí con tanta frecuencia como la gente cree. La primera vez fue en 1954, con ocasión de un gran congreso sobre san Agustín; ese fue mi primer gran viaje al extranjero. El principal recuerdo que me queda es el de haber entrado allí en el gran mundo de la ciencia internacional y en el específico mundo intelectual francés.

Pasemos a una visita difícil, aunque se tratara de una visita a casa: Berlín, septiembre de 2010. Supongo que este viaje representó para Ud. un reto especial.

A buen seguro, ya solamente por el hecho de que Berlín sigue siendo ajeno en muchos sentidos a la tradición católica y es expresión de un mundo protestante, en el que lo católico está presente e incluso es vivido, pero resulta de algún modo marginal. Romano Guardini, en las cartas que escribió al párroco Weiger, editadas por Barbara Gerl-Falkowitz, describe de manera fascinante cómo en Berlín el poder de la cultura profana y la pobreza de lo católico frente a ello lo abatió y sacudió incluso físicamente. Es cierto que esta fue una primera impresión que poco a poco se corrigió en alguna medida. Pero la experiencia básica se confirmaría hoy. Así, estaba claro que no cabía esperar que en Berlín las cosas fueran como en Madrid. O como en Londres o Edimburgo. Estas últimas tampoco son ciudades católicas, pero la opinión pública es en cierto modo distinta...

Una opinión pública que justo un año antes había recibido con entusiasmo al papa durante su visita.

No cabe duda de que Berlín es una ciudad fría en este sentido. Por otra parte, los católicos mostraron también que se alegran y que asimismo hay muchos de ellos en

Berlín. La eucaristía en el Estadio Olímpico fue en verdad impresionante...

¿Estaba Ud. preparado para el caso de que ocurriera algo que no le gustara?

Existía ese peligro. Todos sabemos que cuando el papa Juan Pablo II visitó la ciudad se produjeron altercados muy desagradables...

No me refiero ahora a protestas en la calle, sino a los representantes de la sociedad, de la política. El presidente de la República, el señor Wulff, había reclamado ya en sus palabras de bienvenida la modificación de algunos principios católicos.

Con eso había que contar. En ese sentido, todo ello no me sorprendió ni consternó. Fue muy conmovedor el interés que se percibía en el ambiente durante mi discurso en el parlamento, en el *Bundestag*. La atención con que se seguían mis palabras era tal que se habría podido oír caer un alfiler. Y se notaba que aquello no se debía solo a la cortesía, sino que los parlamentarios estaban escuchando con verdadera disposición interior; ese fue para mí un momento significativo.

En su gran discurso en Friburgo reclamó Ud. una «desmundanización» [Entweltlichung] de la Iglesia, necesaria para que la fe pueda volver a desplegar sus principios activos. Con ello no se refiere a un alejamiento de los hombres, de la caridad cristiana, ni a un abandono del compromiso social y político, sino al alejamiento del poder, del dinero, de las falsas apariencias, del engaño y el autoengaño. El discurso se malinterpretó reiteradamente, en parte de forma del todo deliberada, incluso por miembros de la Iglesia. ¿Cómo pudo pasar eso?

El término «desmundanización» le resulta, por lo visto, muy extraño a la gente; de ahí que quizá no fuera del todo acertado colocarlo de ese modo en primer plano. Pero creo que el contenido de la afirmación era suficientemente claro y que quien quiso entenderla la entendió.

Era una afirmación revolucionaria.

En efecto.

Se trataba de seguir ofreciendo resistencia, de resultar incómodos, de no adaptarse, de volver a mostrar que el cristianismo lleva asociada una cosmovisión específica que trasciende con mucho todo lo vinculado con una visión del mundo puramente mundana y materialista e incluye el misterio de la vida eterna. Lo que Ud. pedía era una nueva veracidad y la autenticidad de la vida cristiana, o sea, la verdadera y decisiva reforma de la Iglesia. Algo que ahora al papa Francisco evidentemente se le entiende muy bien.

Exacto, ahí se da una diferencia.

Y ahora sobre la cuestión del impuesto eclesiástico en Alemania: si hubiera dependido únicamente de Ud., ¿lo habría modificado?

De hecho, tengo grandes dudas de que el sistema de impuestos eclesiásticos, tal como hoy existe, sea adecuado. Con ello no pretendo cuestionar la existencia de un impuesto eclesiástico como tal. Lo que en mi opinión no resulta sostenible es la excomunión automática de quienes no lo pagan.

Muchos medios de comunicación alemanes ven en la Iglesia católica un adversario del progreso, al que es necesario combatir. Seguramente ningún papa de los tiempos modernos haya sido tan maltratado en su país natal como Ud. ¿Hasta qué punto le ha afectado esto?

Bueno, los papas de los tiempos modernos fueron todos italianos, con la excepción de Wojtyła; aunque no hay que olvidar que Pío IX fue malentendido cuando se negó a ponerse al frente de Italia en la guerra contra Austria. Al principio se le consideraba un papa patriota, abierto, moderno. Pero después de negarse a satisfacer dicha expectativa, experimentó un rechazo absoluto. Hoy difícilmente podemos imaginar la radicalidad de tal rechazo. Sin embargo, ello demuestra su grandeza; pues si se hubiese dejado investir como líder de Italia, eso habría significado el fin del papado. Conoció una pérdida del favor de los hombres solo soportable para un santo.

Otro ejemplo es Benedicto XV. Para los italianos, la participación en la Primera Guerra Mundial formaba parte todavía del *risorgimento*, del renacimiento de Italia. Trento pertenecía aún a Austria y debía ser recuperada para Italia. Por eso, para ellos la Primera Guerra Mundial constituía un deber patriótico. Y Benedicto XV la caracterizó

como una carnicería absurda. Eso se lo tomaron a mal, muy a mal, incluso numerosos católicos. Pero en el fondo era heroico afirmar: no, no se trata de un acto patriótico, sino de una destrucción sin sentido.

En otras palabras, que encajó bien los ataques contra su persona, que no le afectaron demasiado.

No, máxime cuando pensaba en esos dos papas del siglo pasado y el anterior, Pío IX y Benedicto XV. Ellos vivieron lo mismo de forma mucho más extrema, mucho peor que yo.

Tampoco el establishment católico destacó en Alemania precisamente por su compromiso, por ejemplo, con la nueva evangelización, aunque la pérdida de la fe en el país había alcanzado dimensiones dramáticas.

En Alemania tenemos un catolicismo establecido y altamente subvencionado, a menudo con laicos católicos contratados, que luego se enfrentan a la Iglesia con mentalidad de sindicato. Para ellos, la Iglesia no es sino el patrón frente al que hay que posicionarse críticamente. No les mueve una dinámica de fe, sino que ocupan ese puesto de trabajo como podrían ocupar cualquier otro. Ese es, creo yo, el gran peligro de la Iglesia en Alemania: el tener tantos empleados, lo cual hace que exista un exceso de burocracia que nada tiene que ver con lo espiritual. Los italianos no pueden permitirse tener tanta gente contratada; la mayoría de quienes colaboran con la Iglesia lo hacen como voluntarios. Así, por ejemplo, el gran encuentro de católicos que periódicamente tiene lugar en Rímmini se organiza por convicción. Todo cuanto hay que hacer para preparar los pabellones y que todo funcione bien lo llevan a cabo voluntarios, de manera gratuita. Es una situación muy distinta.

Y que genera otra conciencia.

Por supuesto. Me entristece la situación que se vive en Alemania, este exceso de dinero, que luego, sin embargo, siempre resulta insuficiente, y la amargura que ello engendra, la malevolencia que existe en los círculos de intelectuales alemanes.

¿Cuán grande fue la decepción que le causó su visita a Alemania?

Según mi propia valoración de la visita, el término «decepción» no es el adecuado. Era consciente, por supuesto, de que las fuerzas del catolicismo establecido no iban a estar de acuerdo con el contenido de mis palabras; pero, por otra parte, mi discurso hizo reflexionar, inspiró y alentó a fuerzas que permanecían calladas en la Iglesia. Es del todo normal que tales consideraciones susciten un eco diverso. Lo esencial es la actitud reflexiva y la disposición a la verdadera renovación.

La Habana, 28 de marzo de 2012. Después de visitar México, está Ud. en Cuba. ¿Qué recuerdo guarda de su llegada a La Habana?

Sé, por supuesto, que todo fue dispuesto por el aparato: la gran artillería, las salvas de honor, etc. Pero de algún modo también percibí en el jefe de Estado un reconocimiento del papado y del papa, de la Iglesia y del cristianismo, que permite albergar cierta esperanza.

Yo había propuesto que también en Cuba se declarara festivo el Viernes Santo. La respuesta de Raúl Castro fue: «En sí, eso tan solo es posible con la aprobación del Consejo de Estado. Pero excepcionalmente puedo declararlo festivo este año; luego lo pasamos por el Consejo de Estado y ya lo será para siempre». Y así ocurrió. Me dio la impresión de que para él era importante alejarse sin rupturas de la rígida teoría marxista, conservando la autoridad del Estado, pero incrementando la apertura al cristianismo. Y con ello crece también la libertad.

¿Qué impresión le dejó su encuentro con Fidel Castro?

En cierto modo fue conmovedor. Él es, claro, un hombre ya mayor y enfermo, pero sigue estando muy lúcido y conserva asimismo cierta vitalidad. No creo que en conjunto abandone la estructura intelectual en la que creció. Aun así, es consciente de que las sacudidas experimentadas últimamente por nuestro mundo han hecho que sobre todo la pregunta religiosa se plantee de nuevo. Me pidió que le enviara algunos libros.

¿Lo hizo?

Le envíe la *Introducción al cristianismo* y algún otro texto. No es el tipo de persona de la que deba esperarse a estas alturas una gran conversión, pero sí un hombre que ve que las cosas han evolucionado de modo distinto de como él esperaba, que debe repensar y cuestionar todo.



14.

NEGLIGENCIAS Y PROBLEMAS

Santo Padre, Ud. nombró a un protestante presidente de la Pontificia Academia de las Ciencias. Con Ud. hubo por primera vez en la Pontificia Universidad Gregoriana un profesor musulmán, que enseña allí el Corán. Bajo su dirección surgió, con el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, la base organizativa para la misión en el mundo contemporáneo. Brindó Ud. a otras confesiones cristianas, por ejemplo, a los anglicanos, la posibilidad de vivir su tradición dentro de la Iglesia católica. En el marco de esta conversación solamente podemos abordar una parte de las abundantes decisiones y acontecimientos de su pontificado. Por eso me gustaría clarificar sobre todo aquellas cosas que los críticos aducen no a favor, sino en contra de su ministerio. Uno de los reproches reza que Ud. manifestaba escasa disposición a introducir cambios.

Primero debo decir que uno, en un pontificado que comienza a los setenta y ocho años, no debe perseguir cambios grandes y orientados a perspectivas amplias que luego no pueda realizar él mismo. Ya me he referido a ello. Uno debe hacer lo que es posible en ese momento. Y segundo, ¿cuáles serían esos grandes cambios? Lo importante es que la fe se mantenga en nuestro tiempo. Esta es, en mi opinión, la tarea principal. Todo lo demás son cuestiones administrativas, que no tenían que ser necesariamente resueltas en mi pontificado.

¿No veía Ud. tampoco necesidad de dar un impulso de modernización a la Iglesia católica?

Depende de lo que se entienda por impulso de modernización. La pregunta no es qué y quién es moderno. Lo importante es, de hecho, que no solo anunciemos la fe en formas

verdaderas y buenas, sino que aprendamos a entender y expresar esas formas de un modo nuevo para nuestro presente, pues entonces se configura asimismo un nuevo estilo de vida. Pero eso acontece también. A través de la providencia, a través del Espíritu Santo, a través de nuevos movimientos de religiosas y religiosos. En estos movimientos hay formas en las que se presenta novedosamente la vida de la Iglesia.

Si comparo, por ejemplo, a las hermanas de este monasterio, las *Memores Domini*, con las religiosas de antaño, percibo un gran impulso de modernización. Y es que la fe, allí donde está activa y viva, donde no vive en la negación, sino en la alegría, encuentra también formas nuevas.

Esto es lo que me alegra: que la fe se presente de forma nueva en movimientos incipientes y que la Iglesia adquiera ahí un nuevo rostro. Algo que se percibe sobre todo en las Jornadas Mundiales de la Juventud. Allí no se reúne gente cualquiera que va a remolque de su época, sino jóvenes que perciben que necesitan algo distinto de la fraseología habitual. Jóvenes que allí comienzan a apasionarse realmente por la fe. En estos eventos, que impulsó Juan Pablo II, se está formando una nueva generación, está adquiriendo la Iglesia un rostro nuevo y joven.

Ud. reclamó ya pronto que la Iglesia se desprendiera de ciertos bienes materiales, para que así su verdadero bien pudiera surtir efecto. ¿No debería haberse plasmado esta consigna durante su pontificado asimismo en signos y hechos más claros?

Quizá, pero es muy difícil. En esto, uno siempre tiene que empezar por sí mismo. ¿Posee el Vaticano demasiado? No lo sé. Hay mucho que hacer por los países más pobres, que necesitan nuestra ayuda. Está la Amazonia, está África, etc. El dinero se tiene o debería tenerse sobre todo para darlo, para servir. Pero para que sea posible darlo, primero ha de entrar de algún modo. Así que no sé bien de qué podríamos habernos desprendido en realidad. Creo que esto es algo que cada Iglesia local, empezando por la Iglesia alemana, debería preguntarse a sí misma.

Lo que está teniendo lugar ahora con el papa Francisco es también un cuestionamiento de estructuras oficiales de la Iglesia que ya no encajan en nuestra época.

El IOR [P. S.: el banco del Vaticano, el *Istituto per le Opere di Religione*] fue para mí desde el principio un gran interrogante e intenté introducir reformas en él. Eso no se puede hacer de prisa, porque uno mismo tiene que ponerse primero al corriente. Era importante quitarlo de las manos en las que estaba. Había que encontrar un nuevo equipo directivo y, por muchas razones, parecía adecuado no volver a nombrar como responsable a un italiano. Puedo decir que con el barón Freyberg encontré una solución muy buena.

¿Fue idea suya?

Sí. A ello hay que añadir las nuevas leyes que se aprobaron bajo mi responsabilidad, con objeto de imposibilitar, por ejemplo, el lavado de dinero. Esto ha recibido reconocimiento internacional. En cualquier caso, hice bastante por reformar el IOR. Reforcé asimismo las dos comisiones internacionales encargadas de supervisar estos temas, que constataron claros avances. En silencio trabajé aquí tanto en la legislación como en las cosas concretas. Pienso que ahora se puede enlazar con lo hecho y desarrollarlo.

Durante su pontificado salieron a la luz hechos que durante largo tiempo se habían encubierto.

Quería hacer, por supuesto, más de lo que pude hacer. A raíz de la novena estación del vía crucis [P. S.: cuando el todavía cardenal Ratzinger habló sobre la suciedad de la Iglesia], muchos dijeron: «Ah, ahora como papa intervendrá ahí». Claro que quería hacerlo, pero ¡es tan difícil hincar el diente a estos asuntos! Se solapan los problemas estructurales y los problemas de personal, y las intervenciones precipitadas pueden destruir más de lo que arreglan. Por eso, ahí solo se puede proceder lenta y cautelosamente.

Tras su renuncia se conoció que había despedido o expulsado Ud. a cientos de sacerdotes en el mundo entero por asuntos relacionados con abusos sexuales contra menores.

Cuando comenzó este escándalo, el derecho penal del código canónico [P. S.: *Codex Iuris Canonici*, recopilación de las leyes o cánones por los que se rige la Iglesia] tan solo permitía la suspensión de los clérigos involucrados. Pero esto resultaba del todo insuficiente para satisfacer las exigencias del derecho estadounidense, ya que los culpables, si bien suspendidos, continuaban siendo presbíteros. Entonces, junto con los obispos de Estados Unidos decidimos: solo reduciendo a estos sacerdotes al estado laical quedará claro que han sido castigados, que han sido expulsados del ministerio presbiteral.

¿Habla de la época en la que aún era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe?

Sí, sí, claro. Elaboré la reforma del derecho penal, que en sí era muy débil, a fin de reforzar sobre todo la protección de las víctimas y, con ello, poder intervenir también con mayor rapidez. Pues los procesos se alargan sin fin y, si hasta diez años después no puedo castigar, entonces ya es demasiado tarde.

La expulsión de unos cuatrocientos sacerdotes...

Eso fue ya como papa, pero sobre la base del derecho que habíamos elaborado con anterioridad.

También sobre el caso Williamson hablamos por extenso en Luz del mundo [9]. Una última pregunta a este respecto: ¿cuándo exactamente fue informado Ud. de los problemas?

En cualquier caso, una vez que ya había sucedido. No entiendo que, si era algo tan conocido, ninguno de nosotros se percatara de ello; me resulta incomprensible, inconcebible.

Su secretario de Estado, el cardenal Bertone, podría haberle pedido que aplazara la firma del decreto.

Sí, claro.

¿No habría representado ningún problema?

Por supuesto que no. Sin embargo, no creo que él lo supiera; me parece inconcebible.

El caso Williamson puede considerarse en cierto modo como un punto de inflexión del pontificado. ¿Lo ve Ud. así también?

Desencadenó, por supuesto, una enorme batalla propagandística contra mí. Mis adversarios tenían por fin argumentos para decir: este no sirve, no es la persona idónea para el cargo. En ese sentido, fue un periodo de oscuridad, un tiempo difícil. Pero la gente comprendió luego que yo realmente no había sido informado.

¿Es cierto que no hubo consecuencias de orden personal?

No, no lo es. Hubo consecuencias, por cuanto reorganicé de arriba abajo la comisión *Ecclesia Dei*, que era la que tenía la competencia en este asunto. El caso Williamson me hizo ver que no funcionaba adecuadamente.

¿No fue Ud. ahí demasiado blando?

A mi juicio, la culpa la tenía solo esta comisión. Y la reestructuré a fondo.

Los autores italianos Andrea Tornielli y Paolo Rodari, en su libro En defensa del papa, que se publicó ya antes del escándalo de Vatileaks, llegan a la conclusión de que existían complots, campañas mediáticas y ataques contra el papa Benedicto desde círculos anticatólicos. ¿Notó Ud. en ciertos proyectos también resistencias dentro de la Curia?

No, no podría decir eso. En cualquier caso, las personas determinantes, los prefectos de las congregaciones y los presidentes de los consejos, estaban todos conmigo.

Vehementemente criticado fue en especial su secretario de Estado, el cardenal Tarcisio Bertone, quien no procedía de la carrera diplomática. Con un profesional al frente de la secretaría de Estado, aseguraban sus críticos, no se habrían producido muchos de los

errores y negligencias que luego pesaron en contra de Ud. ¿Por qué no cesó a Bertone y confió a otra persona este importante cargo?

Porque no tenía ninguna razón para ello. Es cierto que Bertone no era diplomático; era pastor de almas, obispo y teólogo, profesor, canonista. Pero, como canonista, había enseñado también derecho internacional y conocía a la perfección los aspectos jurídicos del servicio que prestaba. Lo único es que algunos sectores albergaban de antemano grandes prejuicios contra él. Y, desde luego, aprovecharon toda oportunidad para verlos confirmados. Bertone quizá cometió errores por viajar demasiado, etc. Pero ¿quién no comete errores? Para mí era y sigue siendo un hombre de fe que intentó servir rectamente a la Iglesia. Por lo demás, están en marcha investigaciones canónicas sobre algunos problemas concretos y hay que esperar a los resultados.

¿Es cierto que en un encuentro con Ud. varios cardenales, entre ellos el cardenal Schönborn, exigieron la destitución de Bertone? Su respuesta, supuestamente, fue: «Bertone sigue. ¡Y punto!».

No, eso no ocurrió.

Al igual que el santo cuyo nombre eligió como papa, san Benito [Benedetto da Norcia], también Ud. se vio confrontado con un «cuervo», como se llamó a su mayordomo Paolo Gabriele, quien sustrajo informes confidenciales de su entorno más cercano. ¿Hasta qué punto le afectó esta historia?

En todo caso, no en el sentido de que cayera en una suerte de desesperación o melancolía. Me resulta simplemente incomprensible. Aunque analice a la persona, soy incapaz de entender cómo puede alguien desear algo así. Qué puede uno esperar de ello. No logro penetrar en esta psicología.

Hay quien opina que también el hecho de que sea Ud. demasiado confiado posibilitó que pasara algo así.

No fui yo quien escogió a Gabriele. No lo conocía de nada. Pasó todo el sistema de selección, todas las pruebas. Y a todo el mundo le parecía el hombre idóneo.

Se dice que el conocimiento de la naturaleza humana no es en general uno de sus puntos fuertes.

(*Se ríe*). En efecto, lo admito. Por otra parte, que sea precavido y cauteloso se debe a que he experimentado con frecuencia, tanto en otros como en mí mismo, los límites del conocimiento de la naturaleza humana.

¿Cómo veía Ud. el lado jurídico de este caso?

Para mí era importante que también en el Vaticano, justamente en el Vaticano, estuviera garantizada la independencia de la justicia. Que el monarca no diga: ahora me encargo yo de esto; en un Estado de derecho, la justicia tiene que seguir su propio camino. El monarca puede indultar *a posteriori*; eso es algo distinto.

Su antiguo mayordomo fue condenado el 6 de octubre de 2012 a dieciocho meses de prisión por sustracción de documentos. El 25 de octubre ingresó en la cárcel del Vaticano. Ud. lo visitó el 22 de diciembre, lo perdonó y lo indultó del cumplimiento del resto de la pena. Gabriele fue puesto en libertad ese mismo día. ¿Qué le dijo Gabriele cuando lo visitó?

Estaba consternado por lo que había hecho. No quiero analizar su personalidad. Es una curiosa mezcla, lo que se le hizo creer o lo que él mismo se imaginó. Comprendió que eso nunca debería haber pasado, que se había aventurado por un camino erróneo.

Se especuló sobre si un mayordomo podía haber llevado a cabo una acción de semejante magnitud por sí solo. ¿Qué piensa Ud.?

La filtración de los documentos la llevó a cabo él solo, eso es seguro. Nadie más tenía acceso a ellos.

Pero es posible que hubiera camaradas, amigos, que le animaran a hacer lo que hizo.

Puede ser, pero yo no lo sé. En cualquier caso, no se halló nada que así lo sugiera.

Para la clarificación de estos asuntos creó Ud. una comisión específica, independiente. ¿No le conmocionó descubrir que en el Vaticano existen envidia, celos, afán de hacer carrera e intrigas en tan gran medida?

En realidad, eso es algo que ya se sabía. Debo decir expresamente que todo eso existe, pero que eso no es todo el Vaticano. ¡Hay tanta gente realmente buena, que trabaja con total entrega, desde la mañana a la noche! Conozco tanto bueno que no puedo sino decir: en fin, también esto hay que aceptarlo. En un organismo con varios miles de personas es imposible que no exista más que puro bien. Es necesario admitir lo uno, con toda la tristeza que suscita, pero sin pasar por alto lo otro. Me conmueve constatar cuánta gente me encuentro aquí que, desde lo hondo de su ser, realmente quiere hacer algo por Dios y por la Iglesia y por los hombres y está ahí, al pie del cañón. ¡Cuántas personas realmente bondadosas y limpias he conocido aquí! Para mí, eso pesa más que lo otro, y me digo: ¡así es el mundo! ¡Eso nos lo advirtió ya el Señor! Las redes también atrapan peces malos.

Para cerrar este bloque: su sucesor ha hablado de un lobby gay en el Vaticano, de una red de enchufistas homosexuales. Eso sería un problema. ¿Lo veía Ud. también así?

De hecho me indicaron la existencia de un grupo tal, que procedimos a disolver. Esto formaba parte justamente del informe de esa comisión trimembre de la que ya hemos hablado, la cual identificó un grupo, pequeño, cuatro, cinco personas, que deshicimos. No sé si volverá a formarse algo parecido. En cualquier caso, no se trata de que existan por doquier ese tipo de cosas.

El caso Vatileaks, ¿le hizo sentirse hastiado del cargo?

No, pues entiendo que algo así siempre puede pasar. Sobre todo, como ya he dicho, no puede uno abandonar el barco cuando la tormenta azota con más fuerza; hay que mantenerse firme.



15. RECAPITULACIÓN

Papa Benedicto, ya en la década de 1950 profetizó Ud. un enorme retroceso de la fe en grandes regiones de Europa. Eso le reportó fama de pesimista. Hoy se constata que su visión de la «Iglesia pequeña» –que pierde muchos de sus privilegios, es combatida y congrega un número cada vez menor de fieles– ha terminado por resultar cierta.

Sí, en efecto. Y yo diría que la descristianización continúa avanzando.

¿Cómo ve hoy el futuro del cristianismo?

Salta a la vista que hoy el cristianismo ya no es sinónimo de cultura moderna y que la forma fundamental cristiana ha dejado de ser determinante. En la actualidad vivimos en una cultura positivista y agnóstica, que se muestra crecientemente intolerante con el cristianismo. En este sentido, la sociedad occidental, al menos en Europa, ya no será sin más una sociedad cristiana. En tanta mayor medida tendrán entonces que esforzarse los creyentes por seguir formando y sosteniendo la conciencia de los valores y la conciencia de la vida. Será importante que las distintas parroquias e Iglesias locales vivan su fe con mayor decisión. La responsabilidad será mayor.

¿Cuál sería para Ud. a posteriori el hilo conductor, el rasgo distintivo de su pontificado?

Diría que el «Año de la fe» expresa bien esto: un nuevo estímulo para creer, una vida desde el centro, desde lo dinámico, redescubrir a Dios, redescubrirlo en Cristo, o sea, encontrar de nuevo la centralidad de la fe.

¿Se ve Ud. como el último papa de una era antigua o como el primero de una nueva era?

Diría que estoy entre dos épocas.

¿Como un puente, como una suerte de vínculo entre mundos?

Yo no pertenezco ya al mundo antiguo, pero tampoco el nuevo existe realmente aún.

¿Es la elección del papa Francisco quizá el signo externo de un cambio de época?

¿Comienza definitivamente con él una nueva era?

La división de la historia en épocas siempre se lleva a cabo a toro pasado; es entonces cuando se cobra conciencia de que la Edad Media comenzó en tal momento o la Modernidad en tal otro. Solo *a posteriori* se ve cómo han transcurrido los movimientos. Por eso, no me atrevería yo ahora a afirmar tal cosa. Pero es evidente que la Iglesia está saliendo progresivamente del antiguo sistema europeo de vida y, en esa misma medida, adquiriendo otra figura, de modo que en ella viven ahora formas nuevas. Vemos sobre todo cómo avanza la descristianización de Europa, que en el continente europeo lo cristiano desaparece cada vez más de la esfera pública. Eso obliga a la Iglesia a encontrar una nueva forma de presencia, a alterar su modo de presencia. Está en marcha un cambio de periodo histórico. Pero aún no sabemos a partir de qué momento puede decirse que ha comenzado lo nuevo.

Ud. conoce, Santo Padre, la profecía de san Malaquías, quien en la Edad Media predijo el final de los tiempos, al menos un final de la Iglesia, acompañando esa profecía de una lista de los papas que todavía habían de ocupar la sede petrina. Según dicha lista, el papado termina con su pontificado. ¿Le preocupa que de hecho pueda ser Ud. el último de los papas, al menos el último de los papas en la forma conocida hasta ahora?

Todo puede ser. Esta profecía surgió probablemente en los círculos que rodeaban a Felipe Neri. Y lo que pretendía no era sino contestar a los protestantes, quienes a la sazón hablaban de que el papado había llegado a su fin, mostrarles con una serie interminable de futuros papas que eso no era así, que el papado no estaba agonizando.

Pero de ahí no hay por qué inferir que este realmente acabará cuando se alcance el último nombre de la lista. A pesar de su extensión, la lista se quedó corta.

¿Qué es lo que menos le gustaba de su ministerio?

Diría que las múltiples visitas políticas. Y eso que luego, en lo concreto, solía resultar bonito hablar con jefes de Estado o embajadores, porque uno también vivía experiencias realmente bellas. La mayoría de ellos son en verdad personas con intereses espirituales, aun cuando no se trate de cristianos. Pero la parte política del ministerio era de algún modo la que más me costaba.

¿Hay algo en lo que Ud. no esté contento consigo mismo?

Sí, claro; por ejemplo, que no siempre tuve fuerza para llevar a cabo las catequesis de forma tan interpelante y humana como me habría gustado.

Digámoslo así: su retórica era muy contenida. Sobre todo porque durante la exposición Ud. apenas establecía contacto visual con su auditorio y la voz sonaba algo monótona.

¿Era un proceder deliberado?

No, no. Ese era yo, tengo que admitirlo también, con una voz carente a menudo del necesario vigor y el texto aún no suficientemente interiorizado como para poder presentarlo con mayor libertad. Ese era sin duda una de mis puntos débiles. Y mi voz, en sí, es débil.

Pero uno de sus puntos fuertes es, sin embargo, la capacidad de hablar como un libro abierto.

Tal vez, pero cuando hay que hablar tanto y tan frecuentemente como ha de hacerlo un papa, uno se siente algo desbordado.

El papa tiene mucha gente a su alrededor, se reúne sin cesar con personas importantes. Pero ¿no hay también momentos de soledad en los que uno, en lo más hondo de su ser, puede sentirse terriblemente solo?

Sí, pero gracias a que me siento tan vinculado con el Señor, nunca estoy del todo solo.

Quien cree, ¿no está nunca solo?

Así es, en verdad. Uno sencillamente sabe: no soy yo quien hace esto. Solo no podría hacerlo. Él siempre está ahí. No tengo más que escuchar y abrirme de par en par a él. Y luego compartir las cosas con los colaboradores más estrechos.

¿Cómo se logra esa escucha, ese abrirse de par en par a Dios? Si pudiera dar Ud. un consejo a ese respecto...

(Se ríe).

¿Cuál es la mejor manera de hacer eso?

Pues suplicando al Señor –¡tienes que ayudarme ahora!– y recogiendo interiormente, permaneciendo en silencio. Y luego de cuando en cuando se puede llamar a la puerta con la oración y demás, y suele funcionar.

¿A qué le habría gustado dedicarse más intensamente en su vida?

A la ciencia teológica, sin duda. «Revelación», «Escritura», «tradicición» y «teología como ciencia» forman el complejo temático sobre el que habría querido trabajar científicamente más a fondo, algo que no pude hacer. Pero, a pesar de todo, estoy contento con el camino que he recorrido. El buen Dios quiso para mí esta otra tarea. Y para mí ello ha sido, evidentemente, lo adecuado.

Pero después de tantas décadas, ¿no se pierde también un poco la confianza en el propio gremio, en la fuerza de la teología y de los teólogos? Cuando uno se pregunta: «¿Qué hemos conseguido realmente?»...

La teología universitaria alemana atraviesa, a buen seguro, una crisis y necesita nuevas cabezas, nuevas energías, una nueva intensidad de la fe. Pero la teología misma se halla incesantemente de camino. Le estoy agradecido al buen Dios por lo que he podido hacer, que, aun cuando lo veo en sus humildes dimensiones, ha sido algo más que frutos

ocasionales, algo más que trabajos de índole pastoral-espiritual. Lo que he podido hacer es, como ya he dicho, distinto de lo que quería hacer –deseaba ser durante toda mi vida un buen profesor universitario–, pero *a posteriori* considero que ha estado bien así.

Sin embargo, Ud. ha seguido siendo visto como un profesor. Se le denominaba el «papa profesor» o el «papa teólogo». ¿Se sentía adecuadamente caracterizado de esa forma?

Yo diría que he intentado ser ante todo un pastor. A ello le es inherente, por supuesto, el apasionado trato con la palabra de Dios, o sea, con lo que un profesor de teología debe hacer. Y a eso se añade el dar testimonio de la fe, el confesar la fe, el ser –en este sentido– un «confesor». Los términos latinos *professor* y *confessor* son filológicamente casi sinónimos, aunque la tarea va más en la línea de la confesión.

¿Cuál considera que es su lado débil?

Quizá gobernar de forma clara y con metas bien definidas, tomar las decisiones que son necesarias. En este sentido, sí que soy de hecho más bien un profesor, alguien que reflexiona y piensa sobre asuntos intelectuales. El gobierno práctico no es lo mío, y ahí en cierto modo tengo, diría yo, un punto débil.

¿Y qué piensa que ha hecho especialmente bien?

(*Se ríe*). No lo sé.

En su autobiografía habla con frecuencia de «nuevas penalidades». ¿Tiene la sensación de haber vivido una vida difícil?

No diría eso. Es cierto que ha habido momentos difíciles y fatigosos, pero también tantas experiencias bonitas que no diría que mi vida ha sido difícil, no.

¿Qué es lo que aún se puede aprender en edad avanzada, máxime siendo papa?

Siempre se puede aprender. En primer lugar, uno tiene que seguir aprendiendo qué nos dice la fe en nuestra época. Y hay que aprender más humildad, más sencillez, más

pasión, más valor para oponerse. También, por otra parte, apertura y disposición a seguir hacia delante.

Como papa, ¿ha sido Ud. un reformador, un conservador o, como opinan sus críticos, un fracasado?

No puedo verme como fracasado. Desempeñé el ministerio petrino ocho años. En ese tiempo hubo muchas situaciones difíciles, si se piensa, por ejemplo, en los escándalos de pedofilia, en el estúpido caso Williamson o en los *Vatileaks*. Pero en conjunto fue también un periodo de tiempo en el que numerosas personas reencontraron el camino hacia la fe y existió un gran movimiento positivo.

¿Reformador o conservador?

Siempre es preciso hacer ambas cosas. Hay que renovar, por lo que he intentado abrir camino hacia delante desde una reflexión moderna sobre la fe. Al mismo tiempo se necesita también continuidad; es importante no permitir que se desgarre la fe, que se quebrante.

¿Ha disfrutado como papa?

(*Se ríe*). Bueno, diría que sabía que estaba siendo sostenido y, en ese sentido, me siento agradecido por muchas vivencias hermosas. Pero, por supuesto, siempre fue también una carga.

Y por volver a su actual situación como papa emérito, algo que en la historia de la Iglesia aún no se había dado, ¿podría decirse que Joseph Ratzinger, el papa Benedicto, el hombre de la razón, el audaz pensador, se dirige al final como monje, como orante, hacia donde el entendimiento solo no basta?

En efecto, así es.

Hay una pregunta que nos ocupa sin cesar: ¿dónde está en realidad este Dios del que hablamos, del que esperamos ayuda? ¿Cómo y dónde se le puede ubicar? Ahora

contemplamos una porción cada vez más amplia del universo, con sus miles de millones de planetas e innumerables sistemas solares, pero por lo que hemos podido ver hasta la fecha por ninguna parte existe algo que uno pueda imaginarse como el cielo en el que supuestamente tiene Dios su trono.

(*Se ríe*). En efecto, porque algo así no existe: un lugar donde él tenga su trono. Dios mismo es el lugar por encima de todos los lugares. Si Ud. contempla el mundo, no ve el cielo, pero por doquier percibe huellas de Dios. En la estructura de la materia, en toda la racionalidad de la realidad. Y también cuando mira a los hombres, encuentra asimismo huellas divinas. Ve el vicio, pero también la bondad, el amor. Esos son los lugares donde está Dios.

Hay que desprenderse enteramente de estas antiguas nociones espaciales, que no sirven ya, aunque solo sea por el hecho de que el universo, si bien no infinito en sentido estricto, sí que es tan grande que nosotros los hombres podemos calificarlo de infinito. Y Dios no puede estar en algún lugar, dentro o fuera, sino que su presencia es de índole distinta.

Es realmente importante que renovemos en muchos aspectos nuestro pensamiento, que eliminemos por completo estas nociones espaciales y entendamos las cosas de un modo nuevo. Así como entre personas existe la presencia anímica –dos hombres pueden estar en contacto aunque se hallen en continentes distintos, porque esa es una dimensión distinta de la espacial–, así tampoco Dios está en un lugar concreto, sino que él es *la* realidad. La realidad que sostiene toda realidad. Y para esta realidad no necesito un «dónde». Porque estar en un lugar implica siempre una limitación, y ello no se compadece con el hecho de que Dios sea el Infinito, el Creador, el todo, el que engloba todo tiempo, pero no es él mismo tiempo, sino que lo crea y está siempre presente en él.

Creo que aquí hay mucho que cambiar. Al igual que también ha cambiado toda nuestra imagen del ser humano. Ya no tenemos solo seis mil años de historia [P. S.: como metafóricamente sugiere la cronología bíblica], sino muchos más, no sé exactamente cuántos miles o cientos de miles de años más. Dejemos abiertos estos números hipotéticos. Sea como fuere, con estos conocimientos la estructura del tiempo, de la historia, se revela hoy distinta. Es ante todo la teología la que debe ponerse a trabajar más a fondo en estas cuestiones para volver a proporcionar a las personas posibilidades representativas. En este punto, la traducción de la teología y la fe al

lenguaje actual presenta todavía enormes deficiencias; es necesario crear esquemas de representación que ayuden a los hombres a entender en la actualidad que no deben buscar a Dios en un lugar concreto. Aquí hay mucho que hacer.

¿Es entonces Dios de algún modo un espíritu, una energía? La fe cristiana habla, en cambio, de un Dios personal.

Exacto. Precisamente el que sea *persona* significa que no se puede circunscribir a un lugar concreto. En nosotros los seres humanos, la *persona* es también lo que trasciende el mero espacio y me abre a la infinitud. Lo que me permite estar aquí y en otro lugar al mismo tiempo. Lo que hace que no esté solo allí donde en este preciso momento se encuentra mi cuerpo, sino que viva con un horizonte muy amplio. Y justo porque Dios es persona, no puedo fijarlo en un lugar físico concreto, pues la persona es lo abarcador, lo diferente, lo mayor.

¿Ud. no se hace ninguna representación de Dios?

No.

¿Como los judíos?

Sí. Aunque, por supuesto, sí que me hago una representación de Dios en la medida en que Dios está ahí en Jesucristo, en un ser humano.

¿«Quien me ve a mí ve al Padre»?

En efecto. Aquí él es realmente representable.

Se encuentra ahora, tal como Ud. mismo lo formuló, en la última fase de su vida. ¿Es posible prepararse para la muerte?

Pienso que incluso es necesario hacerlo. No en el sentido de realizar ya ahora ciertos actos, sino en el sentido de vivir interiormente pensando en que uno tendrá que pasar algún día un último examen ante Dios. En que uno abandonará este mundo y se presentará ante él y ante los santos y ante los amigos y ante quienes no lo fueron tanto. O

sea, la preparación para la muerte consiste en aceptar la finitud de esta vida y en encaminarse interiormente hacia el encuentro con el rostro de Dios.

¿Cómo hace Ud. eso?

Sencillamente en una meditación. Pensando una y otra vez que el fin se acerca. Intentando hacerme a la idea y, sobre todo, manteniéndome presente a mí mismo. Lo importante no es que me lo represente, sino el hecho de vivir con la conciencia de que toda la vida se dirige hacia un encuentro.

¿Cuál sería su epitafio? ¿Qué pondría en su lápida?

(*Sonríe*). Creo que nada. Solo el nombre.

Aquí me viene a la mente su lema episcopal: «Colaborador de la verdad». ¿Cómo se le ocurrió?

Obedece a lo siguiente: hace tiempo que la verdad ha sido dejada en parte a un lado, porque se antoja demasiado grande. La afirmación: «¡Tenemos la verdad!», es algo que en realidad nadie se atreve a decir, de suerte que también nosotros en la teología hemos renunciado en gran medida al concepto de verdad. Pero en aquellos años de lucha, en la década de 1970, cobré clara conciencia de lo siguiente: si nos olvidamos de la verdad, ¿para qué hacemos todo esto? Así pues, la verdad tiene que entrar en juego.

Es cierto que no podemos decir: «Tengo la verdad». Pero la verdad nos tiene a nosotros, nos ha tocado, nos ha rozado. Y tratamos de dejarnos llevar por este contacto. Me acordé de la frase de la Tercera carta de Juan que afirma que somos «colaboradores de la verdad». Con la verdad se puede colaborar porque es persona. Es posible comprometerse con ella, intentar hacerla valer. Eso me pareció, por último, la verdadera definición del oficio del teólogo, por cuanto este, a quien la verdad ha rozado y se le ha presentado, está ahora dispuesto a ponerse a su servicio, a trabajar en ella y para ella junto con otros.

«Colaborador de la verdad»: ¿podría ser ese su epitafio?

Sí, claro. Diría que, si ya es mi lema, también puede figurar en mi lápida.

Una última pregunta en estas últimas conversaciones: el amor es uno de sus temas centrales, como estudiante de teología, como catedrático, como papa. ¿Qué lugar ha ocupado el amor en su vida? ¿Cómo ha sentido y gustado Ud. el amor, cómo lo ha vivido con sentimientos profundos? ¿O era más bien una cuestión teórica, filosófica?

No, no, de ninguna manera. Cuando uno no lo ha sentido, tampoco puede hablar sobre él. Lo sentí primero en mi casa, con mi padre, mi madre, mis hermanos. Por lo demás, no me gustaría entrar ahora en detalles personales; en cualquier caso, lo he vivido en diferentes dimensiones y formas. He cobrado creciente conciencia de que ser amado y devolver amor a otros es fundamental para poder vivir, para poder decirse sí a uno mismo y poder decir sí a los demás. Por último, cada vez he visto con mayor claridad que Dios mismo no solo es, por así decirlo, un gobernante poderoso y un poder lejano, sino que es amor y me ama; de ahí que la vida deba estar moldeada por él. Por esa fuerza que se llama amor.

Notas

[1] *Nunc dimittis* son las palabras con las que comienza en latín el canto de alabanza de Simeón. Procede del relato bíblico de la presentación del Señor en el templo de Jerusalén (cf. Lc 2,29-32). El anciano Simeón reconoce a Jesucristo como el Mesías esperado, alaba a Dios y se siente preparado ya para morir: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos...».

[2] La «Oración general» de san Pedro Canisio, el «segundo apóstol de Alemania», dice así: «¡Oh Dios todopoderoso y eterno, Señor, Padre celestial! Mira nuestra calamidad, miseria y necesidad con los ojos de tu insondable misericordia. Compadécete de todos los fieles cristianos, por los que tu Hijo unigénito, nuestro amado Señor y Salvador Jesucristo, se entregó voluntariamente en manos de los pecadores y derramó su preciosa sangre en el tronco de la Santa Cruz. Por los méritos de nuestro Señor Jesús aparta de nosotros, oh Padre clementísimo, los castigos merecidos, los peligros presentes y futuros, los disgustos dañinos, los preparativos bélicos, las carestías, las enfermedades, las épocas de tristeza y miseria. Ilumina también y fortalece en todo lo bueno a los dirigentes y gobernantes tanto espirituales como seculares, para que fomenten todo lo que pueda contribuir a tu gloria divina y a nuestra salvación, así como a la paz universal y al bienestar de la cristiandad en la paz. Concédenos, oh Dios de la paz, una adecuada reunificación en la fe, sin cismas ni divisiones; convierte nuestros corazones a la verdadera penitencia y a la enmienda de vida; haz que prenda en nosotros el fuego de tu amor; danos hambre y celo de toda justicia, para que, como niños obedientes, te resultemos agradables y placenteros en la vida y en la muerte. También te suplicamos, como tú quieres que te supliquemos, oh Dios, por nuestros amigos y enemigos, por los sanos y los enfermos, por todos los cristianos tristes y compungidos, por los vivos y los difuntos. En tus manos ponemos, oh Señor, todas nuestras acciones y omisiones, nuestra actividad y cambio, nuestra vida y muerte. ¡Permítenos disfrutar aquí de tu gracia y llegar aquí, con todos los elegidos, a alabarte, honrarte y glorificarte en la paz y la dicha eternas! ¡Concédenos todo esto, oh Señor, Padre celestial! Por Jesucristo, tu Hijo amado, quien junto contigo y con el Espíritu Santo vive y reina, como Dios en igual medida, de eternidad en eternidad. Amén».

[3] En la entrevista que concedió a la revista jesuita *La Civiltà Cattolica*, publicada en septiembre de 2013, el papa Francisco respondió a preguntas sobre su biografía, su pensamiento y su imagen de Iglesia.

[4] «Als Mensch voll krassem Gegensatze / steht nun der Hacki auf dem Platze, / sowenig er im Sporte kann, / ist er der Wissenschaften Mann». El significado del apodo «Hacki» no está claro, pero el verbo alemán *hacken* significa cortar algo en trozos pequeños y también dar picotazos; una referencia de la cultura popular de aquellos años podría ser el personaje, primero de tebeo y luego de dibujos animados, conocido entre nosotros como el Pájaro Loco o Loquillo, un pájaro carpintero algo incordiante, que en alemán se llamaba *Hacky der Specht* [N. del T.].

[5] Después de residir en Marktl am Inn, Tittmoning y Aschau, en abril de 1937 la familia se trasladó a una pequeña y antigua granja en el pueblo de Hufschlag, junto a Traunstein, que el padre había comprado ya en 1933 por 5.500 marcos imperiales. En cuanto Hitler subió al poder, Joseph Ratzinger padre lo tuvo claro: «Ahora viene la guerra, necesitamos una casa».

[6] El matemático y filósofo francés Blaise Pascal tuvo en 1654 una experiencia mística, de la que dejó constancia en su luego famoso *Mémorial* [en el sentido de recordatorio], un texto escrito en una estrecha tira de pergamino que llevaba siempre consigo. A Dios no se le encuentra por la vía del pensamiento, se dice en él, en

las pruebas filosóficas de la existencia de Dios («no el Dios de los filósofos y eruditos»), sino que es una experiencia como el fuego, que Pascal describe con palabras que aluden explícitamente al relato veterotestamentario de la zarza ardiente (Ex 3,6: «Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob»).

[7] Extracto de la «conferencia de Ratisbona», dictada el 12 de septiembre de 2006, en la que Benedicto XVI cita al emperador bizantino Manuel II Paleólogo: «Sin detenerse en detalles, como la diferencia de trato entre los que poseen el “Libro” y los “incrédulos”, con una brusquedad que nos sorprende, brusquedad que para nosotros resulta inaceptable, se dirige a su interlocutor llanamente con la pregunta central sobre la relación entre religión y violencia en general, diciendo: “Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas, como su disposición de difundir por medio de la espada la fe que predicaba”. El emperador, después de pronunciarse de un modo tan duro, explica luego minuciosamente las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo insensato. La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma...».

[8] Existe una enconada polémica sobre la oración del Viernes Santo por los judíos según el rito romano, una de las peticiones de la «oración universal» de la liturgia del Viernes Santo. La versión originaria procede del siglo VI. Calificaba a los judíos de *perfidis* («infieles») y suplicaba a Dios que arrancara «el velo de sus corazones», les concediera conocer a Cristo y los rescatara de la «obcecación» y las «tinieblas». En la estela de la reforma de la liturgia iniciada por el concilio Vaticano II, Pablo VI dispuso que se modificara el tenor de la petición. En la actualidad, en la celebración habitual del Viernes Santo se lee el siguiente texto: «Oremos también por el pueblo judío, el primero a quien Dios habló desde antiguo por los profetas, para que el Señor acreciente en ellos el amor de su nombre y la fidelidad a la alianza que selló con sus padres». Cuando Juan Pablo II autorizó a los obispos que permitieran a determinados grupos celebrar el antiguo rito según el misal de 1962, volvió a ser posible utilizar también la versión divergente del ruego por los judíos, incluida la afirmación de que estos son un «pueblo obcecado» que debe ser liberado de «las tinieblas». En febrero de 2008, Benedicto XVI cambió tal versión por la formulación: «Oremos por los judíos, para que el Señor Dios nuestro ilumine su corazón a fin de que conozcan a Jesucristo, Salvador de todos los hombres. Omnipotente y sempiterno Dios, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, concede propicio que, entrando en tu Iglesia la plenitud de los pueblos, todo Israel se salve. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén». Solo ahora —en 2016— he descubierto que también en el antiguo misal aparentemente se antepusieron a las distintas oraciones títulos que no forman parte del misal y que, por tanto, deberían desaparecer. Según parece, el título antepuesto a la oración por los judíos reza allí: *Pro conversione Iudaeorum*. No pertenece al texto del antiguo misal. En caso de que se considere necesario algún título, este debería ser meramente: *Pro Iudaeis*.

[9] En enero de 2009, el levantamiento de la excomunión a cuatro obispos de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, separada de Roma, mediante un decreto promulgado por Benedicto XVI desencadenó una campaña mediática sin parangón. Recordemos la cronología de los acontecimientos: el Vaticano había planificado para el 24 de enero a las 12:00 horas el anuncio de la noticia de que el Santo Padre había decretado el levantamiento de la excomunión de los obispos de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X. La razón para la excomunión había desaparecido una vez que la Fraternidad se había sometido, a través de una declaración, al primado del papa. Esta decisión del papa no llevaba asociada la rehabilitación ni la readmisión en la Iglesia. Pero ya una semana antes de la fecha prevista, o sea, el 17 de enero, la noticia fue adelantada por un periodista español. El semanario alemán *Der Spiegel* informó el 20 de enero sobre una entrevista de la televisión sueca en la que uno de los cuatro obispos de la Fraternidad, el inglés Richard Williamson, negaba el Holocausto. Esa entrevista fue emitida por la televisión sueca el 22 de enero. Ese mismo día, el vaticanista Andrea Tornielli publicó en el diario italiano *Il Giornale* la noticia de la entrevista con Williamson. También el 22 de enero se celebró en el Vaticano una reunión de alto nivel sobre el tema, en la que participaron los cardenales curiales Bertone, Hoyos, Levada y Hummes, así como dos obispos. La reunión no arrojó resultados, no ocurrió nada. El secretario particular del papa, Georg Gänswein, se encontraba postrado en cama.

A pesar de todas las declaraciones del Vaticano en el sentido de que los negacionistas del Holocausto no tenían sitio en la Iglesia católica, el caso se convirtió en un asunto político. Benedicto XVI, quien justo pocas semanas antes había exhortado a una «profunda solidaridad con el mundo judío», acentuando que debía combatirse toda forma de antisemitismo, fue acusado ahora él mismo de antisemitismo.

Datos biográficos

1927

Nace con el nombre de Joseph Aloisius Ratzinger el Sábado de Gloria, *16 de abril*, a las 4:15 de la mañana en Marktl am Inn (Alta Baviera, distrito administrativo de Altötting, diócesis de Passau) y es bautizado a las 8:30 de la mañana de ese mismo día.

Sus padres son el oficial de la policía rural Joseph Ratzinger (6 de marzo de 1877 – 25 de agosto de 1959) y Maria Ratzinger, de soltera Paintner (8 de enero de 1884 – 16 de diciembre de 1963), hija de panadero.

Es el tercer vástago de la familia, después de Maria Theogona (7 de diciembre de 1921 – 2 de noviembre de 1991) y Georg (nacido el 15 de enero de 1924).

1929-1942

11 de julio de 1929: traslado de la familia a Tittmoning.

5 de diciembre de 1932: nueva mudanza, esta vez a Aschau am Inn.

Abril de 1937: coincidiendo con la jubilación del padre, mudanza a un antiguo caserío (construido en 1726 y adquirido posteriormente por la familia) en Hufschlag, en las inmediaciones de Traunstein.

1937: admisión en el instituto de secundaria de Traunstein.

16 de abril de 1939: ingreso en el seminario menor diocesano de San Miguel, en Traunstein.

1943-1945

De agosto de 1943 a septiembre de 1944: ayudante en las fuerzas de defensa antiaérea [*Flak*] en Unterföhring, Ludwigsfeld (junto a Múnich) y Gilching (a orillas del lago Ammer).

Otoño de 1944: trabajos obligatorios en el marco del Servicio Imperial de Trabajo en el estado federado austriaco de Burgenland.

13 de diciembre de 1944: llamamiento a filas en la «1.^a Compañía de Formación de Tiradores del 179.º Batallón de Sustitución y Formación de Granaderos».

Mayo de 1945: deserción de la *Wehrmacht*, el ejército alemán.

Desde mayo hasta el 19 de julio 1945: prisionero de guerra en un campo estadounidense cerca de Neu-Ulm.

1946-1959

Desde el 3 de enero de 1946 hasta el verano de 1947: estudios de filosofía en la Escuela Superior de Filosofía y Teología de Frisinga. A continuación, estudios de teología en la Universidad de Múnich.

Desde finales del otoño de 1950 hasta junio de 1951: curso práctico en el «monte de la catedral» de Frisinga para preparar la ordenación sacerdotal.

29 de junio de 1951: ordenación sacerdotal en la catedral de Frisinga.

A partir del 1 de julio: sacerdote adscrito en el distrito múniqués de Moosach (parroquia de San Martín).

A partir del 1 de agosto: vicario parroquial en el distrito múniqués de Bogenhausen (parroquia de la Preciosa Sangre).

Desde el 1 de octubre de 1952 hasta 1954: docente en el seminario mayor diocesano de Frisinga.

1953: obtención del título de doctor en teología por la Universidad de Múnich (tema: «Pueblo y casa de Dios en la eclesiología de san Agustín»).

A partir del semestre de invierno 1953-1954: profesor interino de dogmática y teología fundamental en la Escuela Superior de Filosofía y Teología en Frisinga.

1957: habilitación en la Universidad de Múnich en la especialidad de teología fundamental (tema: «La teología de la historia de san Buenaventura»); un primer intento de habilitación había fracasado a causa de la oposición del catedrático de dogmática Michael Schmaus.

1 de enero de 1958: profesor titular de dogmática y teología fundamental en la Escuela Superior de Filosofía y Teología de Frisinga.

1959-1963

Catedrático de teología fundamental en la Universidad de Bonn.

Agosto de 1959: muerte del padre en Traunstein.

1962-1965

Asesor del cardenal de Colonia, Joseph Frings, y perito oficial del concilio Vaticano II. Miembro de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Alemana y de la Pontificia Comisión Teológica Internacional en Roma.

1963-1966

Catedrático de dogmática e historia de los dogmas en la Westfälische Wilhelms-Universität de Münster.

Diciembre de 1963: muerte de la madre.

1966-1969

Catedrático de dogmática e historia de los dogmas en la facultad de teología católica de la Universidad de Tubinga.

En 1968 se publica la obra *Introducción al cristianismo*.

1969-1977

Catedrático de dogmática e historia de los dogmas y vicerrector de la Universidad de Ratisbona.

1977-1981

25 de marzo de 1977: nombramiento como arzobispo de Múnich y Frisinga por el papa Pablo VI.

28 de mayo de 1977: ordenación episcopal en Múnich.

29 de junio de 1977: es elevado a cardenal.

25 de noviembre de 1981: nombramiento por el papa Juan Pablo II como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Comisión Teológica Internacional.

1982-2005

28 de febrero de 1982: despedida como arzobispo de Múnich y Frisinga.

1984: miembro de la Congregación para las Causas de los Santos.

1986 (hasta 1992): presidente de la Pontificia Comisión para la Elaboración del Catecismo de la Iglesia Católica.

1991: en septiembre Ratzinger sufre un derrame cerebral y tiene que permanecer ingresado varias semanas.

El *2 de noviembre* fallece su hermana Maria, quien durante treinta y cuatro años le había ayudado en las tareas de oficina y llevado la casa.

1992: ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del Instituto de Francia.

1993: elevación a cardenal obispo de la diócesis suburbicaria de Velletri-Segni.

1998: vicedecano del colegio de cardenales.

2002: elección como decano del colegio cardenalicio.

2 de abril de 2005: muerte de Juan Pablo II.

8 de abril de 2005: Ratzinger, en su condición de decano del colegio de cardenales, preside las solemnes exequias por el difunto papa.

2005-2013

11 de abril de 2005: en un cónclave de 26 horas y tras cuatro votaciones, elección de Joseph Ratzinger como papa número doscientos sesenta y cinco de la Iglesia católica. Adopta el nombre Benedicto XVI y es el primer papa alemán desde Adriano VI, o sea, en cuatrocientos ochenta y dos años. También es el primer papa de la Edad Moderna y Contemporánea que prescinde en su escudo de armas de la tiara, signo de poder mundano, que sustituye por una sencilla mitra episcopal.

Agosto de 2005: asistencia a la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, en la que participan un millón de jóvenes.

Octubre de 2005: Sínodo de obispos en Roma.

2006: promulgación de la encíclica *Deus caritas est* [Dios es amor]. Supresión del título papal de «patriarca de Occidente»; comienzo de una reforma de la Curia con la fusión de varios pontificios consejos. Peregrinación a Polonia, que incluye una visita al campo de concentración de Auschwitz. Viaje al Encuentro Mundial de las Familias en España. Visita a Baviera, su tierra natal. Encuentro en Estambul con Bartolomé I, el más destacado representante de la Iglesia ortodoxa.

2006-2013: en los dos mil ochocientos setenta y dos días de su pontificado, Benedicto XVI promulgó trece cartas apostólicas en forma de *motu proprio*, ciento dieciséis constituciones apostólicas y ciento cuarenta y cuatro cartas apostólicas. A ello hay que sumar doscientas setenta y ocho cartas públicas y doscientos cuarenta y dos mensajes a responsables eclesiásticos y gobiernos. Entre sus obras se cuentan las encíclicas *Deus caritas est*, *Spe salvi* y *Caritas in veritate*. La que debía ser su cuarta encíclica, *Lumen fidei*, fue promulgada por su sucesor. La trilogía del papa sobre Jesús se publicó, con una tirada conjunta de millones de ejemplares, en veinte lenguas y llegó a los fieles de setenta y dos países.

Benedicto XVI presidió trescientas cincuenta y dos celebraciones litúrgicas, concedió trescientas cuarenta audiencias (sin contar los viajes al extranjero y las audiencias

privadas), beatificó a sesenta y dos personas y canonizó a veintiocho. Además de veintisiete oraciones públicas especiales y trescientas cincuenta y dos homilias, el Santo Padre rezó cuatrocientas cincuenta y dos veces el ángelus o –en el tiempo pascual– el *Regina coeli* con los fieles católicos. A lo largo de su pontificado pronunció mil cuatrocientos noventa y un discursos. Realizó veinticuatro viajes fuera de Italia (a veintidós países) y treinta viajes dentro de Italia. A sus actos públicos en Roma y Castel Gandolfo acudieron en total dieciocho millones de personas.

11 de febrero de 2013: en el octavo año de su ministerio, Benedicto XVI se convierte en el primer papa en mil años y el primer pontífice realmente reinante de toda la historia en anunciar su renuncia, que se hace efectiva el 28 de febrero de ese mismo año.

Te puede interesar...



Colección de intervenciones que Benedicto XVI dedica al gran papa polaco.

Los textos se caracterizan por su completitud e integralidad frente a las numerosas referencias a la persona de Juan Pablo II que, de manera ocasional y más bien frecuente, es posible detectar en las intervenciones del papa Benedicto, signo clarísimo de una memoria siempre viva y de una particular y profunda adhesión a su «amado predecesor»..

- [Más información...](#)

Te puede interesar...



Panorama actualizado y global del pensamiento teológico de Benedicto XVI.

En más de una ocasión Benedicto XVI ha invitado a sus lectores a formular críticas a su pensamiento teológico. El presente libro no solo presenta una síntesis certera de los ejes fundamentales de su reflexión, sino también un examen crítico de su visión teológica.

- [Más información...](#)

Índice

Portada	4
Créditos	3
Índice	5
Nota del traductor	9
Prólogo	10
Primera parte: Las campanas de Roma	19
1. Días tranquilos en Mater Ecclesiae	20
2. La renuncia	29
3. «No abandono la cruz»	39
Segunda parte: Historia de un siervo	47
4. El hogar familiar y la infancia	48
5. La guerra	60
6. Estudiante, coadjutor, profesor	67
7. Novato y teólogo estrella	93
8. El concilio: sueño y trauma	106
9. Catedrático y obispo	125
Münster (1963-1966)	125
Tubinga (1966-1969)	131
Ratisbona (1969-1977)	139
Múnich (1977-1982)	141
10. Prefecto	145
Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe - Roma (1982-2005)	145
Tercera parte: El papa que escribió sobre Jesús	154
11. Y de repente, sumo pontífice	155
12. Aspectos del pontificado	162
13. Viajes y encuentros	177
14. Negligencias y problemas	186
15. Recapitulación	194
Notas	204
Datos biográficos	206